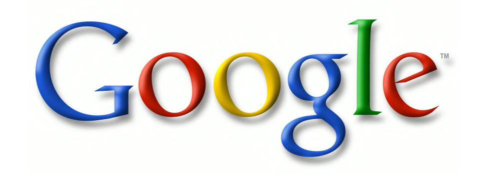

Google

SAL 460.1.3..

EULALIA

ó

LA CARIDAD CRISTIANA.

Troncoso de Oiz, Matilde

EULALIA

Ó

LA CARIDAD CRISTIANA.

POR RAQUEL.

HABANA.

LIBRERIA É IMPRENTA DE PEGO Y Cª, EDITORES.

Calle del Obispo, n.º 34.

1878.

A LAS CONFERENCIAS

DE

SAN VICENTE DE PAUL.

Á vosotras, almas caritativas, que, llenas de celo y de sublime caridad, poneis en práctica, sin ostentacion alguna, las más heróicas virtudes; á vosotras que, bajo la proteccion del infatigable apóstol del bien, del Glorioso Vicente de Paul, visitais la choza del triste, consolais al enfermo, socorreis al indigente, adoptais al huérfano; á vosotras que, sin pretensiones de ningun género y por amor de Dios, sufrís las mil molestias que os proporciona el ejercicio de la santa caridad, ofrezco esta pobre novelita, como una débil prueba de simpatía y admiracion.

No hallareis en ella escenas complicadas y difíciles; su argumento es muy sencillo: apénas viene á ser otra cosa que una relacion, que demuestra cómo la virtud siempre tiene sus recompensas y cómo la mujer para ser feliz ne-

cesita ser buena y practicar la caridad cristiana.

Mucho se habla de ésta, pero á veces aquellos que más la nombran, la conocen ménos; si logro pintarla con sus hermosos colores, si en mis páginas la encontrais tan pura como reside en vosotras, estaré satisfecha.

Os envío mi libro para que sea vuestro amigo, vuestro consuelo vuestro solaz; dadle un lugar sobre vuestra mesa de noche y leedlo con tanto amor como guarda para vosotras el corazon de vuestra apasionada amiga

RAQUEL.

I.

Era una triste velada del invierno. Silbaba el viento con lúgubre gemido y la nieve que caía en gruesos copos, envolvía las calles con un blanco sudario.

El más profundo silencio reinaba en una espléndida casa de la calle de Atocha, y sin embargo, sus habitadores no se habían entregado al sueño.

En un gabinete adornado con el más exquisito esmero, y en la que el buen gusto, la elegancia y la riqueza parecían haberse unido en admirable consorcio para proporcionar á sus dueños todas las comodidades posibles, se veían dos mujeres sentadas cerca de una chimenea, provista de un abundante fuego, á causa del frio terrible que se dejaba sentir.

La habitacion—como ántes he dicho—estaba adornada con suntuosa esplendidez. Algunos cuadros, que atraían las miradas por su gran belleza artística, adornaban las paredes, cubiertas de damasco celeste; ámplias cortinas de la misma tela caían delante de las puertas y de los balcones; grandes jarrones de porcelana de Sevres contenían multitud de flores pagadas tal vez á muy subido precio, porque era el mes de Enero; estátuas de alabastro, de mármol y de bronce, sillería celeste y un hermoso velador, sobre el cual ardía una lámpara de plata con globo de cristal, eran los muebles que decoraban aquella pieza.

Las dos mujeres de que ántes he hablado, eran admirablemente hermosas, pero de tipos muy diferentes.

Una representaba cuarenta años, por lo ménos. Su tez ligeramente morena, armonizaba con sus grandes ojos negros, que brillaban con espléndido fulgor; sus cabellos eran oscuros y abundantes, su boca diminuta y sonrosada, su nariz aguileña y sus manos y piés tan pequeños, que parecian pertenecer á una niña de ocho años.

Vestía un elegantísimo traje de seda malva, adornado con algunos encajes negros y

lazos de terciopelo con hebillas de nácar; unos pendientes de perlas, un reloj guarnecido de brillantes y un aro de oro liso que rodeaba su muñeca, eran las joyas que la adornaban y que con una flecha de brillantes, que recogía la abundante masa de sus cabellos, componían su atavío.

Sentada junto á ella se hallaba una jovencita que contaría catorce años á lo sumo.

Nada podía imaginarse más lindo y risueño que aquella seductora adolescente, que se asemejaba á una de esas apariciones misteriosas que flotan en los sueños de un poeta enamorado.

Era blanca, pálida, de tez tan fina que se podían contar todas sus venas, y que por su incomparable suavidad parecía de raso; sus ojos grandes, llenos de luz y de dulzura, ostentaban el más hermoso y límpido azul; su frente ancha y serena parecía abrumada por la diadema de oro de finísimos cabellos que la coronaba; su nariz era pequeña y bien formada; su boca diminuta y purpurina como un clavel, y su talle, que ostentaba todas las gracias de la adolescencia, hubiera causado envidia al delicado junco de la ribera.

Vestía un sencillísimo traje de tafetan azul, cerrado en el cuello con un boton de oro. Una corbata y unos puños de encaje la adornaban, y sus cabellos recogidos en apretadas trenzas y menudos rizos estaban graciosamente enlazados con una cinta del color de sus pupilas.

La dama era la marquesa de Vallefrío y la niña una pobre huérfana á quien habia adoptado por hija.

La primera no hacía nada; tenía en la mano un pequeño libro en el que, sin duda, habia estado leyendo aquella misma noche, y sus ojos, llenos de ternura y de pasion, contemplaban la pura y casta belleza de su protegida, que, inclinada sobre un bastidor, bordaba un pañuelo.

La marquesa de Vallefrío era una dama de la primera nobleza española. Viuda desde hacía muchos años, sin hijos y sin parientes, todo su cariño lo compartía entre los pobres, su hija adoptiva y una jóven amiga suya de extraordinaria virtud, á la que conoceremos más adelante y que puede servir de modelo á las jóvenes cristianas que lean esta obrita.

—Teresa, hija mia, dijo la noble dama á la niña; hace un rato que te observo y creo

que te hallas preocupada por alguna idea triste. ¿Qué tienes?

Como si sólo hubiese esperado esta pregunta para manifestar libremente su dolor, la adolescente dejó correr su llanto, y mirando con amargura á la marquesa, le contestó:

—No tengo nada, madrina mia; nada que asustaros pueda; mis pensamientos son tristes de algunos dias á esta parte, sin que pueda remediarlo mi voluntad; pero ya pasarán.

—Me sorprenden tus palabras, niña mia, dijo la marquesa con extremado cariño. Nunca pensé que tuvieses tristes pensamientos y te ruego que me digas con toda confianza lo que te aflige ó te inquieta.

—No vale la pena de referirlo y..... ¿qué quereis? Me avergüenzo tambien de confesarlo.

—Pues ahora tengo doble empeño en saberlo.

—¡Oh, Dios mio!..... dejadme callar, os lo suplico.

—De ningun modo, querida: vamos, deja ese bastidor y siéntate aquí, á mis piés, en ese almohadon que tú misma has colocado hace una hora.

La dócil niña obedeció á su protectora, y dejando su bordado fué á sentarse junto á ella, ocultando entre los pliegues de su falda su adorable semblante, animado por un ligero y fugitivo carmin.

—Vamos, Teresa mia, ya sabes que te amo mucho y deseo complacerte en todo; pero te exijo siempre una ilimitada confianza: dime lo que te angustia. ¿Por qué lloras?

Y la buena dama, con maternal solicitud, levantó la blanca frente de la niña, apoyada sobre sus rodillas, y separando los rizos de oro que la cubrian, la besó con el más tierno afecto..

—Escuchad, madrina, dijo Teresa con voz lenta y triste. Huérfana, sin haber conocido á mis padres, sin parientes, sin amigos, ni protectores......

—Niña, interrumpió la marquesa, y yo ¿qué soy para tí?

—¡Vos sois mi madre! exclamó la pobre Teresa con un acento tan dulce y tan afectuoso, que la dama se conmovió y con lágrimas en los ojos, la dijo.

—Sí, tienes razon, hija mia; yo soy tu madre; la madre más generosa é indulgente que pudieras encontrar; y si hubieras na

cido de mi seno, dudo que te amára más.

Y Rosario, que este era el nombre de la marquesa, enjugó con su pañuelo de finísima batista los grandes y bellos ojos de la huérfana, nublados por lágrimas de profunda pena.

—Os he dicho que me avergüenzo de confesar lo que me atormenta, pero creo que debo decirlo, siquiera sea para humillar mi altivez. Hace algun tiempo que yo era completamente feliz: niña mimada de todos, objeto de vuestros cuidados y de la más tierna solicitud, nada me atormentaba y mis sueños eran tranquilos é inocentes como los del niño que duerme en el regazo de su madre; pero desde que empezó vuestra amistad con Eulalia, mi cielo se fué cubriendo de oscuras nubes y mi felicidad se ha deshecho como esos castillos de naipes con que juegan los niños.

—Teresa, exclamó Rosario pintándose en su hermoso rostro la más profunda sorpresa; ¿qué tiene que ver mi afecto á Eulalia con tu felicidad? Explícate, porque me tienes asombrada, hija querida.

—¡Teneis razon, yo no merezco vuestro cariño!

Y nuevamente la pobre huérfana rompió en llanto, ocultando el rostro entre las manos.

Con verdadera inquietud, la marquesa interrogó otra vez á la niña sobre el orígen de su amargura, y ésta continuó diciendo:

—Como no he conocido á mis padres y no he tenido más amparo que el vuestro, como os debo mi educacion, mis comodidades, todo cuanto poseo y cuanto valgo, como habeis rodeado de ternura mi niñez y de dulces cuidados mi adolescencia, os amo tanto, tanto, que no lo puedo explicar; os encuentro la mejor y más generosa de las mujeres que conozco, y vuestro cariño es todo mi encanto y toda mi ambicion.

—Y bien, ¿no ocupas un lugar preferente en mi corazon? ¿No te rodeo de cuanto puede constituir la dicha de una niña de tu edad?

—Sí; pero el enemigo de la paz ha venido á sembrar en mi corazon una duda fatal. Pienso que amais á Eulalia más que á mí, y aunque la encuentro grande, generosa, caritativa como una santa y pura y bella como un ángel; aunque la creo bajo todos conceptos más digna que yo de vuestro amor, no puedo consentir en que ocupe el pri-

mer lugar en vuestro corazon: ¡os amo tanto!

Y roja de vergüenza y de confusion, Teresa ocultó el rostro en la falda de la marquesa.

—¡Pobre niña! dijo ésta con mucha suavidad. ¿Con que el negro y feo gusano de la envidia roe tu felicidad?

—Yo amo á Eulalia como á una hermana mayor, madrina mia; la admiro como á una santa, casi la venero, porque me parece el bello ideal de la mujer cristiana; pero, sin querer, me duele en el alma de que la ameis tanto. A veces siento impulsos de aborrecerla y de huir de su presencia, pero una irresistible simpatía me encadena á ella, y cuando más quisiera evitar su presencia, más la busco; ella flota en mis sueños como una aparicion celestial; ella me acompaña á todas partes; su recuerdo me persigue y su imágen pura y serena se me representa en el paseo, en la oracion, en el estudio y en todos los momentos de mi agitada existencia.

Teresa, hablando así, habia cruzado las manos y con los ojos fijos en un hermoso cuadro que representaba á Jesús en el Huerto, parecía pedirle una gota de bálsamo

consolador que cicatrizara las heridas de su alma.

La marquesa la miraba con pena y sin pronunciar una palabra.

—Escuchad, querida madrina, prosiguió la tierna adolescente; cuando veo á Eulalia desprovista de esa belleza deslumbradora que poseen otras mujeres, y sin embargo, la encuentro adorable, virginal, encantadora; cuando en su acento, en su mirada, en su semblante hallo ese encanto supremo é indefinible que emana de cuanto hace, de cuanto posee, de todo lo que le rodea, me pregunto: ¿qué habrá hecho esta mujer para adquirir tanta bondad, tanta dulzura, tan admirable virtud? Yo os aseguro que me cambiaría por ella, y que á pesar de amarla tanto, cuando la hablais, cuando os veo unidas, sufro tanto, que á no hacer un esfuerzo poderoso de mi voluntad, lloraría inconsolable.

—¡Pobre Teresa!..... Si así te expresas ahora, si esto siente tu corazon de niña, ¿qué harás, qué sentirás cuando brille el sol de la juventud y ruja en torno de tu frente el huracan deshecho de las pasiones?.....

Hija mia, prosiguió la marquesa con sua-

vísimo acento y sin la menor amargura, te aseguro que eres lo que más amo en el mundo, y por lo mismo deseo verte corregida de algunos defectos que deslustran la belleza de tu alma. Eulalia es un ángel, y la quiero como á ninguna otra de mis amigas, pero no más que á tí: si la ves pura, modesta, irreprensible y fuerte como la mujer del Evangelio, imítala, pero no la envidies, porque la envidia es la furiosa tormenta que todo lo destruye á su paso; ámala, porque tú misma la confiesas digna de tu amor; copia sus perfecciones y ruega á Dios por ella, que no es dichosa como tú, que sufre mucho y que pasa por el mundo como una de esas flores que todo lo embalsaman en torno suyo, como una hada bienhechora que siembra el bien á su paso. ¡Oh, Teresa!...... quisiera que fueses la mejor amiga de la pobre Eulalia.

—Ya lo soy; la amo con indecible ternura; pero como soy tan niña, no se fija en mí.

—Te equivocas.

—¿Me ama? exclamó la hermosa niña, fijando sus grandes y azules ojos en el semblante de la marquesa.

—Sí, te ama mucho y me ha dicho várias veces que la encanta tu bondad, y tu talento la seduce.

—¡Qué buena es y qué generosa!

—Es cierto. Mira, querida niña, tú ya eres una mujer por tu conducta, aunque no lo seas por la edad, y quiero que te apliques á hacerte una mtjer perfecta. Me complazco en recordar tu dulzura, tus atenciones y tu cariñosa complacencia con Eulalia, porque eso me prueba que conoces tu deber, que rechazas los sentimientos de envidia que te persiguen y que vencerás con la ayuda de Dios. Aún quiero más en tí; falta que te despojes de ese dolor que sientes por haber nacido de padres oscuros y desconocidos: tu madre era una santa y tu padre un hombre honrado: ¿valdrías más si fueses hija de la marquesa de Vallefrío? ¡No lo creas!......

Indudablemente Rosario puso el dedo en la llaga, porque Teresa volvió á enrojecer de confusion y de vergüenza.

—Madrina, sois tan buena que me animo á decirlo todo, aunque me cueste pena....

—¿Aún hay más?

—Sí, no lo he dicho todo.

—Pués habla, hija mia. Guardo para tí un caudal inagotable de bondadosa indulgencia.

—A veces quisiera ser vuestra hija.

—¿Y por qué?

—Paréceme que algunas orgullosas señoras que nos visitan no me perdonan lo oscuro de mi nacimiento y que se desdeñan de mí. Si yo fuese la heredera del nombre de Vallefrío, no procederían de esa manera.

—Arranca de tu corazon ese naciente orgullo, Teresa, porque te haría infeliz si echase hondas raíces en él. Es cierto que alguna de esas frívolas mujeres, á quienes mi alta posicion social me obliga visitar, te mira con algun desdén; pero no debe darte pena, porque no hay nobleza más pura que la del alma, y la honradez de tus padres es el más rico blason que pueda adornar tu nombre. Eres mi hija adoptiva, y cuando tengas diez y seis años te presentaré en el mundo, donde serás recibida con agrado porque te sirvo de madre: no te preocupes del porvenir, que yo cuido de él.

—Madrina, que Dios os bendiga!... Sois la más santa mujer del mundo.

—Gracias por tu bondad, niña mia.

—Deseo que me concedais un favor.

—Si está en mi mano, lo tienes otorgado.

—¿Cuándo vais á contarme la historia de mis padres?

—Esta noche, si quieres.

—Sí, sí, hablad, que os escucho con afan.

La marquesa se recostó cómodamente en el diván, hizo sentar á Teresa á su lado, y tomándole la mano, empezó su relacion en los términos siguientes:

—Hace diez y seis años, poco más ó ménos, que un matrimonio que habia pasado toda su vida en una oscura y triste capital de provincia, llegó á Madrid con una fortuna bastante crecida, una ambicion desmesurada y un afan de brillar y de lucir, tan ridículo como necio.

El marido era uno de estos hombres de poco talento, de carácter ambicioso, de ideas exageradas y muy aferrado al deseo de hacer valer sus riquezas y de lucir á su mujer y á un hijo que tenía estudiando leyes.

La esposa era una criatura dulce, bondadosa é inofensiva. Toda su vida la habia pasado en la tranquila soledad de su hogar, sin amigas, sin diversion y sin más cuidados que los de su familia. Su horizonte era muy limitado; rezar, practicar la caridad, leer algunas páginas del Año Cristiano y cuidar de sus pájaros y de sus flores: hé aquí todas las aspiraciones de la esposa.

Como puedes suponer, había algunos pequeños disgustos entre ellos, porque estaban en completa oposicion todos sus deseos.

El quería hacerla lucir, porque aunque ya tenían un hijo de diez y nueve años, era su mujer extraordinariamente hermosa, de aspecto angelical, de muy finos modales y de muchos atractivos; y á ella es natural que la enojase el gusto que encontraba su marido en querer sacarla á brillar cuando debía ceder su puesto á otras más jóvenes, aunque no fuesen tan bellas.

Estos esposos eran tus abuelos.

El jóven estudiante de leyes fué tu padre.

Apénas llegaron á la corte, empezaron á dar reuniones y convites, y como no faltan nunca parásitos que gustan de vivir de lo ajeno, adulando servilmente, comiendo grátis y divirtiéndose á expensas de los que les acogen y les dan un duro si les falta, la casa del honrado provinciano se vió frecuentada por una multitud de holgazanes, que se fingieron amigos suyos para explotar su candidez.

Muchas veces iban al teatro y eran el blanco de la burla y de la murmuracion, porque todo en ellos parecía postizo.

La pobre mujer, enemiga del lujo, modesta en extremo y sin pretensiones, aparecía en su palco con el mismo traje con que había

ido á la iglesia por la mañana y de visita al mediodía; y como les advirtiera una persona esta inconveniencia, tu abuelo mandó hacer á su esposa tres ó cuatro trajes de mucho valor, pero que escogidos por él, eran de un gusto detestable.

Fígurate el efecto que haría una mujer morena, de ojos y cabellos negros, con un traje amarillo con adornos verdes, y plumas blancas en la cabeza; figúrate qué parecería cuando con un vestido morado, adornaba su cabeza de flores encarnadas y cuando llevada de su ignorante sencillez, y siendo muy apasionada de las siemprevivas, apareció un dia en la ópera con el pecho y la cabeza adornados con grupos de estas flores que la valieron muchas burlas y un sobrenombre ridículo.

El jóven estudiante se desesperaba al ver que sus padres, saliendo de su esfera, malgastaban enormes sumas, satisfacían las necesidades de muchos bribones y se exhibian como fenómenos, pues así les llegaron á decir.

El tenía talento, buena educacion y un criterio recto, y sufría de un modo cruel, porque veía que su padre iba á arruinarse, y entónces no tendría ni un amigo que le

tendiese la mano y le volviera uno sólo de cuantos favores les había hecho.

Pero cuando subió de punto la pena del mancebo, fué al saber que algunos sujetos de mala reputacion habían lanzado á sus padres á especulaciones arriesgadas, que les comprometían, y que iban á causar su ruina.

En vano suplicó, advirtió y dijo á su padre cuanto con su claro talento comprendía; ellos despreciaban sus advertencias y juzgaban pueriles y tontos sus temores, y le hicieron enmudecer, manifestándole que eran ya viejos para ignorar todavía lo que debian hacer.

El mancebo guardó silencio desde que le dijeron esto, y ya no volvió á mezclarse en los asuntos de su padre.

Este pensó en casarle, y así se lo manifestó, añadiendo que le convenía aquella boda, porque la jóven que debia ser su esposa, segun mútuo acuerdo de él y de los padres de ella, era muy rica y de buena familia.

Eduardo, que así se llamaba el mancebo, se opuso tenazmente á este convenio paterno.

Conocía á la jóven que le ofrecían por esposa, y le parecía dura, altanera y antipática.

Era fea, además, y tenía tres años más que él.

Dijo, pues, á sus padres que no volviesen á hablarle de boda, porque además de repugnarle aquella mujer, amaba y era amado de una lindísima niña, y sólo con ella se casaría.

Sus padres se enfadaron mucho y desde aquel dia no hubo paz en la casa.

Cincuenta discusiones acaloradas tuvieron lugar entre ellos, sin que pudiesen hacer variar en sus propósitos al jóven estudiante.

Murió la madre de su amada, que era pobre hasta el extremo de ganarse la vida cosiendo en casa de una modista, y temiendo por su inocencia y su pureza, expuesta á las asechanzas del mundo, resolvió casarse.

La novia de Eduardo era una lindísima niña de diez y seis años.

Aún me parece verla con sus cabellos de oro recogidos en apretadas trenzas, sus ojos de un azul claro y límpido, su boquita siempre abierta por una dulce sonrisa y su talle esbelto y flexible encerrado en un ajustado traje de merino negro.

Había en el rostro de tu madre, Teresa, tanta dulzura, tanta bondad y un no sé qué



de puro, grande y sereno, que infundía respeto y la conquistaba todas las simpatías.

—¿Dónde conocísteis á mi madre? interrumpió Teresa.

—Trabajaba en casa de una de mis modistas y más de una vez fué á llevarme trajes y adornos.

—¿Y era, en verdad, tan hermosa como decís?

—Y aún más. Las suaves rosas del pudor que brillaban en aquel cándido semblante á la más leve mirada atrevida; sus ojos llenos de dulzura, su adorable sonrisa y apacible carácter, hacían de ella una criatura encantadora.

Teresa enjugó dos lágrimas, que brotaron de sus ojos al recuerdo de la autora de su existencia.

—Apénas manifestó Eduardo á sus padres la resolucion de casarse con la linda modista, le llenaron de quejas ó improperios, y le dijeron que jamás bendecirían semejante union.

El pasó algunos meses tratando de obtener su consentimiento, y viendo que nada lograba, que la oposicion era cada dia más sistemática y tenaz, porque querían casarle con la otra, que les traía un buen dote, hizo

todo lo necesario para obtener el permiso de la autoridad civil, y se casó.

Sus padres, terriblemente ofendidos, no quisieron darle ni un cuarto, y entónces empezó para el jóven una serie de disgustos y de privaciones, en que quizá no habian pensado.

Eduardo continuó estudiando, pero al mismo tiempo consiguió un empleo modesto, con algunos miles de reales de sueldo, y así vivieron en la más estrecha economía, ayudados de algunos regalos que una mano oculta les enviaba.

—¿Y quién era este bienhechor, madrina mia?

—¿Para qué deseas saberlo?

—¡Y me lo preguntais! Para bendecir su memoria y pedir al cielo su dicha todos los dias de mi existencia.

—Ya lo haces, Teresa, contestó dulcemente la marquesa, mirando á la niña con extremado cariño.

—¡Ah, erais vos!..... siempre vos, madrina mia, como el ángel tutelar de mi vida! siempre vos, en todos los acontecimientos felices! sois la hada benéfica de los que lloran, y creo que apénas habrá un desgraciado que no os deba algun beneficio.

—Calla, loquilla, y escucha, respondió la dama soriendo; pasaron algunos meses, y Ana dió á luz una niña que yo tuve en la pila bautismal.

Esa niña eras tú, y al devolverte á tu madre, cuando vine del templo en que recibiste las aguas regeneradoras del bautismo, le ofrecí solemnemente que si un dia tenías necesidad de apoyo, lo hallarías en mí, y que si desdichadamente te quedabas huérfana, yo sería tu madre.

Pocos dias despues de tu nacimiento, tus abuelos que, como te he dicho ántes, habian aventurado su fortuna en especulaciones arriesgadas, perdieron cuanto tenían, y se hallaron en la más completa indigencia, pues que no salvaron de su ruina ni las alhajas ni los muebles, que vendieron noble y lealmente para pagar á los exigentes acreedores.

Eduardo, siempre justo y bueno, amando tiernamente á sus padres, á pesar de que le habian abandonado cuando eran ricos, al verles en la miseria, fué á buscarlos y los llevó á su casa.

Las necesidades y los gastos aumentaron considerablemente, y el sueldo de Eduardo y los jornales de Ana fueron siempre iguales.

Esta se hallaba enferma del pecho. Poco tiempo despues de darte á luz contrajo la penosa enfermedad que en breve la llevó al sepulcro.

Tus abuelos, abrumados de pena, murieron uno tras otro, en pocos meses, y tu padre les siguió ocho dias despues, víctima de una corta enfermedad.

Quedó abandonada la pobre Ana contigo, mi buena Teresa, y viéndola tan delicada y tan afligida, la hice venir á mi casa, la dí una habitacion, y le proporcioné médicos, medicinas y todo lo necesario para la conservacion de su vida.

Pero la infeliz estaba herida de muerte. La fiebre la consumía, y una tos seca y breve, el brillo de sus ojos, el encendido color de sus mejillas y su delgadez, no dejaban duda acerca de su enfermedad.

Apénas conocí su gravedad, con el pretexto de que estabas delicada y necesitabas el aire del campo, te separé de su lado; pero fueron tantos sus ruegos, sus lágrimas y su tristeza, que te hice venir de nuevo, y ya no saliste de sus habitaciones hasta que murió.

Tu madre, Teresa, era una santa. Su

paciencia era inagotable, y nunca se le oyó una queja.

—¿Sufres mucho, mi pobre Ana? le pregunté algunas veces, admirando el heróico valor con que soportaba sus pesares y su enfermedad.

—Aquél sufrió mucho más, me decía, señalando con su mano enflaquecida y trasparente el crucifijo de marfil que estaba colocado en una mesita cerca de su lecho.

—Tienes razon; pero di, ¿no te sientes peor?

—Ay! mi querida señora, decía la pobre jóven con su voz dulce y fatigosa que parecía un murmullo, cada momento que pasa me aproxima á la muerte; como sois la madrina de mi hija, y no temo por su porvenir, espero mi última hora con la mayor tranquilidad posible. No siento morir, porque la vida no tiene encantos para mí: el único lazo que me liga á la tierra es ese pequeño ángel que os confío. Dios quiere separarme de él; Dios me llama, y ansío el momento de tender el vuelo hácia la eternidad.

Yo quedaba edificada cada vez que entraba á verla; de noche la acompañaba hasta las doce ó la una, y nunca, te lo repito, la oí quejarse ni murmurar de la voluntad de

Dios, porque era la suya. Cuando te veía, una tristísima sonrisa entreabría sus finos labios, y una lágrima temblaba en sus pestañas, pero nada más; ninguna demostracion de dolor se le escapaba; te sentaba en sus rodillas, besaba tus rubios cabellos, te miraba con una ternura infinita, y como si temiese dejar de verte á cada momento, y separarse de tí, rogaba que te dejasen jugar sobre su lecho para contemplarte sin cesar.

Teresa lloraba á raudales. Aquella triste relacion la afligia profundamente, y con las manos cruzadas sobre las rodillas y los ojos cubiertos de lágrimas, parecía una viva representacion del pesar.

Al fin, una noche, tu madre se agravó considerablemente, y quiso recibir por última vez el adorable sacramento de la Eucaristía. Se confesó, y despues se le administró el santo viático; luego que pasó un gran rato manifestando al Señor su gratitud por aquel inmenso beneficio, te hizo traer, te cubrió de besos y de lágrimas, suspendió de tu cuello esa cadena con esa cruz de perlas, que yo le había regalado y que siempre llevaba puesta, y encargándome que velase por ti, dándome gracias por mis favores, y con los

dulcísimos nombres de Jesús y de María en los labios, exhaló su último suspiro.

Calló la marquesa como fatigada por su larga relacion y enjugando sus ojos bañados de lágrimas, atrajo hácia sí la rubia cabeza de la huérfana y la estrechó sobre su corazon.

Un rato hacía que la marquesa y la niña, silenciosas y tristes, pensaban en la pobre Ana, cuando se oyó parar un carruaje á la puerta de la casa, y en seguida el ruido de la campanilla que anunciaba una visita.

—¿Quién será? exclamó Teresa levantándose muy de prisa. Me voy, querida madrina; estoy triste y no deseo más que el silencio y la soledad.

—Espérate; creo que será Eulalia, que viene á pasar la noche en casa para ir juntas mañana muy temprano á visitar las pobres.

—Entónces la esperaré, para darle un beso; pero en seguida me retiraré, si lo permitís.

— Sí, hija mia, es tarde y tendrás sueño.

Algunos minutos despues una jóven elegantísima penetraba en la habitacion donde se hallaban la marquesa y su jóven protegida.

II.

Eulalia, pues ella era, se adelantó hácia sus amigas, que se habian puesto en pié al verla y que la abrazaron con íntima ternura.

Era la recien llegada una graciosa jóven que contaría veinte y dos años á lo sumo: no era hermosa, pero como había dicho Teresa poco ántes, había en su rostro una expresion tan dulce y plácida, era tan poderosa su mirada y tan agradable el conjunto de sus facciones, que robaba las simpatías y encadenaba los corazones.

Era de estatura pequeña, esbelta y delicada; su tez fina y pálida; sus ojos garzos, rasgados, hermosos y serenos; sus cabellos de un matiz claro y suave, sus labios de grana algo gruesos, pero de una expresion encan-

tadora; su talle de ninfa y sus manos finas y suaves no formaban en su conjunto una perfecta hermosura, pero la llenaban de encanto y de atractivos.

Al ver á Eulalia se admiraba toda la bondad de su alma, toda su dulzura y el tesoro de perfecciones que la hacían ser citada como el modelo acabado de la mujer cristiana.

Aquella jóven nada decía á los sentidos, pero hablaba alto, muy alto, al corazon.

Era la imágen dulce y pudorosa de la castidad sobre la tierra; la encarnacion de la ternura y el sentimiento y el bello ideal que se forma el alma soñadora y que busca afanosa por el mundo sin encontrarlo sinó muy rara vez.

Un libertino se hubiera encontrado trémulo y confuso en presencia de aquella adorable criatura.

Vestia con una elegante sencillez que realzaba sus encantos.

Un traje de seda lila, muy bajo, guarnecido de blondas blancas y adornado con algunos lazos de cinta color de rosa pálido y suave, marcaba los delicados contornos de su talle, cubierto con un rico abrigo de pieles; su peinado era sencillo y hermoso, y no

llevaba más joyas que unos pendientes, una pulsera y un relojito de oro liso.

Junto á la figura alta, arrogante y espléndidamente hermosa de la marquesa, la recien llegada parecía más bella por la dulce y suave expresion de su plácido rostro.

Un pintor se hubiera inspirado al contemplar el hermoso grupo que formaban Rosario, Eulalia y la huérfana.

—Mi querida Eulalia, dijo ésta despues de saludar cariñosamente á la recien llegada, te suplico que me permitas retirarme. Iba á salir cuando llegabas, y sólo me detuve para darte un beso y las buenas noches.

—Gracias, niña mía, respondió Eulalia con el acento blando y suave que la era peculiar; puedes retirarte cuando quieras.

Y atrayendo á la bella adolescente, la besó con ternura y le puso en la mano un estuchito de terciopelo azul que sacó del bolsillo de su vestido.

—¿Qué es esto?..... dijo Teresa admirada.

—Un recuerdo del cariño que te profeso.

La huérfana abrió el estuche y lanzó una exclamacion de alegría.

—Mirad, madrina, mirad qué hermoso

medallon!...... ¡Qué bonita imágen de la Inmaculada! ¡y qué iguales y blancas son las perlas que la rodean!...... Gracias, querida Eulalia; esta joya es de un gusto muy delicado, y te la agradezco tanto más cuanto que la deseaba hace dias y no había querido pedírsela á madrina.

—Pues háces mal en no pedirme cuanto deseas, Teresa, dijo la marquesa; tú sabes que sólo anhelo complacerte.

La huérfana volvió á abrazar á Eulalia, besó la mano de su protectora y se retiró llevando tras sí las miradas de ámbas, porque la amaban mucho y querían verla hasta que desapareciese el último pliegue de su traje azul.

—¡Qué frio hace! exclamó Eulalia despojándose, sin embargo, de su abrigo de pieles: es decir, qué frio hace en la calle, porque en esta habitacion tan bella como su dueña, se creería una transportada como por encanto á un dia de la hermosa primavera. ¡Ay!. si vieras, querida Rosario, cuánto pienso en los pobres en estas noches en que hace un frio glacial y silba el viento con ecos lúgubres.... ¡pobrecitos!.... qué triste debe de ser su situacion cuando todo les falta... lumbre... abrigo, alimento......

Hablando así, la jóven tuvo que enjugar sus ojos bañados del puro llanto de la compasion.

—Es cierto, Eulalia, que deben sufrir mucho; por fortuna hay almas generosas que practican constantemente la caridad. Si así no fuese, ¡cuántos no morirían de hambre y de miseria!

—Voy á pedir en la próxima Conferencia un par de mantas para Joaquina, la infeliz cieguecita que vimos el otro dia.

—¿Fué á visitarla tu padre?

—Sí, y le dió una tarjeta para el mejor oculista que conoce; pero como no tiene quien la acompañe porque la niña apénas conoce las calles, y como, por otra parte, está tan delicada de salud, hemos convenido en que yo la iré á buscar y la acompañaré con mi doncella, si es que tú no deseas hacerlo.

—Sí, iremos mañana. ¿Conoces tú al oculista?

—Sí; debe favores á mi padre y nos servirá; pero empieza desde ahora á revestirte de paciencia, Rosario, porque es muy extravagante; tiene unos modales torpes y groseros que te dejarán fria, y nos pondrá una cara de renegado! admirable será si no dice

al verme entrar: aquí tenemos á la sombra de Nino!......

—Y qué clase de hombre es ese?

—Un sabio lleno de manías y de ridículas exigencias. Además, dice que las señoras de la Conferencia somos una especie de vándalos.....

—¡Jesucristo!..... exclamó Rosario lanzando una carcajada. Pues buenos antecedentes me das de él. Vamos, será uno de los muchos que nos ridiculizan y que se quejan de que pedimos á todo el mundo y andamos siempre hechas unas hermanas de la caridad. ¡Pobres gentes!......

—¡Dejarles decir!..... Son de esas á quienes se hace necesario pedir para que den.... que no se acordarían de que hay pobres si no se los pusiésemos delante de los ojos á cada paso, y que no conocen la caridad ni la desean conocer. En fin, gentes que, encerradas en el feroz egoismo, anteponen su comodidad á todas las cosas de la vida.

—¡Así era yo!... exclamó Rosario lanzando un triste suspiro. Cuando recuerdo aquellos años de mi vida, sufro tanto, que quisiera borrarlos de mi memoria.

—¡Pobre amiga!... ¡Tú no tenías la culpa de ignorar lo que no te habían enseñado! Si

no le dicen al pobre salvaje que existe un Dios Eterno y Omnipotente, no puede conocerle y amarle. Educada por una madre sin fe y entregada á su propia voluntad, era indispensable que sucediese lo que al fin sucedió.

Entre tanto que Eulalia hablaba, Rosario había escondido el semblante entre las manos y lloraba desconsoladamente.

—¡Pobre amiga mia!.... Calma tu pena y olvida lo que no tiene remedio ya. Ofrece al cielo tu pesar, pero procura desecharlo porque es inútil que pienses en esa triste historia de tu pasado.

Reinó el silencio breves instantes, y luego, como para alejar de la mente de Rosario las tristes ideas que la atormentaban, Eulalia le preguntó.

—¿Por qué no fuistes anoche á la Opera?..... Fuí con papá y pasé un rato agradable.

—No me decidí á salir. Estaba triste y preferí quedarme en casa con Teresa y oirla tocar el piano.

—¿Está muy adelantada?

—Bastante: esa niña tiene una inteligencia privilegiada que alguna vez me hace suponer que no será feliz. Generalmente las

personas dotadas de mucho talento son desgraciadas.

—¡Y qué hermosa es!

—Mucho: ha heredado la peregrina belleza de su madre. ¿La recuerdas?

—Y cómo podria olvidar á aquel ángel de bondad?...... Ana era una de esas criaturas que una vez vistas no se borran fácilmente de la memoria. Lo mismo es la jóven pobre que mañana vas á visitar por primera vez: te quedarás asombrada al verla, porque difícilmente se encuentra una mujer más hermosa y más desgraciada.

—¿Es la hija de esa mujer feroz á quien no quiere visitar ninguna sócia?

—La misma. Figúrate, Rosario, una jóven que á lo sumo tendrá diez y ocho años, blanca, rubia, ideal, con unos ojos llenos de dulzura y de melancolía; figúrate una de esas creaciones de los poetas románticos, una hada, un ángel... y tendrás una idea de lo que es Angélica.

—¿Se llama así?......

—Sí, querida mia, lleva el dulcísimo nombre de la hija que perdiste, y por eso te será doblemente simpática. Si despues de verla á ella, vuelves los ojos á su madre, te quedarás pasmada, porque si la niña es un

acabado tipo de belleza y gallardía, la infeliz paralítica es un mónstruo de fealdad.

—¿Y cómo ha nacido una hija tan bella de una mujer tosca, repugnante y vulgar?...

—Como brota el lirio del seno de un lodazal. Y no creas que llama la atencion únicamente por su hermosura, Rosario; es que tiene talento, modales distinguidos, una educacion mediana y un carácter en perfecta armonía con su nombre.

—¿Y cómo la han educado?

—Ella nos lo dirá mañana; porque como la he visto dos veces solamente, no se lo he preguntado; sin embargo, á pesar de conocerla tan poco, he descubierto en ella grandes virtudes. Su madre, que habla por cuatro y que de fijo la aborrece, me dijo que son pobres por la nécia tenacidad de esa chiquilla melindrosa y tonta, así lo dice, que no quiere aceptar los obsequios del baron de Villalta, que la persigue con ofertas y regalos, y del duque de Peñafuerte, que hace tiempo la solicita.

—¡Jesús!... ¡pobre muchacha!.... con una madre como ésa no se necesita demonio tentador. ¿Y dices que el duque la pretende?

—Así me lo ha dicho la madre.

—¿Para casarse con ella?....

—Las que conocemos la nobleza y la virtud de Alberto, debemos y podemos creerlo así, por más que sea un enlace muy desigual; pero la perversa vieja se figura que el duque sólo obedece á un capricho, y con tal de que las saque de la miseria en que viven, lo olvida todo.

—Yo pienso que Alberto la amará realmente. Es el jóven de más bellos y nobles sentimientos que conozco, y corazon más cristiano no lo hay. Cuando conozca algo á ese jóven y me entere de todo, he de hablar al duque. Y dime, ¿tambien la asedia el baron?

—¡Tambien!..... exclamó Eulalia pasando por la frente una de sus nacaradas manos. Ese desdichado corre ciegamente á su perdicion.

—¿Y cómo se explica que te ame tanto?..

—Rosario, dijo Eulalia tristemente, ¿cómo puedes pensar que Teodoro sienta por mí un afecto verdadero? El hombre que no cree, que vive en el vicio y en la impiedad y que persigue á todas las mujeres de cualquier clase y condicion que sean, no sabe, no puede amar. El siente por mí un capricho que crece porque halla oposicion, porque se ve desdeñado; pero desde que yo le correspondie-

se; me olvidaría. Créelo, esos caprichos son tenaces hasta que los satisfagan; al punto que logran su deseo, los hombres como Teodoro dejan de amar.

—¡Qué dolor!.....

—Sí que lo es, Rosario, porque en medio de sus extravíos, no es malo, tiene buen corazon; pero las malas compañías y la educacion han extraviado sus pasos. ¡Quiera Dios que, como el hijo pródigo, vuelva un dia al seno de su padre!

—¿Y sigue con su empeño de que seas su esposa?

—Siempre; más yo te he dicho que juzgo su pasion un capricho que se alimenta y se sostiene por la contrariedad. Acostumbrado á fáciles conquistas, niño mimado de las bellas de la córte, se desespera cuando halla resistencia en mí.

—¿Pero tú le amas, Eulalia?

—¡Qué si le amo!... exclamó la jóven con generoso entusiasmo: ¡oh!.... pregunta á la flor si ama al rocío que baña su cáliz; pregunta al cautivo si ama la libertad!.... Sí, Rosario mia, le amo tanto, que mi cariño crece á despecho de todas sus locuras y extravíos, y cuando pienso que nuestras madres soñaron mil veces con esa deseada union,

que mi padre le llama su hijo y que el suyo al morir me bendijo y me rogó que fuese la esposa de Teodoro, siento un pesar tan grande, que quisiera arrancar su imágen de mi corazon.

Y así diciendo, la pobre Eulalia dejó correr el llanto que bañaba sus largas pestañas y rodaba por su dulce y púdico semblante.

—¿Pero por qué le amas, hija mia?... Olvídalo, porque no te merece, porque no es digno de tí!......

—¡Olvidarlo!... ¡dejarlo!... ¡Y eres tú, tan apasionada y tan generosa, la que esto dice?.. ¡Ah! no sueña una mujer todos los dias con el hombre que ama, no le consagra sus pensamientos, sus ilusiones, sus esperanzas, para arrojarle del corazon como se arroja un objeto que desagrada ó estorba!.... Yo le estuve prometida desde la infancia; crecí á su lado, fuí la compañera de sus juegos, le amé como yo amo, Rosario, con toda el alma!... Luego nos separamos, marchó á Francia, estuvo en Alemania y al regresar me he encontrado con un calavera escéptico y frio que no puede ser mi esposo... ¡qué más he de hacer que negarle mi mano!......

—¡Oh! si supieras, Rosario, cuánto he pensado en él, prosiguió Eulalia con cre-

ciente amargura: cuando nos separamos le puse al cuello un medallon de oro con la dulce imágen de María y le pedí que la invocase todos los dias: su imágen me acompañaba á todas partes, su recuerdo era mi encanto mayor, y al perder de repente todas mis esperanzas, he sufrido mucho, más de lo que puedes pensar. Aún hoy, en todas mis oraciones mezclo su nombre; todas mis buenas obras las ofrezco por él, le pido á Dios su conversion como pedía Mónica la del gran Agustino... y cuando cese de latir mi desgarrado corazon, entónces y sólo entónces le dejaré de amar en la tierra, para empezar á amarle y pedir por él en el cielo......

—¡Oh, que noble y generoso amor, Eulalia!... ¡Y qué fuerza de voluntad se necesita para amar de esa manera y esclavizarse al deber y renunciar al esposo que te habían destinado! ¡Y qué santa virtud es necesaria para no mostrar al mundo tu dolor, y pasar la vida en una dulce tranquilidad exterior cuando ruge en tu seno la tempestad!... ¿De dónde sacas, Eulalia mia, esa paz y esa inefable serenidad que te acompañan?......

—De Aquel que es todo amor y misericordia, amiga mia; de Aquel que nos dijo: *el*

que quiere venir en pos de mí, tome su cruz y sígame; del Corazon Adorable de Aquel que murió por nosotros y que no dejará sin recompensa ni uno solo de nuestros sufrimientos...... sí: en El busco la paz, cuando ruge la tormenta en mi corazon; á El pido fortaleza para no afligir á nadie con el espectáculo de mi dolor; y fuerte y tranquila con la conciencia de mi deber, resignada á vivir sufriendo y morir amando, espero todavía, sin embargo, que le he de ver regresar al buen camino que abandonó.

—¿Entónces esperas ser su esposa?

—¡No!..... levántase en mi alma á cada momento una voz poderosa que me repite que no seremos nunca el uno del otro.

—Yo no sé, pues, como vives tranquila, te lo repito. Porque amar como tú amas y no obtener correspondencia, es un dolor horrible.

—Encuentro más felicidad en amar que en ser amada.

—Eres un ángel, mi pobre Eulalia; siempre dispuesta para el sacrificio, parece que has nacido para dar la felicidad á todos los séres que te rodean, sin obtener nunca la tuya.

—¡Dichosa yo si puedo aliviar los males

del prójimo y alfombrar de rosas su camino, reservando las punzadoras espinas para mí! Pero, hablemos de otras cosas, marquesa. Dime, crées tú que pueda ser buena sócia de San Vicente la pretenciosa Ernestina, que, segun dicen, tiene el corazon de yeso?

—No lo creo; pero puesto que tiene el capricho de entrar en la Conferencia, debemos advertirle sus deberes y decirle claro que con la vida que hace no puede ser sócia. Yo pienso que se enmendará, y si se obstina, no la admitamos.

En aquel momento un reloj colocado sobre la chimenea, dió la una y media de la mañana.

—Vamos á acostarnos, Eulalia, dijo la marquesa; ¿á qué hora deseas que te llame mañana?

—A las siete, si te parece bien.

—Es temprano para el invierno. Te llamaré á las ocho, oiremos misa de nueve y á las diez saldremos á la visita de pobres.

—Convenido.

La marquesa y Eulalia salieron de la habitacion y atravesaron algunos salones, lujosamente adornados, hasta llegar á un lindo dormitorio en el cual esperaba una doncella.

—Adios, querida mia, dijo Rosario dejando un beso en la pura frente de su amiga; duerme tranquila y ten sueños de color de rosa.

—Hasta mañana, Rosario, que descanses.

Eulalia entró en el dormitorio y la marquesa se dirigió al suyo.

Media hora despues todos reposaban en la opulenta morada de Vallefrío.

III.

Don Juan de la Torre, opulento abogado, hijo segundo del conde del Rio, casó, siendo muy jóven, con una bondadosa niña, huérfana y pobre, pero de una familia tan distinguida como la suya.

He llamado bondadosa á la jóven esposa de don Juan, porque el mundo la creía así; pero no lo era en realidad. Por el contrario, llamábanla dulce, paciente y buena porque no lo era, y esto, que parece imposible tiene, la fácil explicacion que voy á daros.

Piensa el mundo, juzgando las cosas superficialmente, segun su costumbre, que esas personas impasibles y de carácter flemático y paciente, son virtuosas; pero no entienden que es esa una virtud de temperamento; son dulces y afables porque son in-

diferentes, porque sienten poco y con frialdad y generalmente no tienen ninguna de las bellas cualidades que constituyen una mujer buena.

De limitada inteligencia y de corazon egoista y mezquino, buscan de la vida el lado bueno; por nada se apuran y no se preocupan sino cuando la desdicha les hiere fuertemente.

De esta clase de mujeres era la esposa de don Juan.

A los dos años de matrimonio, tuvieron una hija; delicada criatura, blanca, sonrosada y graciosa como un ángel, que fué desde entónces todo su encanto y alegría.

Llamáronla Rosario.

No es fácil de explicar el fausto, la opulencia y el mimo de que se vió rodeada esta niña desde que abrió sus ojos á la luz.

Su padre la quería con delirio, y su madre tanto cuanto lo permitía su corazon helado y pequeño.

Sin embargo, debo añadir que la amaba mucho y sobre todas las cosas de la tierra, y que durante los primeros meses de nacida, hizo por ella el grandísimo sacrificio de privarse de algunas diversiones y atender á su

lactancia, no queriendo confiarla á manos mercenarias en una edad tan tierna.

Pero esto tuvo poca duracion.

A los seis meses ya estaba cansada, y como no tenía fe, ni rezaba, ni iba á misa, ni apénas se acordaba de Dios; en una palabra, como no cumplia ninguno de los deberes que Dios impone á la mujer, era débil y no sabía siquiera dónde se encuentra fortaleza para cumplir bien la mision que el cielo da á cada uno en este mundo; de suerte que al hastiarse de las caricias de su hija, al extrañar los bailes y teatros y sentir el fastidio, entregó á la pequeñuela á una nodriza y se dedicó nuevamente á la vida de salones.

Rosario crecía fresca, gallarda y risueña como una bella flor, y sus padres, cada dia más encantados de sus gracias, sólo querían complacerla y adivinar sus deseos para satisfacerlos ántes que ella pudiese manifestarlos.

Apénas cumplió Rosario cuatro años, la confiaron á los cuidados y nada cristiana direccion de una aya francesa, mujer fria, impasible y egoista, que sólo atendía á ganarse las voluntades para asegurar su porvenir, importándole muy poco ó nada la buena educacion de la pobre Rosario.

Don Juan de la Torre era inmensamente rico, y al admitir en su casa al aya de su niña, le dijo lo siguiente:

—*Mademoiselle*, yo no quiero que contraríe usted en nada á mi hija, porque soy bastante rico para satisfacer todos sus caprichos; déle gusto en todo; pida cuanto necesite para ella, que todo se le dará; tiene su coche y sus criados, de los que puede usted disponer, segun sus deseos; no la apure para que estudie; si no aprende en cuatro años, que lo haga en ocho ó diez, y si al fin no adquiere una gran instruccion, tampoco la necesita. Su belleza y su dote la conquistarán aplausos, lisonjas y adoradores, sin que tenga necesidad de brillar por su talento.

—Sí, añadió la madre de Rosario, es preciso que no olvide usted cuanto acaba de decirle mi marido, y que cuide por sí misma del tocador de la niña. La doncella le dirá dónde vive mi modista, y usted, que ha estado tanto tiempo en casa de la marquesa de B...... sabrá como deben vestir las niñas, pues allí había cuatro. Yo siempre estoy ocupada, y apénas puedo pensar en esos mil detalles de la educacion de una niña: á usted se la confío, *Mademoiselle*, rogándole que la rodee de cuidados y atenciones.

Ya podeis suponer como se envanecería la pequeña Rosario con estas palabras dichas en su presencia, y que poco cuidado pondría la francesa para educarla. Era una mina que deseaba explotar cuanto pudiese, y le convenía darle gusto en todo; de manera que si en ocho dias no tomaba el libro, no era ella la que le decía que estudiase, y si llegaba á hacerlo, oia la voz irritada de la niña que decía:

—¡*Mademoiselle*, mire usted que lo diré á mis papás!

Por fortuna, la hermosa criatura era muy aplicada al estudio, é hizo rápidos progresos en todo cuanto le quisieron enseñar; pero estudiaba cuando quería, y cuando no, pasaba semanas enteras jugando ó haciendo flores y muñecas.

El aya se aprovechó grandemente de las libertades que le fueron concedidas, y gastaba sumas enormes en el atavío de Rosario.

Esta iba vestida de una manera impropia para su edad: no usaba otras telas que el raso, terciopelo y gro; lucía costosas blondas y soberbios brillantes, y estrenaba todos los meses cuatro ó seis sombreritos, otros tantos trajes, y muchas joyas que sólo servían para arraigar en su alma el amor á la vanidad.

La francesa vestía con igual lujo á expensas de los señores de la Torre, y además procuraba guardar cuanto podía de las sumas que se destinaban á la niña para sus trajes y sus libros.

La pobre Rosario creció en gracias y en talento; aprendió con perfeccion cuatro idiomas, tocaba el arpa y el piano, cantaba, dibujaba y hasta hacía versos; sabía mucha historia y geografía, y era modelo de distincion y elegancia, pero no supo nunca lo primero que debía saber, y es lo que constituye una mujer cristiana, una hija obediente y una esposa sumisa y buena.

Rosario no tuvo educacion religiosa.

Apénas sabía rezar; iba á misa por lucir y por ver á sus amigas; pensaba en Dios alguna vez y sólo, como puede pensarse, en un Sér bueno y amante que debe necesariamente satisfacer todas nuestras aspiraciones; pero no como un Señor que puede disponer de todas las cosas y reducirnos á la nada y que nos ha de juzgar, porque estos pensamientos disgustaban á la niña y los alejaba de su mente.

Llegó Rosario á la adolescencia, y al verse tan hermosa, tan inteligente y tan rica, su orgullo creció, como las aguas del mar ba-

tidas por el viento crecen, se hinchan y todo lo arrastran á su paso.

Apénas abría los ojos por la mañana, su madre la cubría de besos, la envolvía en un peinador y alisaba sus elásticos rizos de ébano; su padre la esperaba afanoso para abrazarla y sus amigas para decirla mil lisonjas y envenenar su alma con el tósigo de la adulacion.

Sin conocer las privaciones, rodeada de solicitud y de afectos, nadando en la opulencia, obsequiada de los más apuestos galanes y envidiada de las mujeres, que no la perdonaban su deslumbrante hermosura, su talento y sus gracias, llegó Rosario á cumplir diez y seis años y se pensó en casarla.

Ella, indiferente á todo, dejó que sus padres la escogiesen un esposo, y aceptó el que le presentaron, sin investigar sus cualidades y sin querer saber otra cosa sino que era rico y noble y que le adornaba un título de marqués.

¿Qué le importaba todo lo demás?

Su corazon era libre; no conocía más amor que el de sus padres: era idolátra del lujo á que la habian acostumbrado desde niña, y con tal de ser siempre la reina del buen gus-

to y de la moda, lo demás le parecía insignificante.

Sucede generalmente que las mujeres ricas y bellas, halagadas de todos y de todos aplaudidas con exageracion, envanecidas de sus cualidades, olvidan y sacrifican hasta su propia felicidad; se hacen insensibles y heladas, viven como si no existiesen otros cuidados que el del tocador, y no se ocupan más que de sus blondas y sus diamantes.

Así era Rosario.

Estaba acostumbrada á encontrar en la vida todas las cosas bellas y buenas; desconocía el dolor y no se cuidaba del porvenir.

Diez y siete años tenía cuando dió su mano de esposa al jóven marqués de Vallefrío, y fué á habitar con él un espléndido palacio y á disfrutar de todas las comodidades que puede ofrecer una riqueza maravillosa.

La jóven marquesa fué el ídolo de su marido como lo era de sus padres.

Dotado él de un carácter débil y complaciente, cedía á todas las exigencias de Rosario, que eran muchas y grandes; satisfacía todos sus caprichos, y la mimaba tanto que sobrepujaba con mucho á los prolijos cuidados de los padres de su esposa.

Esta desplegó una magnificencia régia.

Sus salones eran los más concurridos; siempre había convidados á su mesa; tenía una numerosa corte de adoradores, y aunque de una virtud severa y muy fiel en el amor conyugal, gustaba de ser el astro de la buena sociedad y el iman de los corazones.

La hermosura, el buen gusto y la originalidad de Rosario, llegaron á ser proverbiales.

Seis meses despues de su matrimonio perdió, uno tras otro, á sus padres y heredó de ellos una fortuna considerable que la hizo doblemente envidiada.

A los diez y ocho meses de casada tuvo una hija.

Ella esperaba un varon que perpetuase el nombre de su marido, y recibió de mala gana á la pobre criatura.

Sin embargo, cuando se la presentaron blanca y sonrosada, envuelta en una nube de encajes de batista y seda, la abrazó con extremada ternura y la llenó de caricias.

El marqués se atrevió—aunque tímidamente—á manifestarle sus deseos de que lactase por sí misma á la niña; pero ella opuso una tenaz resistencia.

Sus amigas la aconsejaban que no cediese á una pretension tan descabellada.

Le decían que era ridículo que una señora de la nobleza cuidara por sí misma de sus hijos y enterrase su juventud y sus gracias por causa de un chiquillo impertinente: la recordaban que perdería la frescura de su belleza, y que triunfarían de gozo todas las que la miraban con envidia, al ver que se retiraba de los salones.

Y como si todas estas frívolas consideraciones fuesen bastante para eximir á una madre de los altos deberes que Dios la impone, Rosario se decidió por fin á entregar su hija á una nodriza.

El pobre marqués no tuvo valor para oponerse á esta resolucion, porque temía enfadar á su esposa y sabía además que no había razones bastante fuertes para hacerla desistir de una cosa que ella se proponía de veras.

Angélica, que este fué el nombre que dieron á la hija de los marqueses de Vallefrío, fué entregada á una robusta nodriza que tenía una hija nacida solo tres dias ántes que la de Rosario.

Esta mujer tosca, mal educada y áspera, fué la que alimentó con la sávia de sus pe-

chos á la pobre niña, y hallándose mal en la corte, á donde había ido sólo de paso, determinó volverse á su aldea.

Los marqueses se opusieron tenazmente; pero la niña Angélica estaba tan hermosa y manifestaba tanto amor á su nodriza, que despues de una larga discusion, fué necesario ceder á los deseos de ésta.

Los médicos dijeron que los aires del campo harían mucho bien á la niña, y como, por otra parte, la marquesa estaba, ó creía estar, delicada de salud, y pensaba ir á tomar baños de mar, entregaron á la nodriza una crecida cantidad de dinero para satisfacer sus necesidades, y marcharon dejando en manos mercenarias á la inocente criatura, que les debía el ser.

Rosario, al despedirse de su hija, dejó correr su llanto; pero pronto lo enjugó, consolándose con la idea de que estaría mejor que en Madrid, y que cuando volviesen á verla estaría crecida, robusta y hermosa como un ángel.

El marqués sufrió mucho, pero ocultó perfectamente su dolor, y ciego instrumento en las manos de su esposa, partió con ella, dejando en la aldea la mitad de su vida, que era su adorada Angélica.

Su viaje duró un año, pues Rosario se empeñó en ir á París; á su regreso hicieron venir á la nodriza con la niña, y entónces tuvo lugar una escena tan triste y tan extraña, que da angustia sólo en pensar en ella.

Al llegar la nodriza con las dos niñas, la suya y la de los marqueses, éstos se lanzaron apresurados á su encuentro, y no tuvieron necesidad de preguntar cuál era su Angélica, porque la riqueza de sus vestidos lo demostraba.

Pero la marquesa, ya fuese que cedía á un irresistible impulso de su alma, ya que estuviese en un error, tendió los brazos á la niña pobremente vestida y la cubrió de besos y de caricias.

—Señora, dijo friamente la nodriza, V. E. se equivoca: esa niña es mi hija, que tambien se llama Angélica, y la suya es la que tiene en sus rodillas el señor marqués, como lo dicen claramente los pobres vestidos de ésta y los hermosos de aquélla.

Hubo un momento de silencio y de ansiedad.

Rosario miró atentamente á la que decían era su hija, y que con sus grandes ojos negros, su rizada cabellera oscura, su color

moreno claro y sus encendidos labios, era un tipo interesante y bello; luego volvió los ojos hácia la otra niña, que era blanca, rubia, delicada, ideal, y un grito de triunfo se escuchó en sus labios.

—¡Esta, ésta es mi hija!..... exclamó apasionadamente.

—Señora, usted ha equivocado á estas criaturas, dijo la robusta mujer con admirable sangre fria; permítame V. E. que le repita que está en un error. Sus ojos son oscuros y tambien los de su niña; la rubia se parece á mí, que como ella soy blanca y rosada; no os quede la menor duda que digo la verdad.

Lo que pasaba en aquellos instantes por el alma del marqués se hace difícil de explicar. No sabía si cubrir de besos á la niña morena ó á la rubia; Rosario y él tenian los cabellos y los ojos negros, y parece que la nodriza decía la verdad; pero los presentimientos, ó mejor dicho, los misteriosos impulsos del corazon de la marquesa, le inclinaban á creer que la rubia era su hija.

¡Horrible situacion!

¿Cuál de las dos niñas era la heredera del título de Vallefrío?

¿Cuál de las dos madres tenía razon?.....

Esto era un misterio, que sólo Dios podía aclarar.

Despues de un inútil interrogatorio, de muchas explicaciones, lágrimas y dudas de la marquesa, la nodriza se volvió á su aldea con la que llamaba su hija y dejó la otra en casa de los desgraciados padres, que no conocían al fruto de su amor.

Desde entónces concluyó la felicidad de Rosario.

La niña era dulce, afectuosa y bella, pero no se convencía de que era suya; el corazon la decía que era víctima de un engaño de la nodriza, y le era imposible amar á aquella criatura desgraciada que parecía una extraña bajo el techo paterno.

El marqués, por el contrario, amaba tiernamente á la pobre Angélica, bien porque la creyese su hija ó porque le inspirase lástima al verla rechazada duramente del corazon de la marquesa.

Esta persistía en su idea, é hizo un viaje á la aldea para informarse de todo lo que pudiera darle luz en aquel asunto; pero nada consiguió, porque la nodriza protestaba cien veces que la niña rubia era su hija, y los habitantes de la comarca decían que nada sabían, porque ella había salido de allí en cin-

ta y que al volver con las dos niñas, la habían oido decir que su hija era la rubia y á la morena había vestido y considerado siempre como heredera de los opulentos marqueses de Vallefrío.

Pasó un año, y Rosario, siempre triste, intentó volver á la aldea para hacer el último esfuerzo; pero supo que la nodriza había marchado con su hija, y nadie pudo designar el punto en que vivia.

Rosario, pues, tuvo que aceptar como hija suya á la que creía hija de una mujer malvada y tosca, y nunca volvió á hablar de este asunto; pero su felicidad se deshizo como esas burbujas que hacen los niños con el jabon en el agua.

Era imposible para ella amar á Angélica y le era difícil ocultar la antipatía y repulsion que le inspiraba.

La niña crecía graciosa y gentil; su carácter dulce y suave robaba los corazones; su inteligencia no era brillante y precoz, pero se desarrollaba con el estudio y la reflexion, y aunque comprendía que su madre no la quería como otras madres aman á sus hijos, ni se quejaba, ni mostraba pena, pues la consolaba de todo la dulce ternura del marqués.

¿Era una verdad lo que pensaba Rosario? ¿Angélica era suya ó de la nodriza?

Estos pensamientos, estas preguntas que inútilmente se hacía, eran el cruel torcedor del corazon de la marquesa.

—Mi hija era rubia, aseguraba á su marido siempre que de esto se trataba; yo recuerdo haberla visto una vez sin su gorrita de batista y encajes, y aunque no tenía cabellos, prometía que no serían estos de color oscuro, porque empezaban á nacerle y apénas se le veían. Y por último, mi corazon me repite que soy víctima de un engaño, y que esta criatura no es hija mia.

El dolor purifica y acrisola las almas y las lleva á Dios; Rosario, que habia tenido siempre una vida disipada, que nunca pensó en otra cosa que en sus galas, sus joyas y la vanidad, al verse herida por tal desdicha, se dedicó por completo á las obras de caridad, se hizo la madre y el consuelo de los tristes y pronto fué citada como un modelo de piedad cristiana.

Pero ya no volvió la felicidad á vivir en el corazon de la marquesa, cuyo dolor se aumentaba con el tiempo que trascurría; y en sus fervientes preces, en sus obras caritativas, al frecuentar los sacramentos, al visitar

los templos, una muda, pero ardiente oracion, se elevaba al cielo desde el fondo de su pecho y era esta:

—Señor, haced que encuentre á mi hija!......

Bien dura fué la expiacion de Rosario.

Pagó con largos años de lágrimas y de dolor aquellas faltas, hijas de su mala educacion, y no de un corazon culpable y malo.

Seis años despues de los acontecimientos que acabo de relatar, murió el marqués, y como si la pobre niña, su hija, hubiese comprendido que ya no le quedaba ningun amor sobre la tierra, pidió al cielo que la sacase de ella.

Y Dios la escuchó; Angélica no sobrevivió á su padre más que cuatro meses, y al morir, dijo á la marquesa con voz triste y lenta...

—Mamá, me muero porque se lo he pedido á Dios; tú no me amas, y yo no quiero ni puedo vivir sin tu amor. Acuérdate de mí alguna vez, y cree que no he tenido nunca para tí, sino sentimientos de ternura y de respeto.

Estas palabras en boca de una niña que aún no había cumplido ocho años, hicieron una profunda impresion en el corazon de Ro-

sario, que empezó á echarse en cara su desvío hácia la niña y á temer que fuese realmente hija suya.

Dos ó tres dias despues de muerta Angélica, ya Rosario no pensaba en que pudiera haber tenido á su hija como una extraña en su hogar, sino que se afirmaba más y más en que la heredera de su nombre era la niña que se llevara la nodriza.

Poco tiempo ántes de la muerte de Angélica, la marquesa había adoptado por hija á Teresa, que contaba por entónces tres años de edad, y esta criatura, hija de aquella santa mujer modelo de paciencia y de bondad que había muerto en sus brazos, consoló algun tanto á Rosario, disipando en parte sus dolorosos pensamientos.

Pero, como he dicho ántes, la felicidad huyó de su corazon, y nunca volvió á experimentar sus dulces favores.

IV.

—Abuela, abuela, ¿cuando vendrán las buenas señoras á traernos pan? Tengo frio y hambre!......

—Calla, pobrecita, y ten paciencia, respondió una voz cascada y temblorosa. ¿Qué ganas con llorar, sino es debilitarte más?.... Aguarda un poco, que estoy cierta de que no han de tardar mucho las señoras, y entónces podrás comer.

—¡Oh, y que hambre tengo!..... repitió la niña que habia hablado primero.

—Ves al cuarto de la vecina y dile que yo la ruego que te dé un pedazo de pan.

—Ahora mismo voy.

Esta conversacion tenía lugar entre una anciana flaca, delicada, enferma y por aña-

didura ciega, y una niña, nieta suya, que apénas contaba ocho años de edad.

La habitacion en que se hallaban no podía ser más mísera y triste. A manera de nido de lechuzas, colocado cerca del tejado, aquel chiribitil oscuro, frio y sucio inspiraba lástima y horror al propio tiempo. No tenía mas muebles que un armario viejo, una silla rota y otra próxima á romperse, un par de camas cubiertas con mantas, hechas de trapos de todos colores, una mesita de pino, un anafe, dos cazuelas colocadas sobre la mesa, dos platos, un jarro y un par de cucharas y de cuchillos.

He sido tan minuciosa en la descripcion de este soberbio mueblaje, para que aquellas de mis lectoras que, nacidas y criadas en la opulencia, no han entrado nunca en la morada del pobre, piensen un momento en la manera horrible con que viven muchos infelices que se tendrían por dichosos con alcanzar lo que ellas despilfarran en cintas y flores; que podrían vivir á cubierto del hambre y la miseria si ellas pensaran alguna vez en su triste situacion.

La anciana, que con su nieta vivia en aquella bohardilla, era Joaquina, la ciega de quien habló Eulalia á la marquesa, protegida por

la Conferencia de que esta última era presidenta y visitada por la bella jóven, hija del médico.

Apénas habia salido la niña del cuarto en que vivía, se oyó ruido de pasos y la voz dulce y suave de Eulalia que pedía permiso para entrar.

—Adelante, mis queridas señoras, entren ustedes, dijo la ciega, haciendo un esfuerzo para dejar su asiento y recibir á sus bienhechoras; hace dos horas que las aguardaba con ansiedad.

—Pues aquí nos tiene usted ya, dijo la marquesa tomando asiento en la silla coja y mugrienta colocada cerca de la ciega.

Eulalia se acercó á la mesa y puso sobre ella un cestito que traía, y del cual fué sacando sucesivamente un pan blanco y fresco, un papel de confites, una naranja azucarada y una botellita de vino.

—¡Ay, señora! exclamó la ciega, enjugando una lágrima que surcaba sus mejillas; no saben las visitadoras de la Conferencia el mal que hacen cuando dejan de visitar á sus pobres. Generalmente las esperamos con ansia; primero contamos los dias, luego las horas y..... hasta los minutos; cualquier ruido nos parece que son sus pisadas; salimos á la

puerta para ver si vienen á traernos el deseado socorro, y cuando llega la noche del dia en que acostumbran visitarnos, y no han venido, necesitamos el auxilio poderoso de la gracia para no desesperarnos.

—Tiene usted razon, Joaquina: la socia de San Vicente debe considerar como uno de sus más importantes deberes la visita semanal á las pobres, y no dejar de cumplirlo sino en caso de verdadera imposibilidad. Los bonos que guarda en su cartera son el pan, el alivio, el consuelo del pobre, y sería una crueldad olvidarse de llevárselos. Por fortuna en nuestra Conferencia son muy exactas las socias y no dejan de ir nunca por pretextos frívolos y vanos.

—¿Y dónde está la niña? preguntó Eulalia.

—Ha ido á pedir un pedazo de pan á una vecina, porque tenía hambre.

—¿Y no se han desayunado ustedes?......

—No, señora; anoche gasté el último cuarto en hacerle una sopa á la pobre criatura, y hoy no hemos tenido nada que llevar á la boca.... el corazon me decía que ustedes vendrían temprano, y esperaba;.... pero Juanita lloraba de hambre, y me dió lástima.... tanta lástima, que la mandé á una vecina para que le pidiese pan......

—Aquí estoy, abuela, dijo la fresca voz de la niña; traigo una taza de leche para tí; te la manda la bordadora que vive en el segundo piso, y á mí me ha hecho beber un poco de caldo y me ha regalado dos cuartos.

—Ven acá, Juanita, exclamó Eulalia tomando á la niña por la mano, en tanto que la ciega se deshacía en acciones de gracias por la caridad de la bordadora: estoy muy contenta de tí; y en prueba de ello te traigo confites.

—¡Ay, qué bueno!..... yo no puedo comprarlos nunca.

—Por eso te los traigo. Y si continúas siendo buena, arreglando tu cuartito, limpiando el polvo y cuidando á tu abuela, sin enfadarla, ni hacerla llorar, te traeré siempre frutas y dulces.

La niña, llena de alegría, apénas supo qué decir.

—Mira, allí tienes pan y una naranja para tu abuela, y un poco de vino, que le oí decir que deseaba. Toma los bonos; ten economía y no los malgastes, que luego Dios te pedirá cuenta de esa falta. Tienes que ser el consuelo y el apoyo de tu abuelita, que á nadie tiene más que á tí, y no se puede valer porque es ciega.

Y así diciendo, Eulalia sentó á la niña en sus rodillas, y la besó en la frente, separando los rubios rizos que la cubrían.

—Pero, señorita, dijo la niña con adorable ingenuidad, yo quisiera ser paciente; y no puedo. Figúrese usted que mi abuela quiere que lea todos los dias en voz alta el Año Cristiano, que es el único libro que nos queda, que rece el rosario y un sin número de padre-nuestros; despues he de hacerle la cama, limpiar todos esos trastes, y yo quisiera jugar...... pero ni siquiera tengo una muñeca..... ¡qué malo es ser pobre!..... los niños ricos tienen juguetes á docenas y yo ninguno......

—Si no te entretienes en esos pensamientos, y sigues leyendo y rezando con tu abuela, y aprendiendo á coser con tu vecina, te prometo una linda muñeca

—¿Grande, y con un traje color de rosa?...

—Sí; pero necesitas ser muy buena para obtener esta recompensa.

—¿Quiere usted venir con nosotras á casa del oculista? preguntó Rosario á Joaquina.

—Hoy no me siento bien: será otro dia.

—Pues entónces, adios: aquí le dejo una peseta, para que tome chocolate. Tenga paciencia, ofrezca sus penas al Señor y ben-

dígale porque le ha dejado á Juanita para su consuelo.

—Y tú, sé buena, hija mia, dijo la marquesa acariciando las redondas mejillas de la niña; hasta la primera visita.

—Adios, señoras, que la vírgen las acompañe, contestó la pobre ciega.

Rosario y su jóven amiga salieron de la bohardilla y empezaron á bajar la empinada escalera, cuyos escalones de madera carcomida crugian bajo el peso de su cuerpo: en el segundo piso se detuvieron ante una puertecilla sucia y baja, y llamaron débilmente.

—Entren ustedes, señoras, dijo una voz fatigada y doliente.

Las socias de San Vicente penetraron en un cuarto frio y triste, pero mejor que el que acababan de visitar, y acercándose á una cama que sólo tenía un mal jergon y una manta, se informaron cariñosamente del estado de una enferma que allí reposaba, ó por mejor decir, que allí sufría los rigores de una enfermedad cruel: la tísis.

Eulalia se sentó á la cabecera de la cama, y la dijo con tierna solicitud:

—Mi pobre amiga, yo no he podido olvidarla en toda la semana; me acuerdo de Vd. todos los dias cuando oigo misa y tengo una

oracion particular para Vd.: desde hoy vendrán todos los dias á traerle un jarro de leche que yo le regalo, y deseo que la tome y le siente bien.

—Mil gracias, señorita; qué buena es Vd!...... Ya me queda poco tiempo de vida y no tendrán que molestarse por mí. ¡Tengo tantas ganas de morirme!......

—¿Y por qué, Dolores?

—Para descansar. Toda mi vida he sido desgraciada. No conocí á mi madre, me maltrató mucho mi madrastra; trabajé como una bestia de carga, recibiendo por premio ultrajes y desprecios; huí de la casa paterna y me casé con un honrado muchacho que me quería, y á los diez dias de casados se murió del cólera; desde entónces estoy enferma; no quise volverme á casar; murió mi padre y una hermanita que tenía, y trabajando sin cesar he ido pasando hasta hoy... ¿qué me ofrece el mundo?..... ¿qué espero yo?...... Cuanto más pronto me muera, mejor......

—¿Y Dios, Dolores?.... ¿No piensa Vd. en Aquel que murió por todos y que nos enseñó á mirar los padecimientos como una prueba de amor?...... Si sufre Vd. con paciencia, si ama y bendice esa mano generosa, no mé-

nos justa cuando abate que cuando ensalza, su corona será brillante y eterna. Ofrezca sus padecimientos al Eterno Padre en union de los méritos de su Hijo, y tendrá consuelo.

—¡Qué he de ofrecer!.... Hace tanto tiempo que no rezo, que ni la recuerdo ya. Dios no se ocupa de los pobres.

—Calle Vd., hija mia, por Dios, exclamó la marquesa con profunda pena. ¿Quién, sino la mano benéfica de ese Dios á quien Vd. ofende, nos ha traido hasta aquí? Vamos, no quiero entrar en discusiones que á nada conducen y que considero innecesarias; pero le ruego que tenga paciencia, que lea el librito que le traje el otro dia, titulado *La conformidad con la voluntad de Dios*, y que no olvide rezar siquiera sea una Salve á la Madre de Jesús.

—Tome Vd., Dolores, añadió Eulalia: aquí le traigo un hermoso escapulario que le ruego se ponga al cuello, para que sea su consuelo, y además las medicinas que le recetó mi padre ayer. Me dijo que dentro de dos ó tres dias vendrá á verla.

—¡Gracias! ¡Oh, y qué favores tan grandes le debo! exclamó la mujer enferma tomando el escapulario y la botellita que le presentaba Eulalia. Un ángel del cielo no me consolaría más que Vd., señorita.

—Pues acuérdese de mis consejos y piense en Dios. Esto es cuanto le encargo por despedida.

—Lo haré..... si supiese..... alguna vez me arrepiento de mi dureza para con Dios, quisiera bendecirle y tener paciencia; pero luego..... sufro tanto, que todo lo olvido..... sin embargo, leo algunas páginas del libro que me dieron el otro dia, y me conformo.

—Hágalo siempre así. Ahora, adios; si se pusiese peor, que vaya cualquier vecino á avisar á mi padre, y vendrá al momento.

La marquesa puso una peseta en la mano de la enferma, y Eulalia, como al descuido, dejó encima de la cama el precioso cuadernito de Mgr. de Ségur, titulado *La confesion*, y una estampita del Corazon de Jesús, saliendo despues de la habitacion.

—Esta mujer me inspira lástima, Rosario. Su dureza de corazon y su falta de fe aumentan sus dolores: he dejado un librito sobre la cama; lo leerá y reflexionará un poco. Tengo esperanza de que morirá como una verdadera cristiana,

—Al pobre no hay que darle argumentos para que discuta sobre religion. Es indiferente por práctica, pero no por teoría; hay que convencerle sin que el mismo se aperci-

ba de ello; con hechos y no con objeciones. Busquemos el camino de su corazon, y la caridad hará lo demás.

—Tienes razon, querida Rosario. Es preciso compadecerlos; quizás en su lugar seríamos más malos que ellos. El hambre y la miseria son horribles.

—¿Dónde vamos ahora?

—Á ver á Angélica.

—Vamos, dijo la marquesa suspirando tristemente al escuchar aquel nombre. ¡Dichosas nosotras que nos introducimos en todas partes, llevando la fe, la caridad y el consuelo! ¡Ah! por qué conocerán nuestras hermanas que la visita es lo importante para la Conferencia, y que el socorro material no es otra cosa que el medio, el pretexto de introducirnos en su casa?

La marquesa y Eulalia entraron en el coche que las aguardaba á la puerta, y se dirigieron á casa de la jóven de quien tan bella descripcion había hecho la última, hablando de ella la noche anterior.

El coche anduvo dos ó tres cuadras, y se detuvo.

—Prepárate, Rosario, para ver á un ángel y á un demonio.

La marquesa y su amiga empezaron á su-

bir una escalera polvorosa y estrecha y llegaron al segundo piso; allí entraron, sin anunciarse, en una salita de aspecto alegre, porque la doraba un rayo de sol y la hermoseaban dos jarros con yerbas y flores artificiales.

Allí vivían Angélica y su madre.

Su habitacion constaba de tres piezas: la salita, una alcoba muy reducida y una cocina: en la primera había cuatro sillas, un velador antiguo cargado de libros; una mesa y un armario bastante bueno; dos cuadros representando á la Vírgen y á Santa Teresa, adornaban la pared.

Aquella habitacion tenía un balconcito que daba al gran patio de la casa y por la puerta abierta, entraba un alegre rayo de sol de invierno, tan agradable siempre.

Allí no había miseria, pero sí mucha pobreza.

Sentada en una sillita, inclinada sobre un bastidor y bordando con maestría, se hallaba una jóven de extraordinaria belleza.

No es posible soñar una hermosura más perfecta, más adorable, más pura que la de aquella mujer.

Vestida con un pobre, pero elegante traje de merino negro, sujetos sus abundantes cabellos rubios con una cinta del mismo co-

lor, parecía aquella encantadora criatura una estrella entre negros nubarrones, una fresca rosa entre oscuro y mústio follaje.

Aquella jóven parecía la imágen de la melancolía y del dolor; era triste la expresion de su semblante, como es triste el último rayo de sol que se esconde en occidente, como es melancólica la voz de la tórtola; tal vez hubiera podido decir con el poeta:

«Yo soy la vírgen pálida y sensible
Que siempre amó el dolor......»

Angélica, pues era ella la interesante jóven de que me ocupo, tenía la tez blanca, delicada y fina como el raso, teñida de un color de rosa suavísimo que la prestaba indecibles encantos: bajo sus cejas, que parecían trazadas por un pincel, se abrían sus grandes ojos de un azul oscuro y brillante como el del mar; ojos llenos de luz, de pasion, de elocuencia: ojos que hablaban, que eran—digámoslo así—el espejo purísimo de su alma virginal.

Su boca era diminuta y purpurina como el broche del clavel; sus dientes brillaban como sartas de menudas perlas; sus manos finas y delgadas, un poco largas y cruzadas

de venas azules, anunciaban á una mujer distinguida, y su talle esbelto y flexible, las anchas y apretadas trenzas de sus cabellos dorados y sedosos, y sus piés enanos, corbos y estrechos, formaban en su conjunto uno de esos tipos acabados de peregrina belleza que hubieran servido de modelo á un gran artista, que hablan del cielo y hacen soñar con los ángeles.

Al ver entrar á la marquesa y á Eulalia, clavó la aguja en el bastidor, cubrió su bordado con un pañuelo, y se levantó para recibirlas, sin mostrar encogimiento ni turbacion.

Tendió la mano á Eulalia y luego se inclinó ligeramente y con suma gracia ante la marquesa, que la miraba asombrada.

—¿Cómo estás, mi querida Angélica? la preguntó Eulalia con tierno interés. Te has aliviado de tus insoportables dolores de cabeza?

—No; como pienso mucho, mucho, soy nerviosa y sufro bastante, la cabeza me duele casi siempre.

Así diciendo, Angélica acercó dos sillas al velador y las ofreció á sus visitadoras, en tanto que ella volvía á sentarse en su sillita, aunque sin tomar la aguja y el bordado.

—Angélica, esta señora que me acompa-

ta, es la marquesa de Vallefrío, de quien te he hablado muchas veces; ahora somos compañeras de visitas y me acompañará siempre que venga.

—Tengo mucho gusto en conocer á esta señora, dijo la jóven inclinando de nuevo la cabeza, como se inclina una flor batida por el viento; he oido hablar muchas veces de ella, citándola siempre como acabado modelo de virtud cristiana.

Angélica hablaba sin embarazo, y sin temor; diríase que estaba acostumbrada á tratar con personas de alta posicion social ó que ella misma pertenecía á una clase distinguida, y que se hallaba fuera de su centro en las bohardillas.

Parecía nacida para habitar en un palacio.

La marquesa la miraba con ansiedad creciente.

Como si el rostro de la pobre bordadora no le fuese desconocido, como si en él hallase algo que hablase á su corazon, la contemplaba con amor y con afan, y parecía olvidarse de cuanto la rodeaba.

—Hija mia, la dijo por fin, perdone la insistencia de mis profundas é investigadoras miradas. Una historia muy triste ha venido á mi mente al verla á usted: yo tenía una

hija que llevaba su dulcísimo nombre, y creo que debía parecerse á usted: la perdí hace tiempo, pero no puedo olvidarla.

La marquesa enjugó sus ojos bañados en llanto, y luego, con más serenidad, preguntó á la jóven:

—¿Tiene usted familia?

—Tengo madre únicamente, señora, dijo la hermosa criatura exhalando un triste suspiro. No he conocido otros parientes; mi padre murió, siendo yo de pocos dias de nacida; soy hija única y me he criado sola y triste como la pobre florecilla que nace en el hueco de una peña y crece débil é incolora por falta de un rayo de sol, de unas gotas de rocío y de brisas cariñosas que halaguen blandamente sus hojas.

La marquesa y Eulalia cambiaron una mirada al oir aquella comparacion tan bella, tan poética y tan propia del asunto á que se refería.

—¿Y dónde se ha educado usted, Angélica?

En ninguna parte, señora. Cuando tenía seis años me enseñó á leer una buena niña de la vecindad: despues he recibido lecciones de cuatro ó seis personas caritativas que en mis ratos de ócio me enseñaban á contar,

escribir, bordar, dibujar un poco y rezar..... he leido mucho, muchísimo; tengo á mi disposicion la biblioteca de varias damas para quienes trabajo, y en los libros, únicos y amados compañeros de mis tristes noches y de mis largos dias, he aprendido cuanto sé: no he ido nunca á colegios ni he tenido profesor... . todo se lo debo, primero á la caridad cristiana..... luego á mi aplicacion y mi constancia.

—¿Y de dónde es usted, niña?

—Siempre he vivido en Madrid, á lo ménos desde que yo puedo acordarme, y creo que he nacido aquí.

—Y segun se desprende de sus palabras me parece que no es usted muy feliz ¿no es cierto?

—¿Quién no tiene pesares en la vida? Hace un instante que la he visto á usted enjugar sus ojos bañados en llanto; si esto acontece á la noble y opulenta marquesa de Vallefrío, hija mimada de la fortuna, ¿qué sucecerá á la pobre bordadora que vive siempre sola y triste?

—Pero ¿por qué esa tristeza en una edad tan bella? Cuando yo era jóven como usted lo veía todo de color de rosa y el mundo estaba lleno de encantos para mí

—Angélica, dijo Eulalia que hasta entónces permaneciera silenciosa, abre tu corazon á la marquesa y refiérele los acontecimientos que forman tu temprana y dolorosa historia. Ella es buena y se interesa por tí, y como ademas quiere protegerte, desea y necesita saber quién eres, lo que piensas y lo que anhelas.

—Sí, hija mia, añadió Rosario con tierno afecto; yo la amo á usted desde que la he visto, y aún ántes de conocerla, por uno de esos presentimientos misteriosos del alma: así; reclamo su confianza y le ruego que me diga uno por uno todos sus pesares, sus temores y sus decepciones.

—No sé cómo manifestarle, señora marquesa, la profunda gratitud que me ispiran sus afectuosas palabras; no en vano la llaman todos *la santa*.

—Vamos, nada tiene que agradecerme: hable usted, hija mia, que la escucho con afan.

—Apénas hay nada de interesante en mi historia, señora; pero es muy triste. Como ántes la he dicho, no conocí á mi padre, y en vez de hallar en mi madre toda la ternura que tengo derecho á reclamar, sólo he encontrado desvío y dureza. Cuando era pequeñita no recuerdo haber sido nunca objeto de

sus caricias; crecí, y siempre la veía indiferente y cruel, arrojándome el pan que comía como se arrojan á los perros las migajas que caen de la mesa: ella nada me enseñó á hacer; una niña caritativa me enseñó á leer; despues estuve en casa de una señora viuda que no tenía parientes y que gustaba mucho de mí, y á su lado aprendí gran parte de lo que sé: ella me hizo una perfecta bordadora; ella me enseñó á conocer á Dios y bendecirlo, y á su lado, señora, aprendí las virtudes cristianas y adquirí el convencimiento de que no se es nunca enteramente desgraciado cuando se tiene fe.

Había cumplido yo seis años y conocía ya la dureza y la indiferencia de mi madre; pero desde esa edad hasta ahora no perdona ocasion de maltratarme, de ofenderme con palabras crueles y ásperas y de mostrarme que me aborrece y desea verse libre de mi presencia.

—¡Cómo! ¿es posible que esa mujer sea su madre?

—Así lo creo, señora, aunque alguna vez me ha costado trabajo aceptar la creencia de que he nacido de ella.

—¡Es bien extraño todo eso, Angélica!

—Sí, bien extraño; todas las madres aman

á sus hijos ménos la mia, cuando fatigados de las miserias y desengaños de la vida no hallamos consuelo alguno, el corazon maternal es el arca santa donde encontramos refugio y salvacion; mas, para mí no hay nada; no tengo más ámparo que el del cielo, y sin afectos, sin ilusion, sin esperanzas, vegeto entro estas cuatro paredes, pidiendo á Dios un poco de valor y mucha resignacion.

Mi madre, contínuó Angélica, enjugando el llanto que corría por sus mejillas, se dió á la bebida, y ella, tan hacendosa y trabajadora, se volvió una holgazana y pasaba los dias en la taberna ó durmiendo en nuestra habitacion; yo tenía entónces doce años y empecé á trabajar con afan para procurarnos recursos con que atender á nuestra subsistencia: cuidaba de que no nos faltase el alimento, desempeñaba todos los quehaceres domésticos, la dejaba descansar, y en premio de mis afanes y desvelos, recibía ultrajes y menosprecios.

Algunas señoras me socorren muy á menudo, me dan vestidos y ropa blanca, pagándome además mis bordados y mis flores á tan subido precio, que casi puedo decir que vienen á encargarme trabajo sólo para tener el

pretexto de darme sus limosnas sin humillarme. ¡Dios se lo pague!......

—No llores, pobre amiga, dijo Eulalia con tierna compasion. Todas tus penas tendrán su recompensa; ya verás como al fin serás feliz.

—¡Cuánto lo dudo!..... exclamó la pobre jóven meciendo tristemente su linda cabeza. A veces pienso que nací para llorar y sufrir, pues que en toda mi vida yo no he hecho otra cosa.

—Pero bien ¿y qué hace todo el dia su madre?

—¡Ay! señora marquesa ¿qué quiere usted que haga? maldecir, blasfemar y llenarme de injurias.

—¿Y no la ayuda á usted en nada?

—¡Sí está paralítica!......

—¡Ah! no lo sabía, ó mejor dicho, no lo recordaba, porque ya me había enterado Eulalia de su enfermedad.

—Sentada todo el dia en su sillon ó acostada, pasa la vida, come mucho, desea beber, y como no le doy aguardiente, que es su delicia, me maltrata, me injuria y hasta me golpea. Mueve el brazo derecho, y con un palo que pudo alcanzar desde la silla, me dió

tan fuerte golpe hace quince dias que aun conservo la señal.

—¡Jesus!... Pero no es posible que sea su madre esa mujer, Angélica. ¿Cómo se llama?

—Manuela.

—No se llamaba así, dijo á media voz la marquesa, como respondiendo á sus propios pensamientos.

—Figúrese usted, señora, cuanto sufriré al oirla blasfemar todo el dia y renegar de cuanto bueno existe. La he hablado cien veces de los sacramentos, la he traido un sacerdote, la he procurado consejos, lecturas y oraciones; pero su corazon no se conmueve. Si le hablan de Dios, vuelve la cara al otro lado ó cierra los ojos y aparenta dormir; esto cuando no tiene ganas de hablar y decir atrocidades.

—Y he sabido que la aconseja mal respecto á ciertas pretensiones de algunos caballeros......

—Eulalia!..... exclamó Angélica en tono de reconvencion y mirando á la jóven ruborizada y confusa.

—No temas, querida mia. Era indispensable que Rosario estuviese enterada de todos los pormenores de tu dolorosa historia y se lo he dicho por tu propio bien.

—Diga usted, Angélica, ¿el duque de Peña-fuerte la ama á usted de véras?

—No lo sé, señora, y lo dudo mucho. ¿Cómo se ha de ocupar sériamente de una pobre bordadora el opulento caballero, codiciado de las más ricas beldades de la corte?.......

—Pero ¿qué la dice?..... ¿cómo le manifiesta su amor?.......

—Un dia me encontró en la calle y me siguió; yo entré en casa de Eulalia, á donde iba á devolver un cuello bordado, y estuve más de média hora con una amiga. Cuando salí, lo encontré de nuevo; parecia aguardarme: se me acercó y empezó á decirme esas mil tonterías que los hombres desocupados prodigan á las muchachas bonitas; yo estaba angustiada, y volviendo el rostro hácia él, le dije con los ojos llenos de lágrimas:

—Caballero, está usted equivocado, y le suplico que me deje en paz.

Entónces se apartó de mí, y aunque me fué siguiendo á diez ó doce pasos de distancia, no me volvió á molestar. Cuando entré en casa, volví la cabeza casi involuntariamente, y estaba en la acera de enfrente, mirándome con atencion. Luego supe que había entrado y que se informó con los vecinos

de mi situacion, de mi nombre y de mis desgracias.

—¿Y no le ha dicho nada más á usted?

—Me escribió y le devolví la carta cerrada.

—Y no ha insistido?

—Todos los dias, señora marquesa venía un criado á dejar á mi puerta un ramo de flores, pero como me pareciese esto una imprudencia y un atrevimiento, esperé un dia al criado y le dije con altivez que no volviese jamás á traerme flores, y que dijese á su señor que tiraría sus ramos á la calle, si volvía á mandarlos.

A la mañana siguiente recibí un ramillete de rosas y jazmines delicioso, y al punto lo tiré á la calle. El criado se lo dijo sin duda, y ya no me dice nada, ni me obsequia, ni me aflige.

—¿Y no le ves?

—Todos los dias, Eulalia. Oigo misa en la iglesia cercana y él tambien: frecuentemente nos arrodillamos ante el mismo altar, para recibir el pan de los Angeles; oye la misa con sumo recogimiento y sin mirarme; pero al salir, siempre está de pié junto á la puerta para verme pasar.

Hace pocos dias que dejé mi libro olvida-

do en el lugar en que todas las mañanas me arrodillo para elevar mis preces al Señor; creí que no lo encontraría, pero cuando volví á buscarlo, él se adelantó á dármelo. Le di las gracias y volví á casa apresuradamente, porque el corazon me decía que entre las páginas venía algun misterioso presente para mí. En efecto, dos preciosas tarjetas había dejado el duque: la una tenía un ramo de pensamientos con esta inscricion: *Por donde vayas, te seguirán.*

—¿Y la otra? preguntó Rosario, que se interesaba cada vez más escuchando á la jóven.

—La otra, señora, tenía la dulce figura del Salvador, envuelta en una blanca túnica; á sus piés oraba una jóven de rodillas, y con una letra clara, fina é igual, había escritas estas palabras: "Piensa en mí cuando te halles á sus piés."

—¡Oh, noble y generoso Alberto! ¡Siempre el mismo!..... exclamó Rosario entusiasmada. Y..... dime, niña mia, y permite que en adelante te trate con dulce confianza, ¿amas tú á ese jóven?......

Angélica bajó los ojos y la púrpura del rubor cubrió su blanca frente.

—Sé ingénua, niña mia; me intereso

mucho por tu suerte, y necesito saber lo que piensas y sientes.

—Señora, no sé si lo amo!......

—¿De véras?

—No he amado nunca á nadie y no conozco los caractéres del amor; pero si amarle es pensar en él á todas horas, rogar á la Virgen que le haga feliz, desear su ventura y ver su imágen en todas partes; si amarle es desear encontrarle en el templo, sufrir si no lo veo y llorar cuando falta en su lugar acostumbrado, sí, señora, le amo con toda el alma.

—¡Pobre niña!

—Haceis bien en compadecerme, señora, porque no es fácil que pueda ser feliz nunca. Almas como la mía no tienen más que un amor, y como el noble, el opulento duque de Peñafuerte no pensará jamás en dar su nombre á una oscura y pobre bordadora, mi corazon estará siempre triste. Además, aun cuando él quisiese hacerme su esposa, yo no lo aceptaría, porque no creo que puedan ser venturosos los enlaces desiguales, y sobre todo, mi madre reclama todo mi amor y mis cuidados y yo viviré consagrada á ella hasta su último suspiro.

—Diga usted, Angélica, y el baron de Vi-

¿falta la asedia tambien con sus galanterías?

—Sí, y de una manera bien insolente. Un dia me envió un aderezo de brillantes con un lacayo y lo rehusé; otra vez estuvo en casa hablando con mi madre y le ofreció riquezas y comodidades con tal que yo cediese á sus peticiones; muchos dias me sigue en la calle diciéndome palabras que recibo como insultos, y sea de un modo, sea de otro, me mortifica atrozmente para lograr su depravado intento.

—Sea usted fuerte, hija mia, y espere en la misericordia de Dios, que no la dejará siempre entre tantos peligros y miserias. Yo creo que será usted muy feliz, porque conozco perfectamente á Alberto y sé que cuando la dice que la ama, está dispuesto á hacerla su esposa.

—No hablemos de este asunto, señora, puesto que ya he renunciado á esas esperanzas.

—¡Angélica!... ¡Angélica!.... gritó una voz áspera y chillona. ¿Dónde diablos estás metida?... Perversa, abandonas á tu madre para estarte leyendo ó charlando con alguna de esas beatas, insoportables, tus amigas......

Al oir este brusco llamamiento, Angélica se levantó y corrió hácia la alcoba; Eulalia

miró á la marquesa, que se había puesto pálida como la cera, y una y otra se levantaron y fueron en seguimiento de su jóven protegida.

—¡Ven acá, tunante!... siguió diciendo la vieja con creciente enojo. ¿Qué estabas haciendo que no me has dado todavía el vaso de leche que te pedí?.... ¡Ah, maldita! si yo pudiese levantarme......

—Mamá, dijo la pobre Angélica con una dulzura extremada, cálmese y óigame. Traía la leche y ví que estaba dormida, y como pasó usted tan mala noche, no quise despertarla. Ahora mismo iré á traerla.

—¡Pues es claro!..... disculpas nunca te faltan..... ¡anda lista, mándria!

—Aquí están estas señoras que desean hablar con usted, mamá, dijo Angélica con voz temblorosa al ver á Eulalia y la marquesa que entraban en la habitacion.

—¡Yo no tengo nada que ver con esas señoronas, ni tengo humor de visitas!.... vociferó la maligna vieja. Ya pueden irse como han venido, que yo no estoy para fiestas..... á bien que hoy tengo un humor endiablado.

—Por eso queremos ver si se pone usted contenta, buena mujer, dijo Eulalia.

—¿Y á ustedes qué les importa?

—Mucho, porque nadie oye con indiferencia frases tan desagradables como las que el dolor y la impaciencia le arrancan á usted; y además, ¿quién no se interesa por el bien ajeno?... Como quiera que sea, usted sufre, y yo deseo consolarla.

—Pues yo no quiero escucharla... sí: buenas son ustedes... nunca he podido sufrir á las mojigatas... quieren meterse y se meten en todo, aparentando que no son indiscretas y que lo hacen por caridad... ¡Bribonas!.....

—Cálmese, buena mujer, cálmese, repitió Eulalia. Nosotras hemos venido á socorrer á usted, porque nos da pena verla en tan triste situacion.

—¡Pues aún no veo que me hayan dado ustedes nada!

—Catalina, dijo la marquesa que hasta entónces había estado en un extremo de la alcoba, contemplando á la paralítica, es necesario que piense usted en Dios!

—¿Quién se llama aquí Catalina? gritó la vieja furiosa como un energúmeno.... ¿están ustedes endemoniadas?..... Váyanse de aquí pronto.... Angélica, ven, echa de mi casa á estas embusteras que con caras de santas me están haciendo rabiar.......

—Dispense usted: yo creía que se nom

braba Catalina. Conocí hace algunos años una mujer que se llamaba así: era madre de una niña llamada Angélica y nodriza de una hija mia. Se parece usted tanto á ella, que mi equivocacion no es imperdonable!....

Oyendo á la marquesa, la madre de Angélica se había puesto sucesivamente roja, pálida, morada...... La cólera, el temor, el ódio se dejaban traslucir en el fondo de sus pupilas, y si hubiera podido moverse, indudablemente las sócias de San Vicente habrían sido víctimas de su furia y de su venganza.

Rosario la contemplaba atentamente; á veces un rayo de alegría lucía en sus miradas: diríase que en aquella vieja desesperada y mezquina había algo que le llamaba poderosamente la atencion.

—Señora, dijo Angélica dirigiéndose á la marquesa y estrechándole la mano, por piedad, retiraos; mi madre está hoy doblemente colérica y vuestra presencia parece hacerle daño.

—Sí, me voy, hija mía; pero volveré. Me parece que despues de largos años de llanto y súplicas, Dios pone en mis manos el hilo de una enredada madeja, y espero que la desenredaré.

Rosario dió un beso en la frente á la jóven, puso en manos de la vieja un bolsillo, á través de cuyas mallas de seda brillaban el oro y la plata, y seguida de Eulalia, que lloraba silenciosamente, salieron de la habitacion.

—¡Amiga mia, dijo la marquesa mirando á la jóven con infinito júbilo, hoy han revivido mis muertas esperanzas!....

V.

Una lámpara, con pié de bronce oscuro, iluminaba con dulce claridad una bella y alegre habitacion en la que todo hablaba al alma, en la que todo respiraba poesía, y que manifestaba á la primera ojeada, que una mujer, y una mujer que debía ser jóven, hermosa é inteligente, cuidaba de aquella estancia en la que se respiraba un dulce aroma de paz y de bienestar.

La sillería y las cortinas eran de color de lila; dos estantes llenos de libros, lujosamente encuadernados, ocupaban el lugar preferente; un velador maqueado, cubierto de papeles y de álbums de retratos y de paisajes, algunas macetas llenas de plantas de un verde oscuro y aterciopelado, una jaula, ocupada por un canario, y una mesita de labor,

atestada de dibujos, sedas, bordados, etc. componian el mueblaje de la habitacion.

Un reloj de bronce oscuro. colocado sobre la chimenea, señalaba las horas, y á cada lado de él una copa tambien de bronce, de exquisito mérito artístico, guardaba en su fondo tarjetas y otras mil chucherías.

Sentada en una butaca, hojeando un libro y como deseando hallar algun pasaje determinado, se hallaba una jóven sencillamente vestida.

Era Eulalia, que despues de pasar el dia en la práctica de la caridad y el cumplimiento de sus deberes, nutria su alma con la piadosa lectura de un libro escogido.

De repente, y sin que nadie la anunciase, entró en la salita de labor una jóven, vestida con un lujo digno de una princesa.

—¿Qué es eso, mi querida Ernestina? dijo la jóven cerrando el libro con prontitud; ¿así, sin anunciarte?.......

—Sí, Eulalia, deseaba que te sorprendiese mi visita y no consentí que te avisaran de mi llegada. Me felicito de hallarte sola, porque deseo hablar contigo de algo que me interesa mucho. Y tu padre ¿está bueno?

—Sí, gracias; ¿y tu marido y tus niños?

—Al primero no le he visto hace dos dias;

los chiquitines duermen al cuidado de la niñera.

—¿Está fuera tu esposo?

—¡No!.... Sucede frecuentemente que pasamos ocho dias sin hablarnos más que á las horas de almorzar y de comer; unas veces duerme fuera, otras llega tarde.... en fin, no nos ocupamos ya el uno del otro.

—¡Me asombras, Ernestina!

—¿Por qué?

—¿Es esa la vida conyugal?..... Yo creí que los casados vivian unidos en cuerpo y alma y pensaba que tú no eras tan indiferente en este punto. Te creía celosa,

—Al principio lo era, Eulalia; pero luego que vi que se me ridiculizaba por mi afan de estar siempre á su lado, de amarle y probárselo en todas ocasiones; cuando supe que me tenian por nécia, sólo porque amante de mis hijos se me ocurrió lactarlos por mi misma; y finalmente, cuando me cercioré de las inconsecuencias de mi esposo y de que se habia casado conmigo por capricho nada más, sufrí una transformacion completa.

La que así hablaba era una jóven de fisonomía distinguida y de poco más de veinte y dos años. Pálida, rubia, delicada, con ojos pequeños y azules, llenos de viveza y

de encanto, cabellos abundantes y sedosos y estatura esbelta y flexible como un junco.

Esposa de un banquero, niña mimada de la fortuna y siempre adormecida por el aroma de la lisonja y de los aplausos, sólo vivia por el lujo y la vanidad.

Tenía dos niños pequeñitos y apénas cuidaba de ellos.

En todos los salones aparecía como un astro.

Era la reina del buen gusto y lo que se llama una mujer de Moda, y de tal modo amaba los adornos y los placeres, que sacrificaba la salud y el descanso por no renunciar á ellos.

Esta era Ernestina, la opulenta dama de quien hablaban Eulalia y la marquesa en el capítulo segundo de esta novela, y que segun recordareis, lectoras mias, deseaba pertenecer á las Conferencias de San Vicente.

Eulalia y Ernestina habían sido condiscípulas; sus padres eran muy amigos y ellas tambien lo fueron en el colegio y sobre todo durante un viaje de recreo que hicieron juntas con el padre de Eulalia; despues, Ernestina se casó, se entregó por completo á la vida del gran mundo y hasta dió que hablar

por sus coqueterías y por su afan de brillar, eclipsando á otras mujeres de más caudal que ella, por lo que la jóven amiga de Rosario, había variado un poco y olvidado á su compañera de la infancia.

El doctor Espinosa, padre de Eulalia, curaba á Ernestina y sus hijos, y más de una vez había sido llamado precipitadamente para asistir á la noble señora en sus ataques de nervios, producidos por la más pequeña contrariedad.

Bastaba que deseara ir al teatro y le dijeran lo contrario, para sufrir un síncope que ponía en movimiento toda la casa.

Estos desmayos y convulsiones, admirablemente fingidos, era el gran recurso de Ernestina cuando quería que le regalasen un traje nuevo ó un magnífico aderezo!.

Su marido era digno de ella. Entretenido siempre con la actriz más de moda; apénas se ocupaba de sus deberes conyugales; no conocía á los amigos de su mujer, la dejaba en completa libertad para entrar y salir de casa á la hora que le acomodaba, y cuando le decían que tenía adoradores y que se complacía en desesperarlos con sus coqueterías, se encogía de hombros y exclamaba:

—¡Ella no manchará el limpio nombre de sus hijos!

El doctor Espinosa la amaba, porque era hija de un amigo á quien había querido con toda su alma; la aconsejaba siempre y le hacía saludables advertencias; pero su palabra caía como la semilla en tierra estéril y dura como el granito.

Eulalia conservaba la amistad de Ernestina, porque deseaba convertirla en una buena madre de familia y una cristiana ejemplar; por lo demás, ¿qué encantos podía hallar en su trato?... La esposa del banquero era la antítesis de la noble y bondadosa Eulalia.

—¿Y quién ha podido decirte esas necedades? preguntó la hija del médico á su amiga. ¿Desde cuándo no son grandes virtudes el amor conyugal y los solícitos cuidados que prodigan las madres á sus hijos? ¿Crees que se necesita poca fortaleza para renunciar á bailes, paseos y vanidades y esclavizarse—con la más dulce de las esclavitudes—junto á la cuna de un niño? Luego la que cumple esta noble mision practica una gran virtud.

—En el mundo se piensa y juzga de diferente manera, Eulalia. Tú no conoces las

miserias de la vida. Yo te aseguro que estoy siempre descontenta y que el hastío acibara mis dias... siempre deseando algo... ¡ah! los deseos se reproducen y se multiplican, y nunca nos vemos saciados: de ellos han brotado mis mayores penas.

—Pero comprende, Ernestina, que tú misma tienes la culpa de vivir hastiada.

—¡Yo! ¿por qué, hija mia?

—Si pasas la vida en el ócio y la vanidad ¿cómo quieres no sentir el tédio que devora las ilusiones.

Ernestina lanzó una carcajada.

—¿Y qué? ¿pretendes que cosa y borde como una doncella?... ¿qué cuide de los gastos como una ama de llaves? ¡Por Dios, Eulalia, no seas tan niña!

—No es eso lo que quiero decirte, amiga mia. No has de bordar y coser todo el dia como lo hace tu bordadora, pero puédes dividir el tiempo entre los libros, la aguja, las obras de caridad, las visitas y hasta algo del cuidado de tu casa.... ¡no te rias!.... sí, está obligada toda esposa á velar por los intereses del marido, á dirigir una ojeada inteligente á los criados, para ver si cumplen sus respectivas ocupaciones; á ocuparse de la economía, virtud que puede existir entre el lu-

jo y las comodidades, porque no es otra cosa que evitar el despilfarro; está obligada, repito, á ocuparse de su casa, para embellecerla, para hacer que su marido encuentre en ella la dicha y no vaya á buscarla fuera; en una palabra, debe ser como el alma de su hogar y de su familia, como el ángel custodio de sus hijos y la hada benéfica que siembre el contento y la tranquilidad en torno suyo.

—Eso es poesía, nada más que poesía, Eulalia, y la vida es prosa por cualquier lado que la mires.

—¿Y crees que hay rosas sin espinas? Es cierto que el cumplimiento de los deberes ocasiona trabajos y cuidados prolijos, pero evitan el fastidio y dan la paz al corazon. En el hogar toda la prosa carga sobre las débiles fuerzas de la mujer; el marido sólo ve lo bello, lo útil, lo agradable: las pequeñeces, las molestias, las espinas son para la esposa; él se siente feliz; respira en su casa una dulce atmósfera de paz, de consuelo y de poesía, y paga con su amor y su constancia los desvelos de su tierna compañera: ¿y no es esto bastante para compensar los mil cuidados y atenciones de los hijos, de los criados y de la casa?......

—Eulalia, mis hijos y mi casa están en órden porque tengo criados fieles que ejecutan mis deseos.

—No lo creas, Ernestina. Hay deberes que nunca son bien cumplidos sino por la esposa, que es la que los tiene. ¿Cómo harán los criados por tu caudal, tu marido y tus hijos, lo que tú misma no haces?......

—Ay!.... qué filósofa estás, Eulalia!...... exclamó la rubia Ernestina haciendo un gracioso gesto de desagrado.

—Siempre sucede ló mismo. Figúrate, querida mia, que en el hogar donde el marido no encuentra la dicha, la esposa se aburre y los hijos están solos, no puede haber amor ni felicidad. En cambio, allí donde la mujer se sacrifica un poco en obsequio de los demás, allí donde se vive la vida de la inteligencia, se reza, se medita, se ama el trabajo; allí, finalmente, donde existe una mujer cristiana que conoce sus deberes y quiere cumplirlos, residen el bienestar y la paz como en su propia morada.

—Pero tú misma lo has dicho.... se necesita sacrificio......

—¿Y cuánto no te sacrificas tú, sin recompensa alguna, Ernestina? Esas noches sin sueño, en la fatiga del baile; esas mor-

tificaciones de estar incómodamente opresa porque lo exige la Moda..... las esperanzas marchitas, la ambicion no satisfecha..... la esclavitud de los cumplidos y de la fastidiosa etiqueta...... ¿qué son, pobre amiga mia, todas estas cosas sino sacrificio estéril y doloroso?......

—Sí, pero me resulta de él grandes triunfos.

—¡Pobre Ernestina! Los goces de la vanidad satisfecha son tan mezquinos! Estoy cierta de que cuando has gastado sumas enormes para lucir deslumbradora en un sarao, encuentras una que te eclipsa y vuelves á casa de mal humor, desesperada, violenta; todo lo hallas mal; no tienes gusto para nada y hasta las caricias de tus hijos te causan tédio.

—Es verdad, Eulalia. A pesar de que tengo una corte de adoradores y de que mis menores caprichos son satisfechos, no soy feliz; pero lo sería ménos si estuviese privada de tantas fiestas y aplausos.

—Te engañas. Léjos del tumulto del mundo, léjos de sus pompas y vanidades, se halla la dicha.

—Luego para ser feliz debe una mujer encerrarse en un monasterio.

—¡No! Yo no exageró tanto. Creo que se puede ir á las fiestas y á los paseos, y llevar galas y joyas, pero sin apegar á esto el corazon. No está el mal en el uso, sino en el abuso de las cosas, querida Ernestina.

—Pues mira, yo no pienso variar de conducta, créeme. No he nacido para santa y quiero sacar de la vida el mejor partido posible. Presentarme en un salon y oir un murmullo de admiracion á duras penas contenida; despertar la envidia y los celos de las mujeres; embriagarme en el aroma penetrante de la lisonja y saber que se disputan el placer de bailar conmigo, que mendigan mis sonrisas y que me llaman la reina de la elegancia y del buen gusto, esa es mi felicidad.

—Y si así piensas, desdichada, ¿qué harás cuando el tiempo, ese implacable enemigo que no perdona, venga á cubrir de nieve tu cabeza; surque tu frente de arrugas y encorve tu elegante talle?

—No he pensado nunca en eso, dijo Ernestina frunciendo las cejas.

—Pues hazme el favor de pensar un momento.

—No sé lo que voy á hacer.

—¡Qué desgraciada serás entónces, Ernes-

tina! Como á Mad. Sevigne, nada te consolará del dolor de verte vieja; tus hijos—educados como tú—no te podrán consolar; tu marido será peor que ahora; tus amigas no te podrán dar lo que no tienen, y si se unen á tí, será para desesperarse juntas, y como no habrás sembrado el bien en tu camino, como te hallarás vacía de dulces recuerdos y de buenas obras, el tédio será tu inseparable compañero y morirás triste y hastiada como has vivido.

—¡Jesús, Eulalia! Qué sermoneadora estás siempre. Por eso no te casas.

—Te equivocas. Estoy soltera porque vale más vivir sola que mal acompañada. Perdona mi manía de repetir refranes; ellos explican tan bien algunas ideas, que se hace forzoso adoptar su ayuda para hacerse entender.

—Lo que he dicho fué una broma, Eulalia. Bien sé que tienes admiradores y que el baron de Villalta sería muy feliz si le hicieses el honor de aceptar su nombre y su fortuna.

—Dime, Ernestina, exclamó la hija del médico variando repentinamente la conversacion, ¿por qué has pretendido ser sócia de las Conferencias de S. Vicente?

—Porque deseo ser citada como mujer caritativa, te lo confieso. ¿A qué engañarte?......

—¿Y nada más que por eso?

—Tambien porque amo la caridad y quiero practicarla.

—¿Qué amas tú la caridad? dijo Eulalia como si dudase de lo que oía.

—Sí, ¿qué extrañas en éso?..... ¿me crees tan mala?

—No, mi pobre Ernestina; no pienso que eres mala; solamente eres mal educada, y como tal, víctima de cien errores. Recibiste la educacion á la Moda, sin Dios, sin fe, sin amor ni humildad, y tus ideas son hijas legítimas de ella. Te compadezco, y te aconsejo que aprendas á conocer la caridad, porque ella sola te salvará en el naufragio de tu vida.

—Eulalia, tú eres incomprensible.

—¡Yo!... ¿y por qué?

—Me dices que procure conocer la caridad.

—Es claro, porque no la conoces.

—¿Y qué es la caridad?

—Deseo que seas tú la que lo digas.

—Caridad es dar al pobre algo de lo que nos sobra: tender una mano generosa al des-

valido que viene á implorar nuestro auxilio; vestir al desnudo y saciar al hambriento.

—¿Lo ves? Estás engañada; lo que tú llamas caridad es pura filantropía.

—Con un nombre ó con otro......

—¿No las confundas! Son distintas como el cielo y la tierra.

—Pues mira, estoy de buen humor esta noche, como siempre que me hallo á tu lado, y no tengo prisa de irme. ¡Se está tan bien en este lindo gabinete!...... Si no te es enfadoso, explícame como entiendes tú la caridad.

—Con mucho gusto, Ernestina.

—Te escucho.

La esposa del banquero apoyó la cabeza en el respaldo de la cómoda butaca en que se había sentado desde que entró en la habitacion, cruzó las manos sobre la falda, y esperó con ansia la relacion de su amiga.

—Así como la humildad es el cimiento de todo el edificio de la perfeccion cristiana, empezó Eulalia, la caridad es su complemento; ella es la reina de las virtudes, ella es la soberana de los corazones, ella la que con facilidad abre todas las puertas, se gana las simpatías, conquista los afectos y vive en la tierra como si estuviese en su verdadera patria, que es el cielo.

La caridad cristiana tiene poder para enjugar el llanto, para consolar el dolor, para levantar al caido, para fortalecer al débil y hacerle soportar las mayores penas. Ella realiza cada dia el milagro de arrancar agua á las peñas, como si tuviese la vara de Moisés, porque te aseguro, Ernestina, que arrancar lágrimas y afectos á algunos corazones, es tarea tan difícil, tan estupenda, como hacer brotar de la piedra raudales de agua cristalina.

La caridad vive desconocida porque se esconde como la violeta y se la adivina por su perfume; pasa ignorada entre los hombres haciendo mucho bien, realizando grandes cosas, y sin buscar aplausos ni coronas; por esto la desconocen y dan su hermoso nombre á la helada filantropía, que no tiene ni sus méritos ni sus recompensas.

¿Qué es caridad cristiana? ¿Consiste acaso esa virtud en dar limosna, como lo creen las gentes? ¡No! Escucha las admirables palabras del Apóstol S. Pablo en su Epístola á los Corinthios: «si yo hablase lenguas de hombres y de ángeles, y no tuviera caridad, soy como metal que suena, y campana que retiñe.»

«Y si tuviese profecía, y supiese todos los

misterios, y cuanto se puede saber; y si tuviese toda la fé, de manera que traspasase los montes, y no tuviese caridad, nada soy.»

«Y si distribuyese todos mis bienes en dar de comer á pobres, y si entregase mi cuerpo á las llamas para ser quemado, y no tuviese caridad, nada me aprovecha.»

«La caridad es paciente, es benigna; la caridad no es envidiosa, no obra precipitadamente, no se ensoberbece.»

«No es ambiciosa, no busca sus provechos, no se mueve á ira, no piensa mal.»

«No se goza de la iniquídad, más se goza de la verdad.»

«Todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.»

¿Entiendes esas admirables lecciones? Es fácil que no, porque necesitan de la meditacion para hacerse comprender con facilidad; pero yo te diré algo muy sencillo y quedarás convencida.

La caridad, segun dice el Apóstol en esa Epístola, que los cristianos debían saber todos de memoria, no se encoleriza, no es envidiosa, no piensa mal. La caridad, pues, querida Ernestina, es aquella virtud que nos hace soportar con tierna compasion los defectos y fragilidades del prójimo; que nos

impide juzgarle á la ligera, por simples apariencias, que engañan más de una vez; que nos hace disculpar su intencion, si no es posible disculpar sus hechos; que nos inspira lástima para ayudarle en sus trabajos, fortaleza para sostenerle en sus luchas y levantarle en sus caidas; y finalmente, es aquel amor santo é indestructible que vino al mundo con Jesucristo, que es el sello de sus discípulos y que endulza todas las amarguras de la existencia.

La caridad cristiana no injuria nunca; soporta los trabajos, consuela los dolores, disipa la ignorancia. Una mujer caritativa podrá dar muy poca limosna, podrá no dar ninguna, porque esté falta de recursos, y sin embargo, tendrá grandísima caridad si evita las murmuraciones que son el pasto de la sociedad, si destierra los juicios temerarios, si tiene dulzura y paciencia en las adversidades. La mujer caritativa no se niega nunca al pobre que viene á buscarla; siempre tiene tiempo para oirle, perdona sus impertinencias y cubre sus defectos con el tupido velo de la caridad. Es prudente, amable, cariñosa y fuerte; en torno suyo se respira un aroma embriagador de santidad y ni se abate bajo el peso del infortunio, porque

tiene grande esperanza, ni se eleva orgullosa con la fortuna y el aplauso, porque siempre se juzga indigna del bien que recibe é inferior á los demás.

¿Puede llamarse caritativa la que da muchas limosnas y critica y desgarra la fama del prójimo, y se burla de sus miserias y le censura sin piedad?

¿Lo será acaso la que se está tranquila esperando que el indigente venga á llamar á su puerta, que no tiene lágrimas para el dolor ajeno y que no se mueve, aún que se hunda la tierra, ni se compadece de los males que afligen la sociedad?

¡No, por Dios, Ernestina! Esa mujer podrá ser filántropa, pero no caritativa. Dará limosnas, pero no atesora con ella méritos para el cielo, porque el sentimiento que la mueve es puramente natural y no se acuerda del cielo.

La verdadera caridad va en busca del indigente y del afligido, llora con los que lloran, piensa ménos en sí que en el prójimo, se mortifica por complacer, sufre por no hacer sufrir, todo lo olvida, tiene oraciones para los pecadores, para los atribulados, para los tristes; y grande, pura, radiante de hermosura celeste, se abate y se esconde pa-

ra que se ignoren sus hechos y se envuelve en el impenetrable velo del silencio y la oscuridad.

¡Ay, Ernestina!.... La mujer caritativa sufre las impertinencias del esposo enfermo, del padre anciano, del amigo triste; se aflige con los males que agovian al mundo, es paciente y benigna con sus criados, tiene siempre una palabra dulce y una amable sonrisa para todos, y de esta manera se gana los corazones, conquista las simpatías y excita la admiracion hasta de sus enemigos, si es que puede tenerlos.

¡Oh, Caridad! nombre dulce, nombre suave y regalado, como el murmullo de la brisa y el canto de los pájaros; tú eres hija del cielo y mensajera de Dios; ¡tú permanecerás para siempre y serás como un astro brillante en la vida bienaventurada!

Hablando así, Eulalia estaba radiante: su rostro plácido y tranquilo se animaba con el fuego del entusiasmo y del amor; de sus labios brotaban las palabras á raudales y sus ojos, vueltos al cielo, parecían buscar allí al Dios Omnipotente y bueno, que es *todo caridad!...*

Ernestina estaba silenciosa. Contemplaba á su amiga con asombro y la admiracion

se retrataba en su semblante: no había perdido una sola de sus palabras y las meditaba..... Eulalia había hallado el camino de su corazon.

VI.

Reinó el silencio algunos instantes. Cansada de su largo discurso ó entregada á dulces meditaciones, Eulalia, con la cabeza apoyada en la palma de la mano, dejaba que sus miradas vagasen distraidas, sin fijarse en ningun objeto, en tanto que la rubia y pálida Ernestina la miraba con amor y se repetia interiormente que aquella mujer era un ángel que Dios habia mandado á la tierra para ganar corazones y llevarlos á El.

¡Qué grande es el influjo de la mujer buena!.... ¡qué poderoso ascendiente tiene sobre el corazon humano!..... La esposa del banquero, jóven frívola é insustancial, ajena á la piedad, que iba á Misa por rutina, que no leía más que las novelas de Jorge

Sand y de Sué, que apénas hallaba en su indiferente y helado corazon un poco de ternura para sus hijos, sintió algo dentro de sí que la hizo rendir el homenaje de admiracion que le es debido, á la virtud y el talento..

Ernestina se preguntó por la primera vez de la vida si ella era una mujer cristiana, si cumplía sus deberes y si al dar cuenta de ellos ante el Juez Supremo no tendría que avergonzarse y confundirse..

Recordó sus dias vacíos de buenas obras, pensó en sus mil defectos hijos de la descuidada educacion que había recibido, y hallándose llena de egoismo, de indiferencia y de altivez, se avergonzó de ser amiga de aquella mujer tan pura, tan digna, tan generosa; de aquella que vivía ignorada y escondida como la perla en su concha, y que valía cien veces más que ella, que era objeto de aplausos, de lisonjas y de admiracion.

Una reinaba por sus virtudes y tenía su corte entre los huérfanos, los indigentes y los desgraciados; la otra deslumbraba con sus riquezas, fascinaba con sus coqueterías y tiranizaba entre los aduladores y los parásitos.

¡Inmensa y triste diferencia!

Eulalia era la modesta luz de la luna bañando con dulce claridad el retiro del hogar doméstico; Ernestina se asemejaba al astro rey deslumbrando en los salones y en los paseos; la primera era feliz; la segunda vivía fastidiada de todos y de sí misma.

Con una rápida ojeada vió la distancia que las separaba y apareció tímidamente en su corazon el deseo de ser una mujer buena, copiando las perfecciones del acabado modelo que le ofrecía Eulalia.

Esta fué la que rompió, el silencio diciéndole afectuosamente:

—¿Qué tienes? ¿estás triste y pensativa, Ernestina? En mi relacion ¿ha habido algo que te pudiese desagradar?

—¡Al contrario!... exclamó la jóven pasándose la mano por la frente, como si pretendiese arrancar de allí algo que le mortificaba; me has llenado de admiracion, querida mia, porque aunque tenía conocimiento de lo que vales, no había tenido lugar de comprenderlo y meditarlo bien. Hoy te conozco mucho, Eulalia, y creo que te llaman con mucha justicia *la santa*.

—No me extraña lo que dices, repuso la hermosa jóven con perfecta tranquilidad; nunca había tenido ocasion de hablarte así,

y el dictado que me das lo recibo con indiferencia. Lo dicen porque no me conocen.

—Ahora te creo mejor, porque veo que no te levantan los aplausos. ¡Ay, Eulalia!..... ¡cuánto daría por parecerme á ti!

—¿Qué es lo que quisieras imitar?

—Tu bondad, tu inagotable dulzura, tu ardiente caridad. No en vano te ama tanto la marquesa; ¡dichosa ella por ser tu amiga!

—Tambien lo eres tú, mi buena Ernestina, dijo Eulalia estrechando cariñosamente una mano que la esposa del banquero le abandonó sin resistencia. Y si lo deseas, seré más asidua en visitarte, más franca en aconsejarte y más constante en aliviar tus horas de tédio y desaliento.

—¡Gracias! cree que te lo agradeceré mucho.

—Pues no me lo agradezcas tanto, porque tengo mi parte de egoismo. Tengo yo más satisfaccion en proporcionarte consuelos, que tú en recibirlos.

—Háblame de las Conferencias, Eulalia. Es algo tarde ya, pero no tengo ganas de marcharme: estaría oyéndote toda la noche.

—¿Y qué quieres saber?...

—Todo me interesa; lo que haceis, vues-

tros deberes, vuestras prácticas..... todo, en fin.

—Es bien sencillo; y cuando leas el Reglamento, sabrás tanto como cualquiera socia; pero si deseas pertenecer á las Conferencias, tienes que olvidarte de tí misma y pensar mucho en el prójimo.

Las Conferencias de San Vicente, son una reunion de personas piadosas que practican la caridad, orando juntas, visitando las pobres á domicilio, frecuentando los sacramentos, educando á los ignorantes, socorriendo á los indigentes y realizando cada dia grandes y hermosas obras, que sin duda obtienen la bendicion de Dios.

Segun dice el artículo segundo del Reglamento, «ninguna obra de caridad debe ser considerada como ajena á la Sociedad, pero la preferente es la visita á domicilio de las familias pobres.» Esto es fácil de comprender, porque es lo que más importa para conocer á los socorridos, para hacerles bien, consolarles en sus penas, disipar sus dudas y esclarecer las sombras de su ignorancia.

—¿Pero no es muy incómodo, Eulalia, ir á las chozas infectas, sucias y asquerosas de esa gente?...... ¿y es muy frecuente la visita?

—Todas las semanas, á no mediar alguna circunstancia imprevista.

—Me disgusta eso.

—¿Porqué?..... cuando dejando nuestras alfombradas habitaciones y nuestras comodidades, vamos á sentir el frio en la guardilla del pobre, á ver su miseria y desnudez, á escucharle maldecir unas veces, lamentarse siempre y quejarse de dolor y de hambre, aprendemos á ser agradecidos y á dar gracias al Señor, por que—sin méritos de nuestra parte—nos ha librado de tantos males.

—Pero deben inspirar repugnancia ciertos espectáculos.

—No lo pienses: sólo inspiran lástima: besamos la frente de los niños, ennegrecida del polvo, estrechamos la mano de la mujer enferma, nos sentamos sobre una cama sucia y miserable, porque carece muchas veces de silla que ofrecernos, curamos sus dolencias y no sentimos horror ni espanto. Cuando se ve á Cristo en la persona del pobre, todo es dulce y fácil.

—Creo que eso es bello en teoría, pero en la práctica......

Ernestina sonrió con incredulidad, meciendo su linda cabeza rubia.

—Pues cree que todo es fácil y suave,

por que lo endulza el amor!..... En las Conferencias, Ernestina, debe reinar un verdadero espíritu de humildad y una sólida union. Sucederá que recomiendas un pobre á quien tú crees digno de ser socorrido; irá la Inspectora á visitarle, pensará lo contrario, y no será aceptado..... tu amor propio se resentirá de esto tal vez, y no debe ser así. Debe proponerse con indiferencia para someter nuestra voluntad por amor de Dios.— Otro dia darán un cargo honorífico á otra que es inferior á tí en clase y posicion social, así como en bienes de fortuna; ¿habrás de ofenderte?..... ¡No!..... A la Conferencia no se ha de ir para buscar consideraciones, aplauso, ni distincion alguna, si no puramente á practicar las virtudes de la caridad, la humildad, la abnegacion, la condescendencia; en una palabra, ella es una escuela donde el que está bien dispuesto, puede aprender grandes cosas y santificar su alma.

—¡Pero si yo creía que el objeto de la Conferencia era dar limosnas?......

—Te equivocas al suponerlo. La limosna no supone otra cosa que el pretexto con que hemos de introducirnos en la casa del pobre, la llave con que se ha de abrir su corazon y disponerse para recibir la semilla del bien

que vamos á depositar en él. Además, las socias de San Vicente, ántes que á otras cosas, atienden á su propia santificacion; por que ¿cómo llevaría la persuasion al incrédulo si ella no estuviese convencida? ¿cómo daría palabras de consuelo y de paz si fuese colérica y dura? ¿cómo había de enseñar las virtudes sin conocerlas ella?......

—Pues, hija mia, veo que se necesitan muchas cosas para ser socia de San Vicente.

—Para ser buena socia, sí; ahora para ir á visitar al pobre, dar limosna, hacerlo todo sin espíritu, y mantener muy vivos el amor propio, el juicio obstinado y el orgullo, basta entrar en la Sociedad.

—¿Y hay algunas así?

—Por desgracia, sí, querida Ernestina; pero en lo general son buenas.

—Y los pobres ¿son buenos tambien?

—¡No! Generalmente son ingratos y descontentadizos; uno es sucio, descuidado, indolente; otro es díscolo y malvado; aquél es indiferente; éste rudo y torpe, y á todos hay que sufrir; porque no es posible hallar en ellos una perfeccion que nosotras mismas no tenemos.

—¿Pero no se cansan ustedes de sus impertinencias y de sus malos hábitos?

—Procuramos soportarlos por caridad, Ernestina. Sus defectos son otras tantas enfermedades y hacemos lo posible por curarlas. Empleamos como remedios, la oracion, el cuidado, el socorro, el consejo, un libro piadoso, un rosario, una súplica, todo lo que pueda mover el corazon: es necesario que sea muy duro y muy pérfido, para que no lo ganemos para Dios.

—Pues eso es ser Apóstoles.

—¡Claro está!...... La mujer cristiana ejerce un verdadero apostolado en la sociedad: con el ejemplo y con la oracion, gana muchas victorias, y estoy cierta de que si hubiera muchas que lo ejercieran, se evitaría mucho crímen y mucha infelicidad. La mujer cristiana, Ernestina, debía alzar un baluarte contra la desmoralizacion: como vá á la choza del indigente, puede informarse poco á poco de sus costumbres, de sus relaciones, de sus defectos, y combatirlos suavemente, hasta arrojarlos del corazon que habían aprisionado en sus lazos.

—¡Me gusta esa Asociacion, Eulalia, y creo que al fin perteneceré á ella, pero de corazon..... para practicar la caridad!......

—¡Quiéralo el cielo!..... ¡Si vieras cuánto me alegraría!...... Mira, Ernestina, sólo

por complacerme, si algo me aprecias, vas á condescender á una súplica que quiero hacerte.

—Desde ahora tienes mi palabra. Me has hecho tanto bien esta noche, Eulalia, que estoy dispuesta á obedecerte en todo.

—Quiero que me acompañes á visitar mis pobres algunos dias; que te abstengas un un poco de gastar tanto en galas y trajes, que luces dos dias y abandonas luego, y que reserves esa cantidad para los necesitados; quiero, Ernestina, que te ocupes algo de tu espíritu, que leas, que reces, que cuides de tus hijos, toques el piano, procures atraer á tu marido, y que por un mes, sólo por un mes, dejes de ser el astro de los salones y podamos llamarte el ángel de tu hogar.

—Difícil veo que aguante un mes esa vida, exclamó Ernestina con una franca carcajada. ¡Si no vas tú á acompañarme algunos dias, á enseñarme algunas cosas que ignoro y á sostener mis débiles fuerzas..... temo caer!......

Iré, te lo aseguro. Esa es la ocasion de ejercer la caridad en un palacio. Jugaremos con tus niños, que son preciosos, tocaremos el piano, haremos unidas una útil lectura que nutra nuestras almas, como nutre el

pan nuestros cuerpos, y verás, verás que dulces y ligeras pasan las horas.

—¡Convenido!...... Por primera vez, despues de muchos años, siento que algun calor da vida y animacion á mi helado pecho..... tu palabra es el rayo de sol que ha derretido el hielo de mi vida, Eulalia. ¡Bendita seas!...

VII.

Alberto de Peñafuerte era un gallardo jóven que, á la muerte de su padre, había heredado con su título una inmensa fortuna, que empleaba dignamente practicando los preceptos evangélicos y siendo el amparo y el sostén de todos los desgraciados.

Su madre, señora verdaderamente piadosa, amable como un ángel y caritativa como una santa, había inculcado en su corazon los más sanos principios: de ella había recibido la primera educacion; con ella había visitado, en su adolescencia, la buhardilla del pobre, el templo, el hospital y los asilos de beneficencia; de sus labios aprendió las más tiernas oraciones, y en fin, á su lado fué creciendo como el jóven arbolillo de quien cuida con esmero una mano entendida y generosa.

Su padre era un modelo de virtud y de nobleza. Procediendo siempre con honradez, cumpliendo perfectamente sus deberes, esclavo de su palabra, digno, prudente y afable, fué siempre el mejor amigo de su hijo; le había presentado en sociedad cuando terminó brillantemente su educacion, le había procurado buenas amistades y sin imponerle su voluntad, sin tiranizarle nunca, le hizo amar las virtudes de que él mismo le daba ejemplo admirable.

Murieron uno tras otro los padres de Alberto, y muchos creían que al hallarse libre completamente, sin trabas de ningun género, con una belleza arrogante, un caudal envidiable y una instruccion vastísima, se extraviaría en el camino de la vida, cedería á los halagos del vicio y sería, como tantos otros, un desdichado sin moral y sin Dios.

Pero nada de esto sucedió. Alberto de Peñafuerte era unos de estos jóvenes que pueden servir de modelo en el mundo. Su educación era sólida; hijo de una madre tan piadosa y de un padre tan digno, poseía los más elevados sentimientos; estaba firme, muy firme en sus creencias religiosas, y quería ser siempre un buen cristiano, por que no pensaba—como la mayoría de los jóvenes

de este siglo despreocupado y nécio—que la religion era cosa de mujeres, que empequeñecía al hombre y que era signo de oscurantismo y de ignorancia.

Cuando á la faz del mundo proclamaba muy alto, sin pretensiones de ningun género, pero con santa libertad, sus buenas prácticas; cuando le veían dejar el lecho temprano, ir á misa todos los dias, visitar á los pobres, siendo secretario de una Conferencia de San Vicente, despreciar los respetos humanos y decir que no se casaría sino con una mujer modesta, sencilla y piadosa, aunque fuese pobre; cuando, por último, le oían combatir el duelo y detestarlo, y predicar la clemencia y el perdon, unos le admiraban, le colmaban de elogios y se enorgullecían con su amistad, y otros, criticándole, decían que sólo era propio para ir á tierra de gentiles á predicar la fe de Cristo, como si con decir esto, le hicieran una ofensa.

Bastaba para recomendar á un jóven, decir que era amigo del duque de Peñafuerte, porque él sólo distinguía con el título de amigos á los que pensaban como él; pero siendo la caridad benigna y generosa, no huía del trato con jóvenes disolutos y calaveras, sino que les buscaba para separarles del mal ca-

mino y darles buenos consejos, para labrar su felicidad.

El doctor Espinosa, padre de Eulalia, amaba al duque como á un hijo: le había tenido en sus brazos al nacer, había sido siempre el médico de la familia, y juntos iban á llevar el consuelo, la salud y la fortuna á las míseras viviendas de los que gimen bajo la férrea mano de la necesidad.

Alberto deseaba casarse, pero no encontraba ninguna jóven digna de él; todas tenían grandes y trascendentales defectos de educacion; en su círculo, entre sus numerosas amistades, sólo podía hallar muchachas malcriadas, voluntariosas, llenas de mimo y de vanidad, que sólo piensan en galas y devaneos; tal vez alguna era modesta y sencilla, pero no hablaba á su corozon, y como tenía resuelto no casarse sino enamorado y correspondido, esperaba que el cielo le hiciera conocer á la que había de ser compañera de su vida y trasmitir inmaculado á sus hijos su limpio nombre, que él guardaba con tanto esmero y prolijas atenciones.

Un dia vió en la calle á una lindísima jóven, cuyo traje, muy modesto, acusaba una decente pobreza, y la siguió prendado de su

belleza, de su aire dulce y casto y de su elegante apostura. Era Angélica. Ya sabeis como la fué siguiendo, se informó de su posicion y la mandó varais veces ramos de flores, porque ella misma lo ha contado á la marquesa de Vallefrío en el principio de esta obra; pero lo que ignorais es que Alberto no la pretendía por un simple capricho, sino que había formado la resolucion de unirse á ella, por que la creía digna de su nombre, por más que fuera una pobre costurera.

Una mañana, despues de haber almorzado solo, el duque de Peñafuerte, sentado en una cómoda butaca, fumaba un rico cigarro habano, y siguiendo con la vista las caprichosas espirales de humo azulado, pensaba en su adorada Angélica, que rechazaba terminantemente su amor, diciendo que era una jóven pobre y oscura y que, además, se debía toda á su madre, anciana enferma y afligida.

Reflexionaba Alberto en la manera de vencer la tenaz resistencia de tan amable y virtuosa niña, cuando se abrió la puerta del gabinete donde se encontraba, y un criado anunció al doctor Espinosa.

—¡Hola, mi querido amigo! ¿qué buscais

por aquí á estas horas?... Os creía ocupado en vuestras visitas á los enfermos.

—Tengo bastante que hacer, Alberto; pero deseaba verte y hablarte de algo muy interesante y muy grave.

—Os escucho con sumo gusto: sentaos y empezad.

El doctor y el duque fueron á tomar asiento en un divan próximo á un balcon, por donde penetraban los tibios rayos del sol, y el primero dijo con acento triste:

—Alberto, ya sabes cuanto es mi cariño hácia tí y lo que me interesa tu felicidad. No ignoras que tengo formado un gran concepto de tu hidalguía, de tu rectitud y de tu noble corazon; pues bien, con dolor te lo digo; por la primera vez de la vida, dudo de ellas.

—¡Doctor!.....

—Sí, mi querido Alberto. Me han dicho algo que me aflige vivamente y que no habla muy en favor tuyo. ¿Te habrán calumniado?

—¿Quién sabe?... ¿qué os han dicho?....

—Que haces el amor á una pobre niña costurera, protegida por las Conferencias de San Vicente, visitada por mi hija y la marquesa de Vallefrío, y que es tan noble, tan

buena, tan pura, que tus persecuciones la ofenden.

—¿Y no os han dicho más que eso?

—¡Nada más!

—Pues es bien poca cosa, doctor.

—Para los jóvenes libertinos, Alberto, nada significa el honor de una mujer. Tú, hijo mio, debes respetarlo y siempre he creido que lo harías así.

—Por lo mismo que me conoceis, querido amigo, debíais haber pensado al instante que soy incapaz de hacer el amor á una mujer si no tengo formada la resolucion de llamarla mi esposa.

—Luego, Angélica......

—Será, Dios mediante, la duquesa de Peñafuerte.

—¡Bien, hijo mio! exclamó el anciano estrechando afectuosamente las manos del jóven; me regocijo de hallarte siempre digno, siempre noble y generoso. Pero, ¿has pensado en la distancia que te separa de esa mujer? ¿qué dirá el gran mundo?

—Nada me importa el *qué dirán*. Angélica es bella, buena y virtuosa como una santa; cada dia la amo y la admiro más, y lo que siento es su tenaz oposicion á ese enlace.

—¿Y qué dice?

—Alega su pobreza, su oscuro nacimiento y la enfermedad de su madre: dice que se debe toda á ésta.

—Pues mira, Alberto, ya que realmente piensas casarte con esa niña, quiero decirte algo que te interesa mucho.

—Hablad.

—La marquesa de Vallefrio cree que es su hija.

—¿Cómo? ¿Me llenais de asombro!...... ¿Persiste en creer que se la cambiaron? ¿Y cómo y por qué piensa que Angélica es su hija?......

—Me ha contado Eulalia que desde la primera vez que la vió, Rosario está empeñada en que la paralítica es una bribona, que no es madre de la jóven, á quien maltrata y quiere vender por un puñado de oro; dice que es la nodriza á quien confió su niña y que ésta es Angélica. Yo empiezo á creerlo; pero es difícil, si no imposible, de averiguarlo.

—¿Y qué hacer, Dios mio?

—El cielo nos abrirá camino, Alberto. Entretanto yo te prometo hablar con Angélica y hacer lo posible por sacar alguna verdad entre tanta tiniebla..... Te aconsejo que

veas á la paralítica, que hables con ella, le pidas la mano de su hija y le digas que sientes que no sea de noble cuna, que te han dicho que es una desendiente de una ilustre familia, confiada á sus cuidados, y que si te descubre á sus padres, le darás una buena recompensa.

—Si es culpable no dirá nada.

—¡Quién sabe!.... ¡La codicia puede tanto!...

—Iré á verla y procuraré descubrir alguna cosa.

—Tengo que confiarte un secreto, que pesa sobre mi corazon, Alberto. No sé si te has fijado alguna vez en la linda huérfana que vive con Rosario y á quien ésta llama su querida hija.

—La conozco. Es una niña encantadora.

—Pues bien, evita el verla; visita poco á la marquesa y cuando esté delante la pobre Teresa, no te detengas mucho.

—¿Por qué, doctor?

—Esa desdichada criatura, devorada por la envidia que tiene á mi hija, está perdidamente enamorada de tí, Alberto; estos dos sentimientos la consumen; su salud, bastante delicada siempre se ha resentido mucho

estos dias y creo que la tísis la amenaza de cerca. ¡Pobre Teresa!.... .

—¡Doctor, me dejais sorprendido! ¿Cómo sabeis estas cosas?

—Que envidia á Eulalia lo he sorprendido á su sencillez; que te ama, me lo ha dicho ella.

—Si es una niña que aún no ha cumplido quince años. ¡Oh, Dios mio! ¡cuánto la compadezco!

—Es digna de lástima: anoche me decía: «Doctor, mi querido doctor, no os canseis en vano, ni me hagais tomar tanto brebaje. Mi enfermedad no la cura nadie, porque ya sabeis que muero de amor; de un amor desgraciado, que acariciaré hasta la tumba.»

—¿Y lo sabe Rosario?......

—Sí. El otro dia la sorprendió en su alcoba mirando un retrato tuyo que, cubierto de lágrimas, tenía en las manos, y como esto la extrañase mucho, le exigió una explicacion.

—¡Pobre Teresa!

—Es una desdichada. Casi sin poderlo remediar, envidia atrozmente á Eulalia y siente que la marquesa la quiera tanto. Si Angélica es hija de ésta, y se llega á descubrir, morirá de pena.

—¿Y la creeis enferma de cuidado?

—Sí; es delicada como una flor, y como ántes dije, creo que la tísis hace de ella su presa.

—¿Por qué no la ordénais un viaje?

—No quiere irse. Ha pedido á la marquesa, como un favor especial, que no la separe de Madrid. Yo la compadezco de corazon y daría cualquiera cosa por aliviar su desventura! Adios, Alberto.

—¿Os vais ya?

—Sí, tengo que ver á la madre de Angélica, á quien la marquesa visitó anoche y encontró bastante mala......

—¿A la jóven?......

—No, á la madre. ¡Adios! guarda el secreto que te he confiado y evita visitar á Teresa.

—Así lo haré. Adios, amigo doctor.

El duque de Peñafuerte acompañó hasta la puerta al padre de Eulalia, que era un excelente caballero, buen cristiano, y como tal, modesto, caritativo y generoso en el más alto grado.

Era el médico de los pobres. Las Conferencias de San Vicente lo llamaban continuamente para que visitase á sus protegidos, y no sólo hacía esto, sino que les daba me-

dicinas, alimentos y vestidos, apareciéndose en todas partes como un infatigable apóstol del bien.

¿Cómo no había de ser un ángel de caridad la simpática Eulalia, si era flor de tan lozano rosal?

VIII.

Eran las doce de la noche. Los magníficos salones de la marquesa de Vallefrío, espléndidamente iluminados, estaban llenos de señoras y caballeros: era dia de recepcion, y los numerosos amigos de Rosario acudían á su casa para tener el gusto de verla.

Rosario, vestida con exquisita elegancia, aparecía en todas partes como la hada de la alegría y de la amabilidad. Ella tenía un cumplido, una frase galante, una dulce sonrisa para todos; sabía el arte de decir á cada uno aquello que había de agradarle, y por su exquisito trato, su elegancia y su bondad, reunía en sus salones á lo más notable de la buena sociedad.

—Mi querida Ernestina, dijo á la elegante dama que se acercaba á ella del brazo de

su esposo, me alegro de veros; ¡me ha dicho Eulalia tanto bueno de vos!.....

—Sois una hada, marquesa, dijo el banquero ántes que su esposa pudiese contestar. Habeis transformado de tal modo á Ernestina, que estoy enamorado de ella por segunda vez, y con más entusiasmo que la primera.

—Os felicito; pero no me adorneis con galas ajenas. La hada que con su varita sabe hacer maravillas, es la interesante Eulalia... pero, ¡que hermosa estais, Ernestina!... Ese traje azul os sienta admirablemente; amigo, podeis estar orgulloso de vuestra compañera.

Despues de saludar al banquero, la marquesa se dirigió á un jóven que hacía rato la miraba atentamente.

—Teodoro, ¡que callado estais! le dijo con dulzura. ¿No habeis visto á Eulalia?...

—Sí, y esto es el orígen de mi tristeza.

—¿Por qué, amigo mio?

—He dejado de verla dos meses y esta noche al encontrarla en vuestros salones, marquesa, la hallo cien veces más seductora. Vos, que tanto influjo teneis en su corazon, ¿por qué no intercedeis en mi favor?

El que así hablaba era el baron de Villal-

ta, de quien habeis oido hablar á Rosario, y la hija del doctor.

Enamorado de Eulalia, admirándola en medio de sus extravíos, guardaba como una rica joya en su corazon aquel afecto purísimo; pero el vicio y la incredulidad eran un muro que separaba su alma de la de Eulalia, y ésta no quería ni pensar en un hombre que al decirla que la amaba, blasfemaba de su religion y la llamaba una tiranía.

—Teodoro, dijo la marquesa, sois un ingrato é inconsecuente amigo, y no quiero hacer nada por vos.

—¿Cómo?..... ¿tambien contra mí, Rosario?

—¿Y qué he de hacer? Os habeis hecho incrédulo, y no es justo que tengais á una santa por esposa.

—¿Y la caridad cristiana que tanto proclamais ámbas?

—No nos manda transigir con el error.

—¿Y os dice que dejeis á un hombre desesperado?......

—¡Vamos, que no es tan grande el amor, Teodoro! dijo Rosario con maliciosa sonrisa. Sé que os cautivan los encantos de otras beldades, y si fuese vuestra pasion verdadera y profunda, sería exclusiva.

—Rosario, os juro que me casaría con Eulalia, si ella lo quisiera.

—Bien lo creo, pero no seríais felices: pensais de distinta manera, y esto sería un muro que siempre se alzaría entre los dos. Id, sin embargo, á buscarla y habladle de nuevo.

—Iré á recibir un nuevo desengaño.

—Tened fé y esperanza, baron.

Este fué en busca de la hija del médico, y la marquesa, viendo entretenidos á sus amigos, se deslizó como una sombra por los salones inmediatos y con paso apresurado se dirigió á las habitaciones de su ahijada.

No era ésta ya la linda y virginal criatura, que hemos visto al empezar esta novela. Cuando la marquesa entró en su alcoba, estaba sentada en una butaca de fondo oscuro, y sobre ella resaltaba como una estátua de alabastro.

Había adelgazado mucho: grandes círculos de un color oscuro rodeaban sus pupilas; su boca se plegaba con la tristísima sonrisa del dolor, sus manos estaban descoloridas como las de una muerta y la blancura de su bata, guarnecida de encajes, se confundía con la palidez de su semblante.

Teresa, al ver entrar á Rosario, se alegró

mucho: la tendió cariñosamente una mano y con su vocesita dulce y afectuosa, la dijo:

—¡Qué buena sois, madrina! dejais vuestros hermosos salones para ver á la pobre enferma: ¡Dios os lo recompense!

—¿Por qué estás sola, Teresa? Yo había dicho á tu doncella que te hiciese compañía y procurase distraerte.

—Hace un momento que salió: la mandé á buscar al doctor, que segun creo está aquí.

—Sí, lo he visto hace un rato hablando con algunos caballeros. Pero ¿qué tienes, Teresa? ¿te sientes peor?

—Sí, madrina mia, creo que pronto me moriré!...

—Aleja esos lúgubres pensamientos, niña. Estás empezando á vivir y el porvenir te sonríe. Ponte buena y olvida esos delirios de tu exaltada mente..... más, dime, ¿qué tienes?

—Me ahogo, querida madrina. Me duele el pecho, me duele la cabeza, me duele todo!......

Teresa dijo estas últimas frases con un acento tan triste, que hirieron el corazon de Rosario y la trajeron lágrimas á los ojos.

—¿Quieres que me quede contigo?

—¡No! Esto pasará: estoy nerviosa y

cuando tome algun calmante que me dé el doctor, me dormiré. Id á acompañar á todos esos seres felices qué danzan y rien, y cuando esteis sola, venid entónces á acompañarme un rato.

—¿Lo ves, hija mia? deseas que te acompañe y á pesar de esto te opones con empeño á que deje de recibir á mis amigos. Esta noche, sin falta, les anuncio que ya no abro mis salones hasta que estés buena.

Teresa suspiró sonriendo con indecible tristeza.

—Hasta luego, le dijo su madrina.

Y dejando su asiento apoyó sus labios en la frente pálida y transparente de la hermosa doncella y se asustó al hallarla ardiendo. Disimuló, no obstante, su pesar, y salió de la alcoba.

A la puerta halló al padre de Eulalia.

—¿Cómo está esa pobre niña, marquesa?

—Mal, doctor. Creo que no la deja la fiebre: está triste y poco resignada: decidle alguna palabra consoladora.

—Marquesa, si Dios no viene en nuestro auxilio, la ciencia no hará nada en este caso. ¿Qué puede ella contra los males del alma?

Rosario exhaló un suspiro y dejó que su

amigo entrase á ver á la enferma, dirigiéndose ella á sus salones, temerosa de que se hubiese notado su falta.

Entretanto, el baron de Villalta había encontrado á Eulalia, y ofreciéndole el brazo, empezó á pasear con ella por un salon donde se hallaban algunas personas reunidas en grupos, criticando, enzalzando, diciendo cosas indiferentes y pasando el rato, en tanto que los otros cantaban, enamoraban ó bailaban en los salones inmediatos.

—Mi buena Eulalia, decía Teodoro con acento lleno de pasion, ¿por qué siendo un modelo de caridad y de dulzura para todos, eres conmigo tan dura y tan esquiva?....

—¡Yo! tú deliras, amigo mio! Soy lo mismo contigo que con todos.

—¡No! no eres lo mismo, Eulalia. Tus ojos nada me dicen; tus labios no me prodigan aquella adorable sonrisa de otros tiempos... tu mano ya no estrecha la mia con apasionada ternura.... dime, por piedad, ¿ha muerto para siempre en tu corazon el amor que me tenías?...

—¿Y qué te importa eso, Teodoro? ¿Acaso en tu borrascosa vida hay algun momento libre para consagrarlo al recuerdo de otros tiempos?

—¿Y me lo preguntas? ¿No sabes que el amor de las más bellas mujeres me causa hastío, que todas juntas no pueden arrancar tu imágen de mi corazon y que á despecho de tus rigores ella vive fresca y pura como la flor en su tallo?

—¡Delirios! Cuando un amor grande, exclusivo y profundo toma posesion de un alma, no puede alimentar otros amores iguales; el hombre que de véras ama á una mujer, sólo en ella piensa, sólo á ella consagra los latidos de su seno, desprecia la hermosura de las demás y no se mancha en el cieno del vicio.... tú eres un desdichado que, herido en tu amor propio, por mis desdenes, te empeñas en conquistarme, y como no sientes un verdadero amor, mañana, cuando hubieses logrado rendir mi voluntad con tus súplicas, ya no tendría yo encantos para tí, y seríamos muy infelices.

—¡Pero tú estás equivocada, Eulalia! Tuyo fué mi corazon desde la adolescencia, como mias fueron tus promesas; seguí amándote y acariciaba la dulcísima esperanza de llamarte mi esposa, cuando al regresar de mis viajes te encontré cambiada......

—No, interrumpió Eulalia; no falsees los hechos; el cambio fué tuyo, que no mio.

—¿Te he retirado yo mis promesas?... ¿No te amo lo mismo que ántes? ¿Amo acaso á otra?......

—No sé si me amas, Teodoro; en cuanto á amar á otras puedo decir que no, pero que, Tenorio de profesion, las persigues á todas.

—¿Quién te ha dicho esas cosas?

—Primero mi corazon, despues las personas que te conocen. Además, si tú no has retirado tus promesas y yo sí, es porque tú has hallado á la misma que dejaste al partir, y yo..... yo, Teodoro, en vez del hermano querido con quien formaba proyectos deliciosos para el porvenir, en vez del amigo de la infancia, del noble adolescente puro, religioso, devoto y honrado, me he hallado con un calavera pervertido, sin Dios, sin conciencia, sin religion, con un espadachin que usurpa al cielo sus derechos y priva de la salud y de la vida á su prójimo, sólo por una querella impertinente..... ¿Cómo había de dar mi mano al hombre que volvía si era muy diferente del que se fué?

—Es que no me amas, Eulalia, eso lo dice todo! Debías comprender que nuestro siglo tiene sus exigencias y que la sociedad impone leyes á los que la componen... ¿qui-

sieras tú que un hombre que ha cumplido veinte y cinco años fuese á darse golpes de pecho, á confesar como una beata, perdonase cobardemente las injurias y besara la mano de quien le heria la mejilla? habías de suponer que yo no sería siempre el jovencito cándido y devoto que rezaba el rosario contigo, que leía el Kempis bajo los árboles de tu jardin, que te acompañaba á las cuarenta horas y besaba afectuosamente las imágenes... era necesario que me hiciese hombre... conocí el mundo, ví lo que exige el progreso, aprecié los adelantos de la civilizacion que marcha á paso de gigante y comprendí que era rídiculo que hiciese el caballero lo que había hecho el adolescente. Esto lo conoces; pero no me amas y buscas excusas.

—¡Que no te amo! exclamó Eulalia cayendo en un divan solitário en un extremo del salon; ¡que no te amo!... ¡no sabes lo que estás diciendo! Sí, yo te quiero del mismo modo que ántes; yo no soy de esas mujeres que dan y quitan su corazon como pueden quitar una joya cualquiera..... te amo, Teodoro, y todos los dias vierto lágrimas sobre las ruinas de tu fé; todas las noches ofrezco al Señor mis dolores y mis obras de caridad en desagravio de las ofensas que le haces;

quisiera recobrar tus virtudes perdidas en el torbellino del mundo, y por más que vea que es trabajo difícil, espero todavía!.... ¡tiene la oracion tanto poder!..... ¡Ah, Teodoro!...... no ultrajes á mi cariño puro, desinteresado y leal, porque añades una nueva ofensa á las muchas que me has hecho!...

—Pero si me amas, ¿por qué me desdeñas? ¿por qué te niegas á ser mi esposa?....

—Bien lo sabes. No entraré contigo en discusiones porque no teniendo buena voluntad, ellas serían inútiles; no quiero decirte nada en contestacion á todo ese fárrago de tonterías, perdóna la dureza de mis frases, con que quisiste aturdirme ántes, sin que consiguieses otra cosa que inspirarme compasion. Te he dicho que te amo, amigo mio; pero te falta saber que amo tambien á Dios y que con este amor no puede rivalizar el tuyo.

—Luego Dios prohibe el matrimonio......

—¡Calla, Teodoro!..... ¡estás disparatando!... Jesucristo, que instituyó el matrimonio, no puede prohibirlo, porque eso sería contradiccion manifiesta y Dios no se contradice jamás. Pero no es razonable que yo te prefiera á El y olvide mi religion y ceda en mis creencias. Oye.—Cuando eras lo que

debieras ser todavía, un jóven cristiano, que nada tenía de afectacion ni beatería ridícula, Dios era la cadena de flores que unía nuestras almas; pensábamos del mismo modo, íbamos á un mismo fin por sendas idénticas y seguras; nos sonreía la esperanza, nos inflamaba la caridad y en nuestras horas tristes, que á nadie faltan, en nuestros goces é ilusiones, El lo era todo. Yo me regocijaba con el pensamiento de caminar por el mundo apoyada en el brazo de un esposo cristiano y bueno; pero hoy todo ha cambiado...... ya no pensamos del mismo modo; ó tú has de recobrar tu fé, ó yo he de perder la mia, y creo que debe suceder lo primero, porque lo último—yo te lo juro—jamás sucederá.

—Pues bien, únete á mí, Eulalia; ven á ser el ángel de mi hogar y quien sabe si volveré á pensar como ántes.

—¡No!..... la mujer cristiana que se casa con un incrédulo, ó poco á poco va cediendo de sus creencias, tornándose indiferente, y admitiendo las extravagantes doctrinas del materialismo, ó vive mártir si no logra convertir á su marido. Vale más que no suceda ni una cosa ni otra, Teodoro.

—¿Y qué piensas hacer?

—Soy franca: lo que he hecho hasta aquí:

compadecerte, amarte y pedir mucho al cielo que te devuelva la fé.

—¿Y á mí qué suerte me aguarda?...

—Bien hermosa, segun tus doctrinas. El amor que dices que me guardas, no es tan grande que te impida entretener á otras mujeres; eres rico, feliz, jóven..... el porvenir te sonríe.... más.... ¡piensa que hay una eternidad!......

—¡Oh, Eulalia! cree que me vienen impulsos de maldecir tu fanatismo, tus ideas atrasadas y tu intolerancia; pero cuando te veo tan buena, tan digna, tan pura, siento casi el deseo de preguntarme seriamente si una religion que tal fortaleza y tal virtud dá á la mujer, no es la verdadera y única religion.

—¡Hasta qué punto lleva á los hombres el orgullo!.... exclamó la hija del doctor. Estás llamando fanatismo á la santa religion que profesaste hasta que la maldad vino á corromper la pureza de tus creencias. ¡Pobre Teodoro!......

—En resumidas cuentas, Eulalia, tú no me amas ni te casarás conmigo ¿no es cierto?

—Yo te amo, repuso la jóven con firmeza; pero no seré nunca tu esposa, á no ser que vuelvas á pensar como en otros tiempos.

—Eso no puede ser, exclamó Teodoro con una especie de cólera mal comprimida.

—Pues ya sabes lo que pienso, y no ignoras tampoco que mis resoluciones son invariables. Mi corazon pertenece al noble adolescente, compañero de mis sueños de color de rosa, al que profesaba la misma fé que yo, al que no se avergonzaba de llamarse cristiano. Tú no rezas, no invocas la bondad divina, te mofas de las más santas prácticas, llamas mojigatería á la piedad..... eres un hombre á la moda, incrédulo y superficial..... ¡no eres mi prometido!..... ¡no te conozco!

IX.

Aún no brillaba el alba en oriente cuando ya la ventana del pobre cuartito de Angélica se hallaba abierta y la modesta jóven, sentada cerca de ella, pasaba una tras otra las cuentas de su rosario de nácar engarzado en plata.

Este era un regalo de la marquesa de Vallefrío.

Angélica estaba triste, y la melancolía parece que prestaba nuevos encantos á aquel rostro dulce y suave como una flor que abre á los besos del céfiro su perfumado broche.

La jóven enjugaba á cada instante muchas lágrimas que lentamente se desprendían de sus hermosas pupilas: de vez en cuando dejaba caer la cabeza en la palma de la mano y quedaba sumida en una triste meditacion:

despues comenzaba de nuevo sus interrumpidas oraciones.

Un cambio muy notable se ha verificado en casa de Angélica, lectoras mias; ya su madre no es la vieja colérica, impertinente y blasfema que conocísteis al principio de esta obra. Bajo la dulce y poderosa influencia de la caridad cristiana aquel corazon endurecido y rebelde se ha tornado dulce y resignado; aquella cólera, raras veces contenida, se ha cambiado en una conformidad serena y tranquila, y la que nunca se acordaba de Dios sino para maldecirle, ahora reza, le llama, le bendice y está en camino de amarle muy de veras y de practicar las santas máximas de su consoladora religion.

¿Cómo se ha verificado tan grande transformacion?

Ya os lo dije; la caridad ha hecho ese pequeño milagro. Las Conferencias de San Vicente, que realizan cada dia en la oscuridad y en el silencio conversiones admirables, lograron por medio de la marquesa de Vallefrio y otra socia, compañera de visitas de ésta, que la iracunda mujer depusiese sus groseras impertinencias y se resignase á sufrir por amor de Dios.

Manuela era una mujer que vivía alejada

de Dios, no sin remordimientos bien tenaces. A veces quería reconciliarse con El, miraba con envidia á los que iban al templo y oraban al pié de los altares; pero algo muy gráve que pesaba sobre su conciencia la alejaba de los sacramentos y la retenía en la impenitencia.

Sin freno alguno, su carácter díscolo y ágrio se volvió verdaderamente infernal. Gritaba y maldecía como un energúmeno, se dió á la embriaguez y ahogó en el aguardiente todas sus penas, procurándose una enfermedad incurable, sin que por eso lograse acallar la vòz severa de su conciencia, que nunca la dejaba en paz.

Sumida en la indigencia, sin más amparo que su hija, á la que no amaba y casi diré que aborrecía, no podía tener resignacion alguna. Su enfermedad la exasperaba; las bondades de que era objeto la enfadaban y la dulzura de Angélica le parecía ridícula afectacion ó hipocresía para calmar su furor.

Estaba reservado á las damas de la Conferencia, ablandar aquel corazon, duro como el granito, y vais á saber los médios de que se valieron para lograrlo.

Rosario iba todas las semanas á visitar á Manuela y á su hija, llevándoles los bonos

que les mandaba la Conferencia; sentábase junto al lecho de la arpía y en vano desataba ésta todas sus iras; ella, serena y sonriente como si no la injuriasen, la decía palabras afectuosas, la leía algunas páginas del Kempis, la mullía las pobres almohadas sobre las cuales descansaba su cabeza, arreglaba su alimento y la traía de vez en cuando media botella de vino generoso y algunos bizcochos que le brindaba cariñosamente; y en tanto que Angélica hablaba con la otra señora de la Conferencia, que era una jóven afectuosa y buena, Rosario procuraba ganarse aquel corazon rebelde y suavizarlo con la dulce influencia de la religion.

Manuela llegó á admirarse al ver aquella solicitud, aquella bondad y constante dulzura en unas mujeres que pertenecían á la nobleza, que tenían grande fortuna y que dejaban sus alfombrados salones para subir hasta la incómoda guardilla del pobre; avergonzada de su insolencia, convencida de que sólo el amor de Dios y del prójimo las movían, empezó á recordar los años de su juventud, en que iba á la Iglesia de su pueblo para rezar á la madre de las Misericordias, empezó á pensar con espanto en la mala disposicion de su espíritu, y ya su gé-

nio áspero fué tornándose más suave; sus [illegible] no eran tan maldicientes y colérica[illegible] la [illegible]ion volvió como celeste rocío á ca[illegible] [illegible]ion de su espíritu y templar el ardor [illegible]das de su alma.

Se ace[illegible] festividad en que las Conferencia[illegible] á la sagrada mesa para recibir [illegible] los Angeles. Rosario quiso disponer [illegible] Manuela y la dijo algo sobre esta importante cuestion: ella la escuchó en silencio y despues de un rato de vacilacion le dijo que no estaba aún bien dispuesta y que lo aplazaba para más adelante.

La marquesa que, con esa doble vista que el cielo da á las almas cuando le conviene, conocía que su felicidad y la de Angélica estaban en manos de Manuela, redoblaba sus ruegos, pedía oraciones á sus consocias y todo lo esperaba de la clemencia divina.

Rosario creía ver en Angélica á la hija que había perdido desde la cuna y procuraba reconocer en el semblante cadavérico de la paralítica á la nodriza fresca y robusta á quien había confiado la prenda de su alma; pero ni una palabra dijo nunca á la una ni á la otra, y esperaba que el tiempo se encargaría de revelarle lo que tanto deseaba conocer.

Hacía dos ó tres semanas que la vieja en-

ferma parecía preocupada y triste. Apénas hablaba con sus visitadoras; Angélica la oía llorar muchas veces y más de una noche la vió cruzar las manos y mirar al cielo con profunda afliccion.

El día que encontramos á Angélica preocupada y triste desde bien temprano, había hecho un importante descubrimiento. Agitada Manuela por un sueño desagradable había revelado á la jóven que no era su madre, y ella, ansiosa de saber á quiénes debía la existencia, quiso despertarla para que lo dijese todo.

La anciana al oir que se había vendido imprudentemente, miró á Angélica con ojos extraviados y luego, cubriéndose el rostro con las manos, empezó á llorar diciendo que iba á morir condenada; pasada aquella fuerte excitacion un sueño ó letargo embargó sus potencias y ya la jóven no quiso molestarla más.

Pero aquellas palabras eran suficientes para despertar los temores que siempre abrigó de no ser hija de Manuela; pensaba en Alberto á quien amaba con toda su alma y de quien estaba separada por una distancia tan grande y hubiera sido feliz conociendo su orígen y sabiendo quién era su madre, cual

era su verdadero nombre, si era noble ó plebeya.

Angélica no habia nacido para aquella vida triste y solitaria. Su alma necesitaba expansion; parecía hija de una clase más elevada, y al ver sus modales distinguidos, su natural elegancia y su rara belleza, la hubieran juzgado una princesa en la desgracia ó una gran señora disfrazada.

Rezó la jóven largo rato: cuando las primeras tintas del alba colorearon el cielo, dejó su asiento, puso en órden los muebles de su habitacion y preparó el desayuno para la anciana. Luego tomó su labor y empezó á trabajar con el afan peculiar á las que viven con el mezquino producto de sus labores.

Algunas veces Angélica enjugaba su llanto, que caía sobre las flores de su bordado; prestaba atento oido al aposento en que dormía la anciana para conocer si estaba despierta y luego redoblaba la agilidad con que movía la aguja, dulce compañera de sus dias.

¡Qué injustos son los hombres al usurpar á la mujer todos sus trabajos!

¡Qué duros se muestran al cerrarla tan despiadadamente todos los caminos!

Hay ocupaciones que debían pertenecer exclusivamente al sexo femenino.

Causa indignacion el ver detrás de los mostradores en los establecimientos de ropas, sedería y joyas, á esa multitud de jóvenes que pudieran ocuparse en trabajos fuertes y ceder su puesto á las pobres mujeres, que no tienen apénas recursos para sustentarse, pues hasta en bordados se ocupa el sexo fuerte, en tanto que el débil muere de hambre ó arrastra una vida llena de infelicidad.

Angélica trabajaba sin descanso y no obtenía más beneficio que vivir sin implorar la caridad pública; pero, ¡sufría tantas privaciones!......

Aquella mañana estaba triste, porque su madre tenía una fiebre ardiente y abrigaba serios temores de que muriese pronto, sin reconciliarse con Dios.

Llena de inquietudes dejaba que sus lágrimas corriesen lentas como hilos de perlas por su rostro delicado, cuando se abrió la entornada puerta de su habitacion y apareció en ella la interesante figura de Ernestina, la jóven esposa del banquero.

Sin duda se conocían ya las jóvenes, porque, sin preámbulos ni cumplidos, la que acababa de entrar tomó asiento en una silla colocada cerca de la de Angélica y le dijo, despues de saludarla cariñosamente:

—Vengo hoy sola, querida mia, porque la marquesa está afligida por una desgracia. Teresa, su hija adoptiva, á la que tanto ama, está agonizando.

¡Ah! ¡pobre niña! Yo sabía la gravedad de su estado. La marquesa me habia dicho que ya no recibía á sus amigos todas las semanas por causa de la enfermedad de su ahijada, pero no pensé que muriese tan pronto.

—Creo que no vivirá dos dias.

—Yo quisiera verla.

—El doctor Espinosa ha dado órden de que nadie entre en la alcoba. Yo no la veo desde hace dos dias.

—¡Pobrecita!

—Dime, Angélica, ¿y tu madre?

—Sigue delicada. El doctor me ofreció ayer venir á verla y le aguardo con ansiedad. Está dormida.

—Siento no verla, pero no puedo detenerme, amiga mia. Mi esposo no está bien de salud y deseo acompañarle: además, tengo que visitar todavía mis pobres y la otra de Rosario, que es una pobre viuda con cuatro hijos, de los cuales el mayor no ha cumplido aún seis años. ¡Ah! yo no sabía ántes que hubiese tanta miseria en el mundo.

Ernestina suspiró tristemente alzando sus hermosos ojos al cielo.

—Hace mucho tiempo que pertenece usted á las Conferencias?

—Pocos meses; pero les debo mucho, Angélica, porque me han devuelto la perdida felicidad, ó por decir mejor, me han hecho conocer la felicidad.

Diciendo esto, la esposa del banquero se puso en pié. dejó sobre la mesita de labor de Angélica dos paquetes de bonos y se despidió, saliendo enseguida con ligero paso.

Ernestina había variado completamente. Las Conferencias de San Vicente habían obrado su santificacion. Ya no era la mujer frívola y disipada que conocísteis ántes; ahora cumplía exactamente sus deberes de esposa y madre, visitaba los templos, practicaba la religion y era modelo de virtudes.

¿Cómo se había verificado este rápido cambio?

La dulce influencia de Eulalia, las oraciones de algunas sócias, los consejos de Rosario y los buenos ejemplos de todas, unidos á las miserias que había visto y á los dolores que había hallado escondidos, ablandaron su corazon, la hicieron meditar sériamente, y de estas piadosas meditaciones resultó que

su alma se convirtió toda á Dios y desde entónces amó el retiro y huyó de la disipacion.

Ya hasta su marido era otro, porque acostumbrado á verla siempre en bailes y paseos y á encontrar cerradas las puertas de su corazon, al hallarlas abiertas, al verla modesta y cariñosa, cuidando de sus hijos, ocupándose en obras buenas y amándole más, se aficionó de nuevo á ella, la encontró más hermosa que nunca y empezó á dejar sus malos hábitos y perversas ocupaciones.

¡Tanto puede la virtud de una mujer!...

¡Ah!.... no lo dudeis; Dios ha puesto á la mujer en el hogar como el dulce guardian de la dicha de la familia, y si no es piadosa y caritativa, no sabrá defender y cuidar de esa dicha que se le confía, miéntras que siéndolo, como una aromada flor embalsamará el aire que se respira en torno de ella con el dulce aroma del amor y la abnegacion.

Ernestina se había convertido por medio de la piadosa asociacion en que la había introducido Eulalia.

¡Hombres incrédulos que os burlais de las Conferencias y de toda otra asociacion cristiana, convenceos del error en que estais!...

Ellas hacen mucho bien en el silencio y la oscuridad; evitan muchos crímenes, con-

suelan muchos dolores, alivian grandes infortunios y salvan del abismo de la desgracia y del dolor á muchos seres que iban á caer en él, precipitados por la miseria y la desesperacion.

¡Ojalá hubiese una Conferencia en cada Parroquia!

¡Ojalá tambien que todos se penetrasen de que allí van á obrar su propia santificacion, y al inscribir su nombre en la lista de asociados, hombres y mujeres, dejaran á un lado para siempre la ambicion, las mezquinas vanidades, el afan de mandar, de no obedecer y de brillar!..... ¡ojalá que un lazo de oro, lazo de santa caridad uniese los corazones y que el espíritu de paz, de modestia, de abnegacion cristiana fuese siempre el distintivo de las Conferencias de San Vicente de Paul! ......

X.

Han pasado algunos dias desde aquel en que Ernestina dijo á la jóven Angélica que Teresa estaba moribunda, y ya la niña enamorada y celosa ha dejado de existir.

Se agostó su frágil naturaleza como una flor ántes que acabase de desplegar su broche.

La marquesa sufrió tanto con su muerte como si la hubiese llevado en su seno. Una madre cariñosa no habria hecho mayores sacrificios por salvar su preciosa existencia.

Dos semanas despues de haber fallecido aquella hermosa criatura, víctima de grandes y terribles pasiones, Rosario se hallaba en su gabinete, leyendo una carta que acababa de recibir y que la habia llenado de turbacion y de ansiedad.

Era del duque de Peñafuerte y decía solamente estas palabras:

«Marquesa, os ruego me aguardeis en la soledad de vuestro gabinete: deseo hablaros de un asunto que nos interesa tanto á los dos, como á la jóven Angélica.

Vuestro amigo,

Alberto.»

Pensando qué tendría que manifestarle el jóven se hallaba la marquesa, cuando repentinamente se abrió la puerta, que estaba entornada, y Eulalia, vestida de negro, pálida como la cera y con los ojos llenos de lágrimas, se precipitó en la habitacion.

—¡Dios mio! exclamó Rosario corriendo á su encuentro; ¿qué tienes, hija mia? ¿estás helada, lloras?..... ¡habla Eulalia!

La jóven, fatigada por haber subido muy de prisa la escalera, se dejó caer en un diván, y prorrumpió en sollozos con el semblante oculto entre las manos.

—Sosiégate, amiga mia, le dijo la marquesa asustada. ¿Qué te ha pasado?... ¿acaso tu padre?...

—No, Rosario, no: él, Teodoro, el hombre por quien diariamente elevo mis oraciones á Dios, acaba de ser gravemente herido en un desafío.

—¡Oh, Dios mio! ¡qué terrible desgracia!

—Mi padre le ha visto y hecho la primera cura: lo acaban de llevar á su casa y quien sabe si á estas horas habrá muerto; y morir sin sacramentos, sin reconciliarse con Dios, sin pensar en Él, Rosario, es para el desgraciado Teodoro la verdadera muerte, la muerte eterna!......

—¡Oh, no sucederá esto!...

—¿Quién puede impedirlo? ¿Si él no cree, si rechaza á cuantos tratan de hacerle recobrar la fé perdida; si yo, á quien ama aún á pesar de sus extravíos, no he logrado derretir el hielo de su indiferencia, ¿quién alcanzará el triunfo de hacerle recibir los sacramentos?

—¿Pero está en peligro de muerte?

—La herida es grave.

—¿Y por qué y con quién fué el desafío?

—¡No lo sé! Mi padre llegó á casa á buscar unos instrumentos y me dijo, en medio de su turbacion, lo que te acabo de decir. No pudo detenerse ni yo me hallé con ánimo de preguntar, Rosario. ¿Para qué saber más?..

—¿Y su contrario?......

—Fué herido tambien, pero levemente.

—¡Desgraciados!

—¡Ay, Rosario! no es sólo su herida la

que me aflige; es el deplorable estado de su alma lo que lamento: es el considerar que no tiene fé, que olvida que la ley de Dios nos dice *no matarás:* que desprecia á la Iglesia, que prohibe y castiga el duelo... ¡ah!... hombres insensatos!......

—¡Pobre Eulalia!

—Compadéceme, amiga mia, porque á pesar de todo, le amo, y le amo tanto más cuanto su desdicha es mayor! Quiero rescatar aquella hermosa alma perdida y volvérsela á Dios, y cada vez esto se hace más difícil: la barrera que se levanta entre nosotros es insuperable..... ¡qué desgraciada sería yo, Rosario mia, si no tuviese fé!....

—Pues que la tienes, consuélate, Eulalia, y espera en la misericordia divina. Tal vez de este funesto accidente dependerá la felicidad de Teodoro. Recuerda á Ignacio, el glorioso fundador de la Compañía de Jesús......

—Si como él abriese los ojos del alma..... ¡si abandonase la funesta senda que recorre!

—Pidámoslo á Dios, Eulalia.

—Sí, se lo pido y se lo pediré con toda mi alma, querida amiga, porque me interesa tanto el porvenir de Teodoro como el mio propio. ¡Le amo tanto! ¡Hemos pasado tan-

tos años acariciando unidos rosadas ilusiones!...... Mil veces hablamos de la desgracia de hallarse unidos dos seres que no tenían la misma fé y llorábamos su infelicidad; pedíamos al cielo por los que eran combatidos de la duda y bendecíamos á nuestros padres que nos habían educado en el seno de la religion verdadera...... ¡qué desconsuelo no sería el mio, Rosario, cuando me convencí de que ya no era el mismo, que ya no era más que un escéptico!......

—Pero Eulalia, tú eres fuerte, tú no vacilas en tus creencias..... ¿por qué no te casas con Teodoro para convertirlo?

—No, Rosario. Sólo una mujer superior y de un valor heróico puede acometer esa empresa, para la cual me creo débil. Además, ¿por qué he de tener fé en su cariño si veo que se ocupa de otras mujeres?

Rosario no supo qué contestar á su amiga.

—¿Y quién le asistirá? preguntó despues de un largo rato de silencio...

—Papá me dijo que llevaría allí una mujer que le asistiese, y yo he pensado proponerle á Celestina, ¿no te parece?

—Sí; en verdad que ninguna mejor que ella para cuidar un enfermo.

—Señora marquesa, dijo una doncella que

entró en el gabinete en aquel momento, el señor duque de Peñafuerte desea entrar.

—Lee, Eulalia, dijo la marquesa alargando á su amiga el billete de Alberto y sin contestar á la jóven que de pié, cerca de la puerta, aguardaba su respuesta:

—Me voy.... dijo Eulalia apénas enterado. Adios, Rosario, ¡ojalá que puedas darme felices nuevas!

Y ligera como un pájaro, Eulalia depositó un beso en la frente de la marquesa y salió de la habitacion por una puertecilla interior.

—Di al duque que le aguardo, Emilia.

La doncella se inclinó ligeramente y salió á cumplir la órden de su señora.

Un rato despues entraba Alberto.

—Buenas tardes, marquesa; siento haberos hecho esperar, pero no me ha sido posible venir ántes.

—He estado entretenida, amigo mio, y el tiempo se me ha hecho corto: sentaos y decidme el objeto de esta visita.

—Marquesa, tengo que daros una buena noticia.

—¿Cuál es?

—Vengo de casa de Angélica.

—¿Vos?......

—Sí, yo; ¿os parece extraño cuando sa-

beis que la amo y que estoy resuelto á hacerla duquesa de Peñafuerte?...

—Creo que debeis pensarlo mucho.

—¿Por qué, marquesa?

—Su oscuro nacimiento y su triste posicion la alejan mucho de la alta clase á que perteneceis y quizás no la recibirían bien al presentarla vos en el mundo... luego, ¿quién os asegura que no íbais á arrepentiros despues de haber cedido á los impulsos de vuestro corazon?... Pero, perdonad mi curiosidad y mi impaciencia..... dijísteis al entrar que veníais á darme una buena noticia, ¿cuál es?

—Manuela, la madre de Angélica, mejor dicho, la que pasa por su madre, os llama.

—¡Oh! ¡qué revelacion Dios mio! exclamó la marquesa llevándose la mano al corazon para contener sus violentas palpitaciones. ¿Y cómo sabeis que no es su madre? ¿por qué me llama?...

—Escuchadme. Hace muchos dias que fuí á verla y le manifesté que deseaba casarme con Angélica, pero que me afligía la idea de que no fuese de ilustre cuna; esto lo añadí para ver si revelaba que ella no era su madre, pues, como todos, yo siempre he dudado de que tan fresca rosa naciera del seno de aquella punzadora ortiga.

—¿Y qué os dijo?......

—Estaba medio ébria y no quiso escucharme. Contestaba á mis palabras con ademanes y frases descompuestas, y la jóven me rogó que la dejase por aquella vez. Me marché y no habría vuelto, hasta hoy que me mandó buscar.

Angélica no estaba en casa; segun me dijo la vieja, había ido á volver unas flores al taller que le da trabajo, y ella aprovechaba su ausencia para tener una entrevista conmigo, á cuyo fin me hizo llamar precipitadamente por un vecino, encargándome que fuese pronto.

Le pregunté lo que deseaba, y con un acento entrecortado por el llanto, que brotaba á raudales de sus ojos, me dijo que iba á revelarme un secreto; pero que ántes imploraba mi indulgencia y quería la seguridad de que no iba á maldecirla.

Asombrado al ver que la fiera de otros dias estaba convertida en una mansa oveja, la ofrecí cuanto quiso y me preparé á escucharla.

Entónces me manifestó que era una mujer criminal, que había privado á Ang[illegible] de la dicha de conocer á sus padres. [illegible]dole al mismo tiempo arrastrar u[illegible]

nosa, consagrada á las fatigas del trabajo; que estaba arrepentida de todo, que deseaba confesarse, y que ántes de hacerlo, quería hablar con vos.

—¡Oh, Alberto!..... Mi corazon palpita acelerado como si quisiera romper la frágil cárcel que le encierra; Alberto, amigo mio, Angélica debe ser mi hija!......

—Así lo espero, marquesa; pero no nos entréguemos á una alegría ciega; podía luego matarnos el desengaño.

—¡No lo temais! Sí, es mi hija, mi corazon no me engaña!... Señor, exclamó la marquesa alzando los ojos al cielo, yo no merezco tanta dicha!.......

—Sosegaos, Rosario. Id al punto á ver á esa mujer; mi coche está á la puerta y os lo cedo para que no os detengais; id, y si nuestras esperanzas se realizan, volved cuanto ántes á darme la noticia: os aguardaré en el salon.

—Quedaos en este gabinete: ahí teneis libros, álbums...... haced lo que gusteis..... hasta luego!......

Y sin esperar la respuesta del jóven, la marquesa se lanzó fuera de la habitacion; entró en su tocador para tomar un sombre-

ro y bajó precipitadamente la escalera en tanto que se ponia los guantes.

Al pié de ella encontró el coche del duque; entró y le dió las señas de la morada de Angélica: los briosos caballos arrancaron al trote y un rato despues Rosario llegaba, palpitante de emocion y de ansiedad, á aquella casa que guardaba toda su dicha.

Subió la escalera con la agilidad de una niña y en breve estuvo en la pobre habitacion de Angélica.

Esta no se hallaba en ella.

Rosario entró en la alcoba donde la aguardaba la anciana enferma.

—¡Manuela, me habeis llamado y aquí estoy! exclamó la marquesa tomando una mano de la pobre mujer, que la miraba entre asustada y llorosa. ¿Qué quereis?

—Señora, exclamó la anciana con un acento que partía del alma, ¿no lo habeis adivinado?...

—¡Catalina!.... exclamó Rosario, apretando con fuerza entre las suyas las descarnadas manos de la vieja, ¿eres tú, Catalina?

—¡Sí, yo soy!... exclamó la infeliz mirando con espanto á la marquesa; yo soy, pero no me maldigais, por piedad!......

—¡Dios mio! exclamó Rosario con un

acento difícil de describir. Catalina.... luego Angélica......

—¡Es vuestra hija!......

La marquesa lanzó un grito salido del corazon; de aquel corazon tanto tiempo abrumado por el dolor, y pálida y desfallecida fué á caer en una silla colocada á los piés de la miserable cama de la enferma.

XI.

Reinó el silencio algunos instantes.

Aquellas dos mujeres á quienes sólo el lazo de oro de la caridad podía unir; aquellas dos mujeres que debían ser enemigas irreconciliables, no se atrevían á hablarse y pensaban en Dios, ántes de entrar en explicaciones.

La anciana, con la cabeza inclinada y las manos unidas, parecía por su humilde actitud, el reo que, ante el juez que ha de condenarle ó absolverle, espera resignado la sentencia.

Rosario miraba á aquella mujer que tanto daño le había hecho é invocaba al Dios que perdona al arrepentido para perdonarla á su vez; largo rato luchó con sus propios sentimientos; hasta que al fin un torrente de lá-

grimas brotó de sus ojos y dirigiéndose á Manuela, á quien desde ahora llamaré Catalina, le dijo con dulzura.

—¡Pobre mujer!..... ¡Te compadezco y te perdono!... Olvido cuanto me has hecho sufrir; de hoy en adelante serás mi amiga, vivirás en mi casa, porque no puedo olvidar que criaste á mi hija con la sávia de tu seno; pero, cuéntamelo todo, todo.......dime porqué me has negado tanto tiempo el consuelo de recobrar á mi Angélica y dime tambien porque te has decidido á hacer por fin esta manifestacion.

—Cuando en lugar de vuestra hija os di á la mía, señora marquesa, buscaba su felicidad; quería que disfrútase de halagos, comodidades y riquezas; que heredase una gran fortuna y un nombre ilustre, y que, casada algun dia con un opulento caballero, fuese una dama considerada de todos y feliz cuanto se puede serlo en la tierra.

¡Perdonadme!.... Yo era madre, y el amor maternal me extravió llevándome hasta el crímen; pero..... tambien he sufrido, y mucho, creedme: mis dias han sido una cópia del tormento de los condenados en el infierno!

Sufría, sí! A todas horas pensaba en mi hija, ausente de mi lado, privada de mis ca-

ricias, léjos de la que le había dado el sér y á quien nunca iba á conocer ni amar; yo la amaba, y aunque me consolaba pensando que era feliz, no podía serlo yo, porque..... porque era su madre, señora marquesa; y la niña no me pertenecía; y otra mujer disfrutaba sus caricias; y el dulce nombre de madre no se lo daba á la que realmente lo era, sino á otra mujer que no la amaba!.......

—¡En igual caso estaba yo! murmuró sordamente la marquesa. Por decir más bien, estabas tú mejor, cien veces mejor que yo, porque tú, á costa de tu sacrificio, habías alcanzado para tu hija honores, riqueza, caricias, una suerte envidiable y dichosa; y yo pensaba que todo esto lo había perdido la hija de mis entrañas, para vivir en la pobreza y la oscuridad: Catalina, tú eras culpable, tú expiabas tu crímen, y yo era inocente, yo era la víctima!

—¡Es cierto, señora!......

—Prosigue, dijo Rosario, enjugando sus lágrimas y ansiosa de saberlo todo.

—Miéntras mi Angélica vivió, señora, la vuestra fué dichosa, porque la pobrecita me inspiraba lástima: consideraba que la había quitado sus bienes, su nombre y el amor de sus padres en beneficio de mi hija, y esto

hacía que la cuidase con tierna solicitud y procurase regalarla cuanto podía; pero cuando supe que mi niña había muerto, la vuestra fué una carga para mí; empecé á detestarla, me era enojosa su presencia; la veía con aborrecimiento considerando que mi maldad y mi criminal accion habían sido infructuosas, y hubiera querido abandonarla.

—¿Por qué no me la volvías?

—Por temor de ser castigada, señora marquesa.

—Fué creciendo Angélica y yo cada vez la amaba ménos; al fin, ya sabeis todos los acontecimientos de su vida desde que ella tiene sus primeros recuerdos, porque os los ha relatado; nada os diré, pues, para no empeorar mi causa, y me concretaré á pediros compasion; olvido, un poco de afecto.....

—¡Pobre mujer!... Eres bien digna de conmiseracion. Yo te perdono, créelo; hace tiempo que esperaba lo que hoy sucede, porque mi corazon no me engañó jamás, y desde la vez primera que estuve aquí, pensé que tú eras Catalina y que Angélica era la hija perdida que tántas lágrimas me ha costado.

—Pues ahora sereis todas felices. Llevaos á vuestra Angélica y, si lo quereis, que ven-

ga alguna vez á acompañar un rato mi soledad. ¡Soy tan desdichada!

—Te he dicho ántes que de hoy más vivirás en mi casa y nada te hará falta, Catalina; pero, dime, díme, porque estoy ansiosa de saberlo, ¿por qué al fin te has decidido á darme mi hija?

—¡Ah!... es que la caridad cristiana me ha hecho arrepentir de mis pecados, señora; quiero confesarme y ántes debía hacer lo que he hecho. Cuando he tenido ejemplos de tan gran virtud, cuando he visto que ni las injurias, ni las amenazas, ni los malos tratamientos bastaban para destruir la caridad de Angélica y de Eulalia; cuando estoy convencida de que no me guardais rencor, de qué me habeis hecho tanto bien sin interés alguno, ¿me preguntais por qué me decidí al fin á devolveros vuestra hija? ¡Ah! era necesario que yo tuviese un corazon duro como el granito si no me hubiese rendido al fin.

Sí; mi genio feroz se ha ido dulcificando por vuestros ejemplos; me he convencido de que no hay felicidad posible cuando estamos en desgracia de Dios, y tenía ánsia de ser otra vez lo que fuí cuando jóven, señora; una mujer honrada que cumplía los manda-

mientos, que no hacía daño á nadie y que estaba en paz con Dios. Algunas veces tenía deseos de hablar con un sacerdote, de abrirle mi corazon y librarme de remordimientos, pero aún no había llegado el momento: aún era sorda á la voz de la gracia y... hasta tenía miedo!......

Ahora, despues de mi enfermedad, durante la cual he sido objeto de la más tierna solicitud por parte de vuestra hija, ya no era posible resistir más. Señora, es una santa esa pobre niña: ¡con qué amor arreglaba mi cama, me daba las medicinas y pasaba las noches sin dormir, para cuidarme bien!...... Alguna vez la acompañó la señorita Eulalia, y al verlas reunidas, haciendo flores, rezando el rosario ó leyendo una en un libro piadoso, miéntras la otra cosía á luz de la lámpara, echando á perder sus ojos por una miserable como yo..... vamos, creedme, señora, sentía algo en mi corazon que me impulsaba á haceros todas estas confesiones.

Si esas gentes que andan por el mundo castigando los crímenes, si esos que no tienen para nadie una palabra de amor, supiesen lo que se gana con la caridad; si estuviesen convencidos de que el mejor camino para llegar al corazon del culpable y hacer-

le arrepentir de sus pecados es la caridad, señora marquesa, no habría tantos que muriesen impenitentes.

—Yo me alegro de oirte hablar así, Catalina, y pues que deseas hacer una buena confesion y volver al buen camino, nosotras te ayudaremos dándote lecciones de Catecismo, preparándote y trayendo á tu memoria lo que casi debes tener olvidado. Además...

Abrióse la puerta de la habitacion, y Angélica entró, interrumpiendo su llegada el diálogo de las dos mujeres.

La marquesa al ver á su hija tuvo vehementes impulsos de arrojarse en sus brazos; pero recordó que podía dañarle una alegría tan inesperada y quiso disponer su corazon para que la recibiese sin peligro.

—Bienvenida, querida mia, la dijo atrayéndola y besándola en la frente con extremado cariño; deseaba con afan verte llegar.

—Aquí estoy ya, y bien cansada, contestó Angélica sonriendo. He ido muy léjos, muy léjos, á casa de una señora que me encargó unos bordados; despues fuí á comprar unos dulces y media botellita de vino generoso para mi querida enferma.

Dos lágrimas de vergüenza, de arrepentimiento y de dolor corrieron por las mejillas

de la vieja al oir el dulce lenguaje de la jóven.

—¡Pobre hija mia! exclamó la marquesa sin poderse contener. De hoy más, ya no sufrirás pesares; ya no será necesario que trabajes, ni andes á pié; tu hermosa figura lucirá más bella entre la crugiente seda y el oro y encajes.......

—¿Pero cómo se ha de verificar ese cambio? interrumpió Angélica paseando su atónita mirada del rostro de la marquesa al de la enferma.

—Porque hoy recobras tu nombre, fortuna, posicion social, aplausos, todo lo que legítimamente te pertenecía desde la cuna....

—¿Y quién soy yo, Dios mio?...

—¡Mi hija, la hija perdida que tanto he llorado!......

—¡Madre mia!..... exclamó Angélica precipitándose en los brazos de la marquesa, con un júbilo indecible que hacía resplandecer su semblante: ¡bendigamos á Dios que tan felices nos hace!

El primer pensamiento de Angélica, en medio de su felicidad, fué para Dios.

XII.

La tibia claridad que despedía una lámpara de noche, colocada sobre un velador, permitía ver, en una salita suntuosamente arreglada, dos personas de distinto sexo y condicion que, entregadas á tristes cavilaciones, permanecían silenciosas, con los ojos medio cerrados, como si pretendiesen reconcentrar sus sentidos para aislarse más y más del mundo exterior.

Eran un hombre y una mujer.

El primero era Teodoro, la segunda la criada de Eulalia, aquella Celestina de quien le oimos hablar cuando le dió á la marquesa la noticia de la herida del baron.

Teodoro estaba recostado en una butaca, y Celestina, á veinte pasos de distancia, ocu-

paba un silloncito colocado en el hueco de un balcon.

Ambos estaban tristes y silenciosos.

Han pasado muchos dias desde que Teodoro fué herido en desafío y ya estaba convalesciente; pero una fiebre lenta y que el doctor Espinosa creía mortal, iba minando poco á poco su existencia.

Mucho ha variado Teodoro en el tiempo de su enfermedad.

Ya no es el hombre despreocupado y burlon, escéptico y material de quien tantas quejas tenía Eulalia: mediante la lectura de buenos libros, las frecuentes visitas del doctor Espinosa y de Eulalia y la soledad, que es buena consejera, el jóven entró en cuentas consigo mismo y empezó á creer que estaba labrando su eterna desgracia y la de una santa mujer, sólo por no ceder á sus palabras, por no aparecer vencido por una niña débil y sencilla como una paloma.

Teodoro á veces sentía ímpetus de cólera contra la mujer que amaba: su inquebrantable firmeza le mortificaba en extremo; sus consejos le humillaban y no quería confesar que le hacían vacilar en sus ideas.

En aquellas tristes noches de insomnio, en que sólo el doctor y Celestina le acompa-

naban, abrumado por las dolencias y lleno de tedio, el baron de Villalta empezó á recordar su juventud primera, su hermosa adolescencia, los felices años que pasó al lado de Eulalia, la pureza y ternura de ésta, su mútuo y santo amor, y una provechosa inquietud se habia ido posesionando de su corazon.

¡Provechosa inquietud!... Sí; porque ella hizo reflexionar á Teodoro y se pudo convencer de que Eulalia tenía razon; de que era una de esas mujeres verdaderamente cristianas que posponen la felicidad al deber y que en todo buscan pura y simplemente la voluntad de Dios; admiró su fé ardiente, su serenidad, su valor indomable; la abnegacion de su alma, y en medio de la cólera y de la desesperacion que á veces surgian ante sus ojos como negros fantasmas, la dulce luz de la gracia iba esclareciendo las tinieblas de su alma.

Teodoro recordaba la tranquilidad y la pureza de su primera juventud y se avergonzaba de los últimos tiempos de su vida agitada y borrascosa. Las doctrinas que le habian enseñado desde niño, las santas creencias que adquiriera desde la infancia, las oraciones y las piadosas lecturas que habia hecho

con Eulalia en otra época, todo acudía á su memoria y conocía que hacía mal en no retroceder en la senda que iba siguiendo; conocía que su amiga estaba en posesion de la verdad, que él era víctima de su tenacidad y de esas ideas hijas del orgullo de la juventud moderna, y deseaba abjurar sus errores, buscar á Dios y recobrar para siempre su tranquilidad perdida.

Pero el espíritu del mal no cedía en su empeño; y cuando el arrepentimiento penetraba en el corazon del enfermo, cuando estaba próximo el ángel bueno á cantar victoria y ya la verdad esclarecía las sombras que envolvían la mente del baron, como un oscuro velo se interponía la duda entre los ojos de su alma y la radiante luz de la fé...... el orgullo gritaba sordamente en sus oidos, el respeto humano y la cólera le ofuscaban y...... todo estaba perdido!

—¡Qué! se decía Teodoro casi desesperado con la lucha que el bien y el mal sostenían en su corazon; yo iré ahora á entonar un himno de arrepentimiento, á postrarme á los piés de un confesor, á ir al templo á darme golpes de pecho como una beata insustancial!..... Dejaré mi alegre vida para aceptar la melancólica y penosa de los moji-

gatos?..... ¿Qué dirían mis amigos? ¿Cómo soportaría sus burlonas sonrisas y sus pesadas bromas?...... ¡No!.... ya es tarde! Los hombres deben conservar su independencia y no rendirse ante una mujer...... quédense para ella los rezos, las novenas y los ayunos... yo quiero gozar!......

—Pero, si no soy feliz, se decía despues con desaliento; si me falta la paz y todo me causa hastío!...... Si ella me acompaña despierto y dormido, y creo que tiene razon, y sus ejemplos me humillan y me avergüenzan..... ¡oh!.... ¿cómo salir del cáos en que estoy sumido?...... ¡Tened piedad de mí, oh Dios mio!......

Así los que más blasonan de incredulidad, siempre que el dolor les hiere, casi sin darse cuenta de lo que hacen, por un impulso irresistible de su alma, llaman á Dios! A Dios, único consuelo de los tristes! A Dios, esperanza, luz, fortaleza y felicidad!......

Teodoro no quería confesarse vencido porque el orgullo hablaba más alto que su amor; y cuando veía la serenidad de Eulalia y su calma evangélica, y admiraba sus virtudes, una sorda cólera le agitaba y la acusaba de santurronería, pequeñez de ánimo y hasta de ignorancia!

¡Acusar á Eulalia!.... A la inocente jóven que tanto sufría por él! á la mujer fuerte que hollaba animosa hasta su felicidad por no faltar á su fé.... esto era orgullo y egoismo, por no decir un efecto de la sorda cólera que algunas veces rugía en su alma.

En la mañana del dia en que volvemos á ver á Teodoro, había salido por la mañana á dar un paseo, y sin pretenderlo, acertó á pasar por una iglesia y se le ocurrió entrar en ella.

La gracia llamaba á su corazon; la gracia visitaba su alma desolada y el ángel bueno triunfaba despues de una larga resistencia y de una incesante lucha.

Entró en el templo el baron y fué á postrarse ante una imágen de María; alzó sus ojos al dulce semblante de la Madre sin mancha y le pareció que le sonreía, que sus ojos le dirigían miradas compasivas, que extendía los pliegues de su manto para indicarle un refugio y que sus manos se abrían para derramar sobre su alma la paz y el consuelo.

Teodoro recordó las dulces plegarias de otros tiempos, y oró..... *la reina de los mártires, el refugio de los pecadores, el auxilio de los cristianos*, la inmaculada María, que escucha las oraciones y las ofrece á Dios, oyó

al baron; y el llanto innundó sus mejillas. Un esfuerzo más, y estaba salvado!

Por eso estaba triste y caviloso Teodoro y por eso tambien se entregaba la fiel Celestina á penosas reflexiones; había visto que el jóven venía preocupado de su excursion matutina; luego le pidió un catecismo y por último le oyó decir á media voz: *¡Santa María, ruega por mí!*

Celestina era una pobre viuda que enferma desde la muerte de su marido, que no la dejó más herencia que el recuerdo de sus virtudes, había sido arrancada de la miseria por la hija del doctor, que le ofreció en su casa un asilo generoso donde estuviese libre de la miseria.

Erale, pues, adicta en extremo la honrada mujer, y en las horas que pasó junto al baron durante su enfermedad, le hizo la relacion de todos los favores que debía á Eulalia, de las virtudes de ésta, de su firmeza de carácter, de sus heróicas acciones y del Apostolado que ejercía en el dilatado campo que ofrecen las Conferencias de San Vicente.

Teodoro supo muchas cosas que ignoraba, porque Eulalia ocultaba sus favores á los desgraciados y no aspiraba á otra recompensa que al amor de Dios.

—Celestina, dijo Teodoro á la criada, despues de mucho tiempo de silencio, deseo que mañana bien temprano envíe usted un recado á la marquesa de Vallefrío, ó por decir mejor, quiero que se lo lleve usted misma.

—¿Y qué deseais que le diga?

—Que me haga el obsequio de venir; que deseo hablarla, y que no voy á su casa porque estoy tan débil que habiendo salido hoy á dar un paseo, he vuelto rendido de fatiga.

—¡Pobre señor! ¿os sentís peor?

—Sí, Celestina; creo que moriré pronto, porque no se me esconde que la tísis ha hecho su presa en mí.

—Esos son vanos temores.

—No lo creas: no me aflige la idea de la muerte. Mañana llamaré á un sacerdote para reconciliarme con Dios é intentaré además alcanzar la única felicidad que puedo gozar ya en la tierra.

—¡Oh, qué alegría para la señorita cuando sepa que al fin vais á confesaros! Señor, la conozco bien y sé que esta será la más grande de las dichas que podía alcanzar.

—¡Pobre Eulalia!... murmuró tristemente el baron.

Luego, dejando su asiento, se acercó á Ce-

lestina, que tambien estaba de pié, y poniéndola una mano sobre el hombro le dijo con voz lenta y triste.

—Celestina, ora con fervor porque necesito obtener del cielo grandísimos favores.

—Si os convienen......

—¡Sí, no lo dudes! El primero es la reconciliacion de mi alma con su Criador...... el otro es que la hija del doctor consienta en llamarse esta misma semana la baronesa de Villalta.

—¡Señor, exclamó Celestina abriendo los ojos y juntando las manos con profundo asombro, esperad!

—¿Qué he de esperar?

—A que esteis bueno.

—No lo estaré jamás. Me queda poco tiempo de vida y quisiera que fuese Eulalia el ángel que me acompañase hasta el sepulcro.

—¿Y accederá ella?

—No lo sé!......

—Yo pienso que dirá que espereis á estar bueno.

—Pues ruega al cielo para que se realice mi deseo. Ahora, adios, hasta mañana; voy á acostarme y á coordinar mis ideas. Tráeme despues la medicina y el té.

El baron de Villalta, dichas estas palabras, salió de la habitacion. Celestina, arrodillándose al punto, cruzó las manos y exclamó con profundo fervor:

—Dios mio, haced que persevere en el buen propósito que acaba de hacer: haced que lave su alma en el sacramento de la penitencia y que si es para vuestra gloria y su felicidad, obtenga la dicha de llamar su esposa á la santa criatura que me libró del abismo de la miseria y del dolor.

XIII.

Son las dos de la tarde.

Sentados en aquel mismo precioso gabinete del palacio de la marquesa de Vallefrío, donde por primera vez la vísteis al comenzar esta historia, se encuentran Angélica y Alberto, y á poca distancia, una doncella de la jóven borda un pañuelo inclinada sobre un pequeño bastidor.

Angélica está vestida con exquisita elegancia, y la seda y los encajes de su vestido prestan doble atractivo á su hermosura, verdaderamente deslumbradora.

Alberto está radiante de alegría: ¿qué podía apetecer más de lo que Dios le había dado?..... Una mujer buena es un tesoro que nunca se aprecia tanto como vale y él lo te-

nía; Angélica era ó iba á ser suya muy pronto; aquel ángel de bondad, casto, dulce y puro; aquella mujer probada rudamente en el crisol de la adversidad, que había soportado con tanto valor su desgracia y salido airosa de muy difíciles pruebas, era la más á propósito para ser compañera de la vida de un jóven cristiano que buscaba en todo la gloria de Dios y el mejor modo de conquistar el cielo.

Angélica y Alberto eran felices. ¿Y cómo no?... Sus almas eran gemelas, sus corazones latían á impulsos de los mismos sentimientos; Dios era la cadena de oro que los unía; ambos amaban la ley divina y procuraban observarla; ambos ardian en el santo fuego de la caridad y soñaban con la realizacion de muchas obras de perfeccion cristiana, que debían servir de ejemplo en la alta sociedad á que pertenecían y de cebo para atraer muchas almas, que luego ofrecerían á Dios como trofeos de la más hermosa de las victorias. . . . .

Angélica vivía tranquila porque había encontrado un esposo digno de ella; porque estaba convencida de que no tendría que sufrir ese martirio horrible de la mujer piadosa unida con un incrédulo, que aspira al cie-

lo, que espera ir á él y sabe que su marido piensa todo lo contrario.

¡Ah! qué triste debe ser la situacion de la esposa cristiana cuando ve á su marido, al padre de sus hijos, al compañero de su vida correr al abismo, ciego por la pasion y por el error!

Nada de esto podía temer Angélica; Alberto era tan noble, tan generoso, tan buen católico, que podía satisfacer las aspiraciones del más exigente.

Dice Mgr. Dupanloup que «entre las pocas cosas felices de este mundo, entre los raros espectáculos de ventura que los cielos no se desdeñan de bendecir, acaso no se ofrezca otro más interesante y hermoso que el de ver á un jóven cristiano con la mujer de su eleccion, prosternados al pié del altar, recibiendo humildemente de manos de Dios la bendicion de su alianza.»

¡Oh, hermoso espectáculo el que ofrecen dos jóvenes cristianos unidos con eternos lazos que recorren, el camino de la vida sostenidos el uno por el otro, consolándose mútuamente, resistiendo juntos á las tempestades del dolor, á los engaños del mundo y á las mentiras y engaños del pérfido Satán!...

¡Qué dulce y consolador es, ver que asis-

ten juntos al santo sacrificio, que reciben el pan de los Angeles, que frecuentan la casa del pobre, que pertenecen á distintas ó idénticas asociaciones benéficas y que van sembrando por dó quiera la hermosa semilla de la verdad y del amor de Dios!......

¡Ah!..... en estos tiempos calamitosos en que el error se levanta orgulloso contra la verdad, y prevalece la mentira, y se aplauden los vicios y se desdeña á la modesta y generosa virtud cristiana, es grato y consolador en extremo ver á la juventud que no se oculta para practicar el bien, que resiste la burla, que desdeña y pisotea el *¿qué dirán?* y que fuerte, serena y valerosa confiesa sus creencias y combate el vicio por medio del ejemplo más puro; del ejemplo, que es la mejor predicacion!.....

Jóvenes, á cuyas manos vaya á parar esta pobre y sencilla historia, que no tiene más galas que las que le presta el amor con que ha sido escrita; reflexionad en la grandeza de la mision que os está encomendada; imitad á Angélica y á Alberto; sed como ellos fuertes y sufridos, dechados de piedad y de cristiana fé y haced que se enorgullezca la sociedad de contaros en su seno.

Bien sé que se necesita mucha fortaleza

para resistir á los asaltos de la impiedad; bien sé que es indispensable una firmeza heróica para vivir en el mundo, oir las lecciones del mundo, pertenecer al mundo, en una palabra, y no obedecer, ni seguir, ni amar al mundo!..... Mundo odiado de Jesucristo, que dijo á sus discípulos: *Si el mundo os aborrece, sabed que ántes me aborreció á mí!*

Pero si es difícil, no es imposible lo que os pido. Pedid constantemente el dón de fortaleza y el Espíritu Santo os lo dará; y con él, sereis invencibles; con él—os lo aseguro—en medio de todas las tempestades, de todos los dolores, permanecereis tranquilos y serenos escudados por la fé, que os transmitieron vuestras madres con la sangre de sus venas.

Pero, oigamos la conversacion de los futuros esposos que ella nos revelará algo muy interesante acerca de Eulalia y de Teodoro.

—¿Dices que sigue mal tu amigo? preguntaba la jóven.

—Sí; en su rostro pálido y enflaquecido, en sus ojos que brillan con el ardor sombrío de la fiebre, en la fatiga que le oprime se anuncia la muerte: Teodoro está consumido por la tísis; no por una tísis lenta, sino

rápida, que ha hecho más estragos en dos meses que otras ocasiones en un año.

—Luego su muerte es segura.

—Sí; yo creo que no durará ocho dias.

—¡Pobre Eulalia! deseo mucho verla, pero mamá no quiere que vaya á su casa ni que vea á Teodoro; yo espero que ella se lo haya dicho á mi amiga, pues de lo contrario extrañaría mi ausencia.

—No dudes que Rosario te pondrá en buen lugar. ¿Para qué has de ir á entristecerte y á despertar en el enfermo penosas impresiones? Vale más que estés en casa y que no sufras.

—Pero, ¡Alberto, no sabes hablar más que de nuestra felicidad! Te vuelves egoista: hace una hora que estás aquí y todavía no me has referido las escenas ocurridas esta mañana en casa del baron. Deseo saberlas con todos sus detalles.

—Escúchame, pues. Ya sabes que los buenos ejemplos, la soledad, las lecturas cristianas y sobre todo la gracia que impetuosa ha caido sobre su alma, dispusieron al pobre Teodoro al arrepentimiento y á la manifestacion de sus extravíos. El hijo pródigo volvió á la casa paterna: hizo llamar á un sacerdote y se reconcilió con Dios, recibien-

do, despues de ocho ó diez años de incredulidad, el pan de los fuertes, el Dios oculto en la Eucaristía.

—¡Qué dicha para Eulalia que tanto le ama!

—Despues quiso ver al conde de A..... su adversario en el último desafío. Habló con él, le estrechó la mano como á un buen amigo, le pidió que olvidase lo que había mediado entre ellos, que le perdonase el haberle provocado y herido despues, y que no guardase rencor en su corazon para el que había sido su amigo ántes de que una triste fatalidad les hiciera empuñar las armas para quitarse la vida. El conde admiró la conducta del baron y por toda respuesta le tendió los brazos, en los cuales estrechó con fuerza al pobre enfermo.

—¡Si ese ejemplo le apartase del mal camino!....

—¡Quién sabe!.... La buena semilla no produce más que buenos frutos; sólo Dios puede decirnos lo que pasa por el alma del conde: por mi parte creo que le ha hecho una saludable impresion el arrepentimiento del que fué compañero de sus escandalosas aventuras.

Teodoro, prosiguió el duque de Peñafuer-

te, pidió en seguida al doctor Espinosa la mano de Eulalia. Á ésta no se atrevió á decirle nada: la había ofendido mucho y temía una negativa: en efecto: la jóven rehusó el enlace que se le ofrecía y ha costado mucho trabajo decidirla; pero al fin, persuadída de que la conversion de Teodoro era sincera y de que sería un bien que ella le acompañase los pocos dias de vida que le restan, porque de este modo, su muerte sería más tranquila y más cristiana, consintió en ser la esposa de un pobre enfermo que en breve dejará este mundo para ir á esperarla en el cielo.

—¡Qué noble y buena es Eulalia!...

—Sí, es una santa.—Todo dispuesto ya, esta mañana se unieron con eternos lazos: fué un espectáculo triste, tristísimo: en una habitacion de la suntuosa casa del baron, se puso un altar adornado con soberbia riqueza: delante de él se arrodillaron los jóvenes; Teodoro apénas podía sostenerse; su palidez era horrible y cualquiera le hubiese creido un fantasma.

A su lado Eulalia parecía una celestial aparicion. Por un capricho del enfermo, que deseaba verla muy hermosa, se vistió con exquisita elegancia; los tules y las blondas la envolvían como una nube; su frente, ceñi-

da de azahares, parecía la de una mártir..... ¡qué hermosa estaba!... tenía algo de ideal, de púdico y cándido que la embellecía extraordinariamente.

—Eulalia no es fea.

—Tiene un aire dulce, modesto y virginal, pero nada más. Sin embargo, esta mañana me pareció encantadora. Sus ojos estaban cuajados de lágrimas y su acento fué tan triste al pronunciar el *sí* que la unía á Teodoro, que bien se comprendió cuanto la afligía la idea de que presto cambiaría su blanco velo por las tocas negras de la viudez. Despues que el ministro de los altares les bendijo, el baron tuvo necesidad de que lo condujesen á una butaca porque se sentía desfallecer: la emocion y la enfermedad al mismo tiempo, le ahogaban..... Eulalia á su lado, aún adornada con sedas y diamantes y coronada de flores, parecía un ángel del cielo que venía á recoger el último suspiro del moribundo y á consolarle en su agonía.

—Pero, ¡Dios mio! ¿no hay ninguna esperanza de salvar á ese desventurado?

—Ninguna. Los médicos le prescribieron un viaje hace un mes; pero ahora ya no puede salir de su habitacion. Como te dije antes, creo que no durará ocho dias.

—Y mamá, ¿qué hace allí?

—Acompaña á Eulalia; pero luego vendrá. Me dijo que la aguardases vestida para salir.

—¡Deseo tanto ver á Eulalia! Se lo he de suplicar á mamá, Alberto. No entraré en la habitacion del moribundo, pero consolaré á mi amiga cuando esté léjos de su esposo. Y el pobre doctor, ¿qué dice?

—¡Nada!... La pena de su hija le abruma: daría la mitad de su vida por salvar al baron; pero la ciencia es inútil. Pero, mira, Angélica, no hablemos tanto de cosas tristes. Pensemos un poco en nosotros y en nuestra próxima boda.

—No tan próxima como suponíamos, porque si muere Teodoro esperaremos un mes, por respeto á nuestra pobre Eulalia.

—¡Qué felices vamos á ser, Angélica!

—Sí, muy felices, porque Dios bendice las uniones cristianas. Mira, Alberto, cuando pienso en esos hogares donde la mujer reza y guarda los mandamientos y el marido pertenece á sociedades ilícitas, es partidario del desafío y se burla de la religion, me horrorizo por los funestos resultados que son consiguientes. ¿Qué harán los hijos? ¿Imitarán al padre ó á la madre?..... Cruel dol-

para el corazon de esa mujer que está oyendo blasfemar á su marido en presencia de sus hijos y que no puede imponerle silencio. ¡Ay, Alberto! ¡qué amargura siento al pensar en eso!

—Pues no pienses, querida Angélica.

—¿Qué no piense? ¡oh, por piedad, Alberto! ¿cómo no hé de pensar en los males de la sociedad moderna?... Dicen que el mundo marcha, que la civilizacion es mayor cada dia.... pues mira, si es progreso negar á Dios, si es progreso hablar de lo que no se entiende, no respetar á los padres, romper los lazos que unen á la familia, sembrar ideas disolventes, blasonar de incredulidad y proclamar derechos excluyendo deberes, te aseguro que el progreso es un mal.—Mira, ¿á qué hablar de libertad la mujer?... Anoche una de mis amigas pasó conmigo la velada y apénas hizo otra cosa que tratar de la emancipacion de nuestro sexo. En vano quise convencerla: en vano la mostré que estamos «emancipadas de hecho, sino de derecho,» y que hemos nacido para ser ángeles del hogar y no lumbreras de la ciencia.... no logré que abandonase sus ideas.

—Tú sí que vás á ser un ángel en mi hogar.

—Me llamo Angélica, dijo la jóven con dulce sonrisa.

—Y está tu nombre en perfecta armonía con tu corazon, de lo cual me felicito cada vez más. Hermosa, inteligente......

—¡Calla, interrumpió la jóven, que el amor te ciega y te hace soñar!

—¡No, no sueño! Nosotros iremos al mundo como Apóstoles del bien y mensajeros de la caridad: iremos al mundo á predicar con nuestro ejemplo la modestia, la generosidad, la sencillez y la fé; iremos apoyados, el uno en el otro, á vencer los respetos humanos, á socorrer la desdicha, á consolar al triste..... iremos, Angélica mia, á decir á los incrédulos, á los partidarios de las ideas modernas, que la felicidad está en nosotros mismos, en la religion, en el cumplimiento de los deberes; que no es preciso esconderse ni pasar una vida triste para ser virtuosos y verdaderos cristianos, y si el dolor nos visita y la desgracia nos hiere, sabremos dar tambien ejemplo de fortaleza repitiendo con Job: *Señor, si de vuestra mano recibí los bienes, ¿por qué no recibiré tambien los males?*

Angélica no contestó; pero sus ojos elevados al cielo, sus manos entrelazadas y su semblante, que retrataba la más pura emo-

cion, decían claramente que daba gracias al Eterno por la felicidad de que la había colmado.

XIV.

Una tristísima escena tenía lugar en la habitacion que servía de dormitorio al baron de Villalta.

Acostado en un lecho, que por su riqueza hacía más penoso contraste con su cadavérico semblante, el desgraciado jóven estaba próximo á entrar en la agonía.

Aquella mañana había recibido los santos sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, y ahora, rodeado del doctor Espinosa, de Eulalia, de la marquesa de Vallefrío y de Alberto, iba á dejar el mundo por el cielo.

Teodoro se había portado como un verdadero cristiano: sus crueles sufrimientos no habían podido arrancarle una queja ni un gesto de impaciencia; dócil y sumiso como un niño, obedecía en todo al médico y á los

asistentes á pesar de que, convencido ya de que se moría, le era muy duro aceptar medicamentos inútiles.

Todos los dias hacía que Eulalia rezase á su lado y leyese algunas páginas del Kempis ó de otro libro piadoso y consolador; se informaba de muchas cosas de la religion, que tenía casi olvidadas, y hablaba tranquilamente de su muerte, consolando á Eulalia, que lloraba con un dolor indecible.

La pobre jóven había abrigado algunos dias la dulce esperanza de salvarlo de la muerte y de vivir feliz á su lado. Aquel amor ardiente y generoso tan lleno de abnegacion que desde niña sintió por Teodoro, se acrecentó al verlo reconciliado con Dios, y la piedad y la compasion vinieron á unirse en su corazon á los afectos que le llenaban desde la niñez.

Cuando Eulalia se unió al baron, ya había perdido la esperanza de verlo restablecido y sólo pensó en endulzar los últimos dias de su vida y en disponerlo para el gran viaje á la eternidad.

Noche y dia velaba la jóven junto al lecho de su esposo; atenta á sus menores deseos, enjugaba el sudor que corría por su frente, le hacía aire con un abanico, le arreglaba

las almohadas, acercaba á sus lábios una bebida que refrescase su garganta y le animaba con dulces palabras á no desalentarse ni caer en el abismo de la desesperacion.

Teodoro hizo testamento dejando una parte de sus bienes para fundar un asilo de caridad y lo restante á su esposa. Aquella gran fortuna iba á tener una administradora ejemplar; Eulalia era el amparo de los pobres á quienes pertenecía cuanto era suyo, y el baron moría tranquilo confiando en que sus bienes iban á servir para muchas obras piadosas y santas.

Eulalia y Teodoro hablaban de su próxima separacion con una serenidad envidiable: como si fuesen á despedirse para un viaje, la jóven le contaba lo que haría hasta que volviesen á reunirse; le daba parte de sus proyectos; le prometía ir á visitar su sepulcro muy á menudo y vivir más unida á él despues de muerto que lo habían estado durante su vida.

La jóven cristiana ofrecía á su moribundo esposo hacer mucho bien en su nombre; derramar las limosnas pródigamente pidiendo á los socorridos que le bendijesen; practicar la virtud constantemente, dedicarse á la oracion y el retiro y ser un modelo de viudas:

luego añadía que la muerte no era cruel sino para los que se separaban sin la esperanza de reunirse otra vez; pero que para él la muerte debía ser en extremo consoladora porque siempre es un bien dejar pronto este destierro para ir á la verdadera pátria.

Así sostenido y consolado por la ardiente fé de la buena Eulalia, Teodoro se acercó al sepulcro sin temor y sin desconsuelo, asegurando que ya prefería morir á vivir; pues que en este último caso no estaba cierto de perseverar en el bien y se exponía á perder el cielo.

Así, pues, en medio de su dolor, Eulalia tenía muy grandes y puros consuelos y bendecía al Todopoderoso porque al fin le había concedido aquella gracia, tanto tiempo solicitada, de la conversion de Teodoro.

¡Qué imponente es la muerte!... Los que no han visto morir á nadie, los que no han estado junto á un cadáver, no saben qué tristeza causa ver como en un instante se pasa del ser al no ser; como se nublan los ojos, palidece el semblante, se pierden los sentidos, se desprende, en fin, el espíritu del vaso de barro que lo encerraba. ¡Ah! ¿qué piensan los que no tienen fé?...

Junto al lecho de Teodoro, Eulalia, de ro-

dillas, contemplaba silenciosa la agonía de éste; á pocos pasos de distancia rezaba la marquesa, y Alberto murmuraba á media voz la recomendacion del alma.

El doctor, junto al enfermo, examinaba atentamente los progresos que iba haciendo la agonía y como llegaba la muerte: de vez en cuando, miraba el pálido semblante de su hija y exhalaba un hondo suspiro.

—Eulalia, exclamó de repente el enfermo; Eulalia, ¿dónde estás?

—Aquí, á tu lado, exclamó la jóven estrechando la mano de su esposo. ¿No me ves?...

—Mis ojos van cerrándose á las cosas de este mundo.... dame el crucifijo y cuando ya no pueda sostenerlo..... acércalo tú á mis lábios... quiero exhalar sobre él mi último suspiro......

El baron hablaba con trabajo; á cada instante parecía que iba á ahogarse; hacía penosos esfuerzos por respirar y la respiracion, sin embargo, era cada vez más lenta y más difícil. Restábanle pocos instantes de vida.

Sus ojos, empañados, buscaban á su esposa; ésta, inclinada sobre su rostro, murmuraba á su oido actos de amor y de conformidad con la voluntad de Dios, que él repetía dé-

bilmente: de pronto, el enfermo estrechó fuertemente el crucifijo sobre su pecho y con un acento apénas perceptible, murmuró: *en tus manos encomiendo mi espíritu......*

Eulalia le oyó y clavó su mirada afanosa en aquel rostro desfigurado; le puso una mano sobre el corazon y al ver que no latía, arrodillándose de nuevo junto al fúnebre lecho, ocultó el rostro entre las manos y prorumpió en llanto. . . . . . .

....

....

Dos horas despues, el cadáver del baron de Villalta estaba tendido sobre un suntuoso catafalco, que ocupaba el centro de una habitacion colgada de negro y alumbrada por la triste luz de los cirios que ardian cerca del difunto.

Arrodillada cerca de él, Eulalia, vestida de negro, oraba con las manos cruzadas y los ojos fijos en el suelo.

A no ser por los suspiros que de vez en cuando se exhalaban de sus lábios, se la hubiera creido una estatua; tal era su inmovilidad!

A pocos pasos de distancia se hallaban ambien la marquesa y Angélica, vestidas de luto y con los ojos bañados de lágrimas,

que arrancaba á sus corazones la desgracia de la amiga á quien amaban tanto.

Esta permaneció junto al cadáver de su esposo hasta que llegaron á buscarlo para ponerlo en el ataud; entónces, con una serena fortaleza digna de admiracion, se acercó á él, le besó en la frente con silencioso dolor, le contempló algunos instantes y dándole otro beso, salió de la sala mortuoria y fué á encerrarse en su habitacion.

Allí, arrodillada á los piés de una imágen del Salvador, dió libre curso á sus lágrimas y murmuró entre sollozos:

—¡Dios mio, ahora sí que soy toda vuestra hasta la eternidad!......

EPÍLOGO.

Tres meses despues de la muerte del baron de Villalta, el duque de Peñafuerte y la marquesita de Vallefrío, se unieron con los santos vínculos del matrimonio, apadrinándolos Rosario y el doctor Espinosa.

Eulalia, vestida de rigoroso luto, presenció la ceremonia vertiendo lágrimas al recuerdo del dia en que ella se unió al hombre que amaba, sin esperanzas de felicidad, sabiendo que iba á perderlo pronto y que ya le estaban preparadas las tocas de la viudez.

Despues de la ceremonia, abrazó á su amiga, felicitó á todos y se retiró á su casa, porque no quería entristecer la casa de la

marquesa con el espectáculo de su dolor y de sus negros crespones.

Los duques de Peñafuerte realizaron el bello ideal del matrimonio, practicando el bien, educando á sus hijos en la fé y la piedad y siendo modelo de fidelidad conyugal y de virtudes cristianas.

El doctor Espinosa y Rosario envejecieron, siendo objeto de los cuidados solícitos de sus hijos, y se durmieron en el sueño eterno, bendiciéndolos con amor.

Catalina, la nodriza de Angélica, llegó á una edad avanzada y murió cristianamente asistida por ésta, que la había perdonado de corazón cuanto la hizo sufrir en su juventud.

En cuanto á Eulalia, pasó su vida toda consagrada al amor de Dios y del prójimo. Nunca se la volvió á ver, despues de la muerte de su marido, en salones ni paseos; pero se la encontraba á todas horas en la bohardilla del pobre, en las salas de los hospitales, junto al lecho de los enfermos y al pié de los altares, elevando sus preces al Cordero sin mancha, único objeto de su amor.

Cuando alguno preguntaba quién era aquella mujer jóven y hermosa todavía que no pa-

recía pertenecer á este mundo, sus amigos, que la admiraban con entusiasmo, decían que era la encargada de predicar con el ejemplo la caridad cristiana!

FIN.

